

COSTUMBRES ≡
≡ CANARIAS

POR
ISAAC VIERA



RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

ES PROPIEDAD
RESERVADOS TODOS LOS
DERECHOS

Imprenta Latina - Rodríguez San Pedro, 19 - Tel. 11-26 J.

Al ilustre poeta, Don José Ta-
bares Bartlett, en testimonio
de gratitud y amistad sincera.

EL AUTOR

Al que nos leyere

Accediendo a los deseos de muchos de nuestros compatriotas residentes en las Repúblicas de la América española, nos decidimos a publicar una segunda edición de este libro, que vió la luz en Santa Cruz de Tenerife el año de 1916, esperando que los hijos de las antiguas Afortunadas, que tienen sus hogares en el Nuevo mundo, acogerán con benevolencia esta obra, cuyos cuadros sociales hemos trazado, teniendo en cuenta este aforismo latino: castigad ridendo mores.

PROLOGO

La literatura isleña va adquiriendo un carácter regional, debido a los laudables esfuerzos de distinguidos escritores coterráneos, que deben su inspiración en la fuente que brota del estudio de la naturaleza.

Hasta hace poco tiempo, casi todos los ingenios de nuestros pueblos se compiacían en describir típicas escenas andaluzas y en trazarnos cuadros de manería de aquellos jacarandosos barrios bajos, immortalizados por el pincel de Goya y por don Ramón de la Cruz en sus «Castañeras picadas», o nos pintaban paisajes de comarcas peninsulares y extranjeras, siguiendo la histórica rutina de rendir culto a todo aquello que no pertenece a la patria chica, influidos, sin duda, por este hermoso simil del delicado poeta toledano:

«Flérida para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno.»

Nuestros vates, en vez de cantar las mitológicas proezas de aquellos héroes y mártires de la raza aborigen, cuyos huesos van desenterrando nuestros labriegos con el arado y con la azada, al par que cuentan a sus hijos el trágico fin de los primeros pobladores canarios, han colgado, como el parnasiano Ycaza, sus rimas en los arabescos de la Alhambra granadina, o enamorados del clasicismo helénico, volvían los ojos del alma hacia las rientes campiñas de la Grecia, en busca de la miel de Himeto, menospreciando la dulcísima que labran las abejas, que van en rondas por las faldas del majestuoso Teide, cuando las retamas mezclan sus aromas con las de las rosas selváticas de la montaña altiva; ora adornaban los cabellos de sus musas con las flores deshechas y empapadas en vino de la orgía; ya seducidos por el encanto lírico del romántico Zorrilla, consagraban melancólicos versos a cualquier mofletuda lugareña, que, a la manera de don Quijote, convertían en la Dulcinea de su corazón, o ya lloraban como plañideras sus dolores postizos, sin recordar la siguiente epigramática redondilla del satírico Camacho:

«Poetas, que al escribir
echais el llanto a rodar,
¿no veis que tanto llorar
al cabo da que reír?»

Ya pasaron los trovadores de los «trebellos» y de las cantigas. Ya los pueblos modernos no entienden de romances moriscos ni de anacreónticas, y apenas saben de églogas e idilios, como asevera un crítico ilustre.

Aquí ha habido y existen todavía poetas, cuyos ritmos resuenan con eco melodioso y armónico, como una sonata de Beethoven; pero, salvo raras excepciones, no han sabido o no han querido reflejar en sus estrofas el azul purísimo de nuestro cielo, las fulguraciones de nuestro sol y el hondo sentimiento de esas innumerables familias isleñas que han dejado desiertos sus hogares, huyendo de las inclemencias de prolongadas y pertinaces sequías, o de la voracidad del Fisco, para ir a regar con el sudor de su frente y con las lágrimas de sus nostálgicos dolores la fértil tierra americana.

El vate que consagrara sus desvelos y su inspiración a levantar un monumento a las letras regiona-

les, se haría acreedor a que se colocase en su corona literaria este verso de Dante a Virgilio:

«Onorate l'altissimo poeta.»

y viviría eternamente en la memoria de nuestros pueblos, como vive el nombre del genial artista que supo trasladar al pentágrama con riqueza de colorido, los aires típicos, que constituyen la característica de estas rocas oceánicas.

Amamos el regionalismo, cuyas gloriosas tradiciones y cuya brillante historia quisiéramos que los buenos literatos de la región afortunada, celebraran en elegante prosa o en primoroso verso.

Nosotros, que además de la inexperiencia escritorial, carecemos de ese espíritu de observación tan necesario en los trabajos de esta índole, bien sabemos que la paulina cogerá de lleno nuestro libro.

Como es en vano pedirle peras al olmo, no deben extrañar los lectores que no les ofrezcamos peras, manjar delicado, sino lo que de sí dan ciertos árboles desprovistos de sabroso fruto: madera áspera y fuerte, pero muy útil cuando hay quien sepa labrarla,

Pertenece a la olerancia de las letras. Somos rebeldes: no transigimos con las limitaciones impuestas al Arte por dogma ni escuela alguna. Aquél, libre como cóndor en el éter, debe volar por las regiones sublimes del ideal, en busca de la verdad esplendorosa.

Los preceptos arbitrarios de las escuelas retóricas, los códigos convencionales de críticos eruditos, tal vez, mas exentos de gusto y discernimiento, y el farrago de reglas caprichosas sacrifican a una sintaxis erizada de fórmulas, la genuina corrección, que no es en suma otra cosa, que el respeto y observancia de las leyes de nuestro espíritu, pues no es difícil probar que la tendencia docente sólo ha contribuido a esterilizar más de un ingenio o a torcer la interpretación legítima de las producciones de más alto valer.

El pueblo tiene su literatura no aprendida en los libros de los retores ni en los Ateneos, sino emanada del sentimiento y de la experiencia.

Sus sencillos cantares engendran una emoción estética más pura y desinteresada que la que producen las creaciones de los grandes talentos, y sus máximas, por verbios y parábolas, moralizan más que todos los tratados de los moralistas.

Cuando el Verbo se hizo carne, antes de presentarse a confundir a los poderosos, se dió a conocer entre angelicales armonías en las majadas de los pastores de Belén. Así es que nada tiene de extraño que el pueblo se haya adelantado en muchos puntos a los sabios.

Pero basta ya de filosofías cursis y entremos en materia.

Hemos recorrido en las distintas estaciones del año casi todas las ciudades los pueblos y los villorrios de nuestras islas, obligados por las necesidades de que nos habla Bastiat, y de las que nos da cuenta implacablemente el estómago, que es la parte más patriótica del cuerpo, en frase de un eminente tribuno contemporáneo.

En esos frecuentes viajes hemos ido estudiando las costumbres, las prácticas y los tipos de nuestras localidades urbanas y rurales. Si no hemos tenido el «coup d'oeil», para fotografiar la fisonomía de la «tierruca», cábenos al menos la satisfacción de saludar desde las páginas de este libro a la pobre aldeguela de nuestros amores, en donde se deslizaron los alegres y hermosos días de la niñez.

Residentes mucho tiempo en Tenerife, hospitalario pueblo, al que debemos agasajo y cariño, nos ena-

moran sus idílicos valles, la tonalidad de sus florestas, sus deliciosas llanuras, los pámpanos de sus vi- des, matizados por los rayos solares y su estupendo Teide, coronado de opalinas nubes.

La poesía de esa región ha sido «sentida» por el infortunado Valentín Sanz, cuyos lienzos son tan notables como los de Maximino Peña y los de Muñoz Degraín.

La tierra en donde levantan su frente el Nublo y el Saucillo, prestó también a los hermanos Millares los elementos todos que la distinguen, en el orden físico y psíquico, para esbozar las figuras de «Pepe Santana-Santiago Berdón».

La patria de Cairasco de Figueroa, con sus palmeras, con sus pueblos, aspirando las brisas de las cercanas playas con sus mujeres de compleción robusta, airosas con la típica mantilla blanca; todo ese conjunto p'etórico de vida, que se respira en aquella región, sentimos palpar en la citada obra, cuyos autores saben destapar, con la discreción y el atrevimiento de Salustio, verdaderas llagas sociales.

No es posible negar la influencia del «territorio», como dijo el insigne don Gumersindo de Azcárate, pues está demostrado, hasta la evidencia, que a la

naturaleza del país corresponden física y psicológicamente las condiciones de individuo.

La Palma, llamada por algunos la Suiza de Canarias, con sus montañas ansiosas de llegar a los cielos, con sus linfas que, serpenteando caprichosamente por profundos barrancos, van a perderse o confundirse en la inmensidad del Océano; con sus costas erizadas de negros peñascos y derrumbaderos, con sus campesinos rudos y musculosos que nos recuerdan su origen galatico; con sus zagalas, vistiendo trajes típicos, entre los cuales descuella el clásico jubón de estameña, adornado con cintajos de colores chillones, distinguéndose además el sombrero de paja, tan pequeño, tan diminuto, que parece fué confeccionado para una muñeca; toda esa gama admirable sirvió a González Méndez para pintar sus bellísimas y célebradas acuarelas.

Lanzarote y Fuerteventura, pueblos similares, separados por leve cinta de agua, de auras templadas y africano suelo, revelan la raza semítica en sus hijos, verdaderos árabes andaluces, que más que otros de la región canaria, se distinguen por su carácter rumboso y por su desmedida afición a los placeres.

Parece que las almas de esos dos pueblos gemelos son afines con el alma del Africa. Su espíritu es

artista; por eso sus copleros, a los rasgueos de la morisca guitarra o al són de las castañuelas, cantan tradiciones y leyendas que tienen el encanto y el perfume de sus valles.

La Gomera, con sus abruptos desfiladeros, con sus picachos altísimos, con sus caseríos agazapados entre los árboles, con las célebres agudezas de ingenio de sus hijos, cuyo lenguaje articulado del silbido les permite, ponemos por caso—aunque esto no lo harían nunca los gomeros, porque generalmente son buenos católicos—lanzar con la mayor impunidad, delante de un Prelado las más horribles blasfemias, mientras el Pastor de la Iglesia se ocupara en repartir bendiciones entre sus ovejas; esa isla, decimos, nos ha proporcionado abundante material para nuestra obra.

Y el Hierro, tan celebrado en coplas callejeras por sus riquísimos higos, con las sanísimas y patriarcales costumbres de sus moradores y con sus montañas llenas de religiosa paz, nos recuerda la inimitable oda del ilustre fraile, apasionado cantor de la vida campestre.

Este libro, que legamos por único patrimonio a nuestros hijos, son páginas escritas con tosca, pero honrada pluma—porque no ha sido débil ni torna-

diza—teniendo el pensamiento fijo en aquellos lugares henchidos de infantiles remembranzas, en el terruño, a cuyas cálidas emanaciones botaron en nuestra alma los placenteros sueños de esa edad feliz en que la vida es un minuto de oro.

¡Ojalá que nuestros hijos puedan leer mañana estos ligeros, pálidos esbozos, a orillas de aquel mar dormilento, o junto al añoso árbol que sombrea las tapias de la vieja casa donde lanzamos nuestro primer vagido, ya que acaso ni siquiera tengamos el triste consuelo de exclamar como el personaje de Racine!:

«Soleil! je viens te voir pour la dernière fois.»

EL INDIANO

Ha cruzado el mar en busca de fortuna, y después de batirse unos cuantos años con la suerte en América del Sur o en nuestras perdidas Antillas, retorna al rincón paterno, más limpio que una patena o que el ojo de un mono, que dicen en la patria de Bolívar.

Antes de inventarse en Cádiz la palabra «cursi», el indiano regresaba al terruño nativo, vestido a la «derniere», luciendo en la corbata soberbio alfiler de brillantes, y soitaños como lentejas en los dedos.

A los pocos meses de llegar al pueblo de su nacimiento, figuraba en la respetable casa de propietarios, a la cual no hemos logrado la honra de pertenecer.

El que llamándose Juan o Pedro emigró como humilde mesocrata, se veía convertido en un indiano burgués anodino y plácido, y adulado hasta por las personas de más preclaro linaje de la comarca.

El dinero es el aceite que afloja todo tornillo.

Si el afortunado mortal era soltero, las madres que tenían hijas casaderas andaban poco menos que a la greña por meterlo en sus respectivas casas.

Y las muchachas más guapas y encopetadas del lugar se daban verdos soplamocos por alcanzar la mano o mejor dicho, los centeres del indiano.

Pero los tiempos «cambean», que dijo el otro.

No ha muchos días llegó, procedente de Caracas, a la aldea en donde vió la luz primera, el joven Bonifacio Carpanta con botas a la inglesa, pantalón estrecho y el tragadero emparedado en un cuello de camisa, que le anda haciendo cosquillas en las orejas, trayendo un baúl «mundo», un loro que charla más que nuestros modernos retóricos parlamentarios, y un sombrero panameño—peculiar distintivo de la indumentaria sud-americana—con más candilejas que boca desdentada de chasnera setentona.

Su madre, vieja, carilarosa y flacucha, derrama lágrimas tiesas como carabinas y grandes como garbanzos, al abrazar a su hijo.

Una hermana de Bonifacio, mozueta fornida, de moñetes rojos como los bebedores de Velázquez, en el paroxismo de su alegría se fué al cofre—que estaba abierto—y metió en él la mano, suponiéndolo repleto de rubicundas «morocotas».

Pero ¡oh desencanto! ¡Oh asombro estunendo!

La infeliz muchacha, trémula, nerviosa, lanzó espantable grito, le flaquearon las piernas, y cayó cuan larga era sobre un montoncillo de fruta seca, arrojando a la vez un bultarejo, que vino a darle en un tobillo.

Acudieron la madre y los vecinos más cercanos, y se quedaron aterrados—y el caso no era para menos—al ver que del lío de tramos viejos, que había junto a la del pataviz salían alacranes a granel y una enorme mandíbula de un caimán disecado.

Mientras la madre y sus auxiliaadores se ocupan en hacer volver en sí a la pobre zagaleja, a fuerza de pellizcos y de introducirle pimienta pulverizada en las fosas nasales, el indiano, imperturbable como

un estóico, dice con su rítmico y melifluo acento criollo:

—«Mamita», tráeme ese «bojote»—aludiendo al lío de trapos—; a'cánzame esos «corotos».

La rústica anciana, responde:

—No te «comprejiendo», Bonifacio.

Este, replica con aire de orgullo:

—Ya me suponía que las palabras modernas no se conocerían por estos pagos.

—Hay que decir—añadió—«jacha jigo y jigueras», para que lo entiendan a uno.

—Y además, esta gente es tan remilgada que se asusta hasta de las moscas. Yo—prosiguió el indiano—he sometido todos los tigres «llaneros», me he quedado dormido, sintiendo el silbar de las culebras, y no tengo ni un arañazo en el pellejo.



Bonifacio había cometido la indiscreción de llamarse librepensador y republicano, y el cura y las personas piadosas del vecindario se apartaban del muchacho como si oliera a azufre, que es, según todas las opiniones, el olor distintivo de los diablos.

También la echaba de Tenorio.

Se entretenía en hacerle carantoñas a una linda lugareña, pero ella quería a un rústico mancebo, que era dueño de muchas tierras de pan llevar.

Una tarde, en que le daba brinquitos el corazón, envió Bonifacio a su sin par Dulcinea una erótica misiva, que terminaba con estas palabras: «te amaré hasta la tumba.»

Quiso la mala estrella del declarante amoroso que

la carta fuese a parar a poder de los hermanos de la muchacha, que eran dos mocetones de esos que todavía usan el clásico calzón corto y la histórica montera de pico delantero.

Interpretaron los campesinos que el indiano quería tumbar a la moza, y una noche oscura de invierno, en que aquél se dirigía a su casa, al pasar por la encrucijada de un caminejo, saliéronle los dos aldeanos, armados de sendos mimbrilleros, y le sacudieron el pelo tan de lo lindo, que lo dejaron por muerto.

Al mismo tiempo que le daban la soberana felpa, decían los agresores:

—«Esto te lo «jacemos, pa que apriendas» a tumbar, perro judío.»

—«¡Ay amor, cómo me has puesto»—decía que jumbrosamenté Bonifacio.

Pasó algunas semanas en el lecho tomando píci-mas y purgantes; y no nos pareció raro que en vista de la penosa situación en que se hallaba, murmurase algunas frases que trasladamos a las cuartillas con la posible autenticidad.

He aquí su monólogo:

—«Yo, que soy más leído que un académico de la Lengua y de la Historia en una sola pieza, que sé de memoria los versos de Abigail Lozano y las décimas insurrectas de Plácido el mulato, me viene a enamorar de una mujer, que no sabe sino comer «gofio» y ponerle las angarillas al camello».

Hay cosas raras, y esta es una. Vamos a ver: ¿por qué cuanto más bruto es el hombre tiene más partido con las mujeres?

Francamente, no me lo explico: Una chica como una perla, será capaz de casarse con ese gañán mentecato.

Ahí os quedáis, lugareños socarrones. No quiero más tratos con gente de vuestra calaña. Me voy y Dios sabe si volveré.»

A los pocos días el infeliz Carpanta se embarcaba con rumbo a América, jurando conseguir dinero, aunque fuera rebanando pescuezos, para regresar a su ingrato Goine, prosáico lugarejo de Lanzarote, patria de aquella célebre Luisa que allá por los comienzos del último siglo, encartonó las tripas de los habitantes de Arrecife, vendiendo almidón por leche.

LAS BODAS EN AGAETE

En la patria del señor Armas Jiménez—de aquel ilustre patricio que fué magistrado de la Audiencia de Puerto Rico—en el pueblo de Agaete, son originales y características las bodas.

Cuando los desposados tienen algunos terrazgos, no faltan los voladores, cuyas varas díscolas y antojadizas nos recuerdan al festivo escritor Luis Taboada, porque, según él mismo confiesa, un cohete le dejó

En la citada localidad, las bodas entre la gente tuerto en su nativa tierra gallega.

que posee una mediana fortuna, son tan fastuosas como aquellas célebres de Camacho que nos describe Cervantes, en donde Sancho espumaba los calderos repletos de carne jugosa.

En la mesa de los recién casados toma asiento el cura que leyó a los contrayentes la conocida epístola de San Pablo, la que, como atinadamente dice en sus «Cuentos de color de rosa» el poeta vasco y sabroso narrador de cosas viejas, Antonio de Trueba, se convierte, en muchos de los casos, en pistola moral para el matrimonio.

Además del sacerdote, que bendijo el enlace, figuran en el banquete nupcial los padrinos, los amigos y las familias de ambos cónyuges.

Entre los diversos y suculentos manjares de aquel convite espéndido ocupa lugar preferente el clásico plato genuinamente canario, que se conoce con el gráfico nombre de «Puchero de las siete carnes».

Como los rabinos, después de la misa del sábado, almuerzan juntamente con su clla podr.da, una morcilla de regular tamaño, a la que llaman la bolsa de Judas, así los fervorosos católicos de Agaete, en sus opulentas bodas, se dan sendos hartazgos de carne de gallina, de cerdo, de pa.oma, de perd.z, de conejo, de vaca y de carnero, que con sus correspondientes papas y garbanzos lanzaroteños y demás administrados de ritual forman el llamado por antonomasia, el plato de las bodas, tan celebrado en toda Gran Canaria.

Después de la comida, en la que se brinda en prosa y verso por la felicidad de los contrayentes—haciendo resaltar las cualidades físicas y morales de los mismos—porque en nuestras islas abundan los oradores y los poetas como la mala hierba, la fiesta íntima concluye con un baile.

El nuevo matrimonio, durante el sarao, tiene que aguantar, sin la menor protesta, un verdadero chaparrón de coplas laudatorias, que le dirigen, al compás de las guitarras los invitados al acto.

Muchas veces sucede que, cuando el jolgorio se prolonga demasiado, los esposos, impacientes, desaparecen como almas que lleva el Diabolo, para poder gozar, sin miradas indiscretas, de las primicias y dulzores de su nuevo estado. Y cuando eso acontece termina el baile, no como el rosario de la aurora, a farolazo limpio, sino entre un diluvio de frases agresivas de los concurrentes, que ponen de oro y azul a la amartelada pareja.

Se oyen comentarios que no tienen desperdicio.

Dice una señora anciana que, como carece de dentadura, barbota al hablar como los niños:

—Eso es una poca vergüenza, retirarse del baile con sol y buen día. ¡Vaya una «jambre», Dios bendito!

Cuando los recién casados se van antes de acabarse la fiesta, los asistentes a la boda, que durante la comida no cesaron de prodigarles las más hiperbólicas alabanzas, les ponen cual digan dueñas, porque concepción un acto de descortesía y de mala educación, el abandonar la sala los desposados, mientras quede una pareja en el terrero y haya un tocador que haga sonar las cuerdas de la vihuela.

El pobre matrimonio es entonces objeto de burlas y chanzonetas de pésimo gusto, por mor a los casquilleos de la carne, que les impidieron presenciar hasta el fin el casero festival.

Una moderna Aldonza Lorenzo, que es capaz de volver loco al mismo San Antonio, por sus muchos ganchos visibles e invisibles, en el ruedo que se formó en las cercanías de la casa, en que se celebró la boda, murmura socarronamente:

—La novia tiene cara de palometón y la criticaron con un muchacho de Gáldar.

Y un vejete de pequeña estatura, moffetudo y coloradote, de ojillos picarescos y vivaces, y que en su juventud estuvo en América, sazonando sus frases con una sonrisa mañicosa, añade:

—Y el novio es un mozo belitre que ni es papelero ni p'umario, como decía el indio Palmarcte, ni tampoco sirve para coger la revisa de un arado.

Santa enseguida, una mozuela avispada, como un conejo seguido de perros, y arremete furiosa contra los detractores del nuevo matrimonio, diciendo:

—Es una desvergüenza que, después que nos llenamos la karriga, sin costarnos nada, estemos sacándole el cuero a los que se rascaron el bolsillo para divertirnos y darnos de comer.

Tan tremenda catilinaria disolvió, en un abrir y cerrar de ojos, el corrillo, no sin antes replicar el viejo rechoncho, que ya conocemos:

Mccosa, tómate un purgante de gofio en polvo o vete a bañar.

Cuando la boda se efectúa de noche, y los desposados tienen la paciencia de un Job, para esperar a que se acabe el baile, entonces brotan de todos los labios conceptos elogiosos para los dos contrayentes.

Y como reza un manoseado aforismo de que no hay boda sin llanto ni duelo sin risa, cuando se despide de sus respectivos padres el matrimonio, en presencia de los invitados, para retirarse a sus habitaciones reservadas, aparecen en el rostro de aquéllos gruesos lagrimones.

EL FORASTERO

Nadie en su patria es profeta, contestó Jesús a sus paisanos, los nazarenos, al decirle éstos que hiciera delante de ellos uno de los muchos milagros que realizaba por tierra de Galilea; y según reza un vulgar proverbio mayorero, basado, sin duda, en la gran verdad que encierra la frase del divino Maestro, «burro ruin, en su pueblo no rebuzna».

Arriba a nuestras playas un don nadie, un ser perteneciente al montón anónimo que decora la escena del mundo en que actuamos.

Dicho sujeto responde por el nombre de Procopio Zupetela y luce linda gardenia en el ojal de su flamante levita, lleva lustrosos los botines y sombrero de copa, de última novedad.

Es un lechuguino que rinde culto a la galantería; y está en los verdes de esa edad en que se hace el rococó en el pañueo.

En los cafés, en los círculos sociales más distinguidos y hasta en los corrillos políticos, es la comidilla del día la aparición del aludido forastero, en nuestra ciudad.

—¿Has visto a don Procopio?—se preguntan mutuamente elegantes damas y gentiles señoritas, formando animado grupo en la plaza de la Constitución.

—Dicen que es un antropoide, un super-hombre,

un sabio colosal—añaden unos mozalbetes aristocráticos que departen amigablemente con aquellas hermosas mujeres, tan limpios de bolsillo como de mollera.

No hay casa rica ni pobre en toda la vecindad, en donde no se le tributen los más calurosos elogios al joven Zurcetela.

En su honor se dió un baile, la otra noche, en el Casino y las chicas y hasta las mamás se disputaban por entretenerse con don Procopio en brazos de Tersicore. El afortunado galán, a rregos del bello sexo, cantó en un intermedio del sarao un trozo de «Walkiria», con voz de terror, pero dió el pobrecillo más gallos que el desdichado Manuel «Pajrto», cuando entonaba aquella su favorita copla, que empieza:

Fernando preso en París,
siendo una persona real.

Al día siguiente los diarios de la localidad, al hacer la reseña de la fiesta, decían que si don Procopio lanzó algunos espírridos, fué por mor al mojó que le irritó la garganta al gofo y al v.l. sañoso, que momentos antes de cantar, había comido en una gira al campo, con que le obsequiaron sus fervientes admiradores.

No será un nuevo Gayarre, añadían los periódicos, pero en cambio es una figura descollante en el campo de las letras y de la ciencia.

La fama de sabio de nuestro héroe ha llegado hasta el último rincón de la tierra tinerfeña. Si don Procopio sería, acaso, la confusión más grande, el caos en la vida insular: «reditus indigestaque moles».

El señor de Zurcete la es el «fiat lux», según afirman tirios y troyanos.

Para demostrar el concepto de sabihondo en que se tiene al forastero, bástenos citar el siguiente hecho.

No ha mucho tiempo se presentó en un pueblo del interior de nuestra is'a, el caso que vamos a narrar en breves palabras.

Se celebraba allí la fiesta de la patrona, y la procesión no podía salir de la iglesia, porque las varas del palio tropezaban en la jamba de la puerta principal del templo.

El sacerdote, los acólitos y los fieles, dijeron todos a una, como el personaje de «Fuenteovejuna»: «que llamen por teléfono a don Procopio, para que nos flumine». Así se hizo, y no tardó en llegar el ya celeberrimo forastero, quien de pie en el automóvil que lo condujo al pueblo, clamó con voz campanuda, delante de la concurrencia: «inclinad las varas»; obedecieron los hombres que las llevaban y el palio salió sin tropiezo ni obstáculo alguno.

Don Procopio convirtiendo el vehículo en tribuna, le espeta a aquella sencilla gente una patriótica arenga, y fué tal el efecto emocionante de su perorata, que una señora que estaba en cinta, dió a luz al trote un mamoncillo, por lo que, al saber tan fausta nueva el padre de la criatura, exclamó en una explosión de alegría: «la elocuencia de don Procopio economiza a uno el dinero que había de pagarle a la partera».

—¡Qué orador!—decía un cacique que tiene más conchas que un galápago, admirando el verbo del tribuno.

Huelga consignar, que desde el más estulto de los

monaguillos hasta el zote más grande del pueblo, sabían que perpendicularmente no podrían salir las varas del palio; pero como por lo general, los hijos de cada isla tienen la manía de incapacitarse para el ejercicio de todo lo que atañe a la cosa pública, dejan que el elemento forastero se erija en «factotum» de la política y de la sociedad, y que se meta hasta en la sopa.

*
* *

En un pueblo de Lanzarote, cuyo nombre no es necesario mentar, encargaron a Barcelona una escultura de María Magdalena. Llegó la imagen, pero para vestirla fué preciso valerse del forastero, don Toribio, que es hombre de los de pelo en pecho, habla de los mormones, y además, según él afirma es muy entendido en todos los ramos y ramas del humano saber. Don Toribio pregona «coram populo» que él es matemático, cosmógrafo, teólogo y literato, y que está versado en achaques de Lingüística: conoce la grama, pero no la «tica».

Dándose humos de un Séneca llega al pueblo y ordena inmediatamente que vistan de tafetán azul la sacrada efigie de María, la de Magdalena, y que la pongan un polizón, porque don Toribio asegura con más aplomo que un filósofo alemán, que todas las mujeres de la Biblia eran esclavas de la moda, y que por lo tanto, usaron ese apéndice en la carnosa parte posterior del cuerpo.

El cura sacó en procesión la imagen, y los fieles se interrogaban unos a otros, sin salir de su es-

tupor, y abriendo desmesuradamente los ojos, al ver las abultadas posaderas de la Santa.

—¿Qué es lo que lleva la Magdalena por detrás?

Unos chicuelos contestaron:

—Un polizón que le mandó poner don Toribio.

La concurrencia entonces prorrumpió hasta desgañitarse en gritos de ¡Viva el polizón de la Magdalena! ¡Viva don Toribio!

*
* *

En torno a la mesa de un café están dos amigos, que sostienen el siguiente diálogo, entre sorbo y sorbo de aromático Moka:

—Dicen que Juanillo, el hijo del picapedrero Julián, está haciendo furor en la Habana por su talento.

—No creo eso, porque a ese mequetrefe le conocí jugando a los boliches, y robando fruta en las huertas de la Costa. Era un lince, no dejaba madurar ningún higo, pues desde que comenzaban a pintar se los engullía entre pecho y espalda.

—Eso no es motivo para que el chico deje de brillar por su inteligencia en la capital de Cuba.

—No me hables más de ese saltimbanquis, que un día me reventó un callo de un pisotón y me hizo ver, a los dos de la tarde, las estrellas de ambos hemisferios.

El hijo de Julián el picapedrero no será en toda su vida más que un mataperro. Le conocí echando cometas y robando higos chumbos y fruta de leche, y así no me peta lo que de él me dices.

—Cuando te oigo—prosiguió nuestro hombre— prodigar elogios a ese rapazuelo, me parece que tachuelas se clavan en mi sistema nervioso. Aún siento el dolor del callo que ese pillete me reventó.

Con esa tacaña sindéresis suelen juzgar muchos de nuestros compatriotas a aquellos hijos del país que, de la nada, logran por sus propios méritos elevarse sobre el nivel del vulgo.

Repitamos con Cristo: nadie en su tierra es profeta.

*

* *

Si todas las madres leyeran con frecuencia el «Quijote», ese libro de los «siete sellos», como le llamó Moratín, tendrían presente el saludable consejo que Cervantes les da en estas líneas.

«Al hijo del vecino, límpiale el moco y cásallo con tu hija.»

Hay mamá que desde que un forastero galantea a su niña empieza a engordar como las ostras en el mes de abril.

Y el marido paga los vidrios rotos, porque es tan devorador el apetito de su mujer, que se ve obligado a duplicar los gastos domésticos.

Pero soporta con gusto ese sacrificio pecuniario, por tener en ciernes a un hijo político forastero, y además porque ve que su cara mitad va criando bañas y echando un pescuezo tan rollizo como el de un solitario de Tebaida.

El esposo, desde la hora y punto en que el forastero es novio de la chica, se convierte en un mani-

quí de su costilla. Esta le hace el lazo de la corbata y le ordena que todos los días cambie de traje y que ande con los mostachos retorcidos y las manos enguantadas, para que el futuro yerno vea que es persona «Ministrable».

*
* *

La Palma es la única isla en donde se practica la doctrina cívica. Allí al forastero, aunque pertenezca a la excelsa categoría de los genios, y aunque posea muchos bienes de fortuna, no se le permite ejercer funciones de amo.

La Palma, parodiando la frase de Monroe, es para los palmeros.

EL BUEN FELIGRES

Para el veterano escritor
D. Ramón F. Castañeira.

La existencia plácida de los majoreros les convida a los placeres fáciles, como les sucede a todos los pueblos pastores y agrícolas. Sus banquetes o convites se componen de viandas sencillas, pero sabrosas y saludables, que les ofrecen la fertilidad del país, cuando las nubes sudan.

El placer de la música es inspirado por la misma naturaleza, en el retiro apacible de los campos.

La mayor parte de los majoreros saben cantar y tañer instrumentos, particularmente el violín, que rascan en sus bailes y fiestas populares.

El Eclesiástico compara el divino Arte a una esmeralda engastada en oro. También Ulises, entre los feacos, confesaba ingenuamente que no conocía otra felicidad sino un banquete, acompañado de música.

Los majoreros se juntan en tiempos de las «arrancas» y de los esquileos de sus ganados, para ayudarse unos a otros, y he aquí aquellos regocijos que recuerdan a los de la antigua Grecia, en las fiestas consagradas a Ceres.

No sólo se distinguen por sus loables cualidades para la música, sino también por sus no comunes aptitudes para las transacciones mercantiles.

El majorero está inseparablemente unido al instrumento de Paganini, lo mismo que a la vara de medir.

Los hijos de Tuineje trafican, casi a diario, con Las Palmas, y son tan ladinos y tan calculistas en sus operaciones comerciales, que al lado de ellos resultarían hoy niños de pecho los famosos cartagineses.

Los naturales del expresado pueblo en el arte de comprar y vender, dan quince y raya al más pintado.

Los habitantes del Norte de la isla, particularmente los que moran en la Oliva y en su extensa jurisdicción, comercian con Puerto de Cabras.

En la capital majorera se llama buen feligrés al propietario de muchas tierras de gabias, o sean de suertes de «bebederos», o al que posea gran número de camellos en las vastas llanuras de Mascona.

Entra en una tienda del mencionado Puerto un rico «home» de un caserío de la Oliva, que según él asegura, cuenta por centenares de aquellos rumiantes.

Viene con el propósito de establecer en su aldea un pequeño comercio de géneros y víveres, de los llamados mixtos, mas como carece de peculio, trata de abrir un crédito en casa de un comerciante amigo suyo.

Desde que llegó al mostrador el amo de los cuadrúpedos que pastan en Mascona, el dueño del establecimiento lo recibe con frases untosas, y entra de hoz y coz en el negocio de venderle—esas son

sus palabras—lo más barato posible al feligrés, a quien palmotea, calificándole de bueno.

—Creí—le dice el de la tienda—, que usted había olvidado ya esta su casa, en donde tanto se le aprecia.

—Yo, siempre me acuerdo de los amigos como usted—contesta el buen feligrés, dejando asomar a sus labios una sonrisa llena de picardía— pero no he venido antes a verle, porque he estado en una «apañada de majalulos» en Mascona.

—Espero que me hará una compra de importancia.

—Sí, señor; pienso poner un tenducho, un «chinchalillo» en mí pago, y quisiera abrir un crédito en su casa,

—El gusto mío sería que usted me dejara los andamios peñados: a un buen feligrés como usted, lo mismo le vendo al crédito que con dinero en mano. Pida por esa boca—añadió el comerciante, con verdadera zalamería—, que será servido a la medida de su deseo. Ordene y mande, como en su propia casa.

—Gracias mil; no esperaba ya otra cosa de usted—contestó el cliente, haciendo una ligera inclinación de cabeza,

—Basta; vamos a economizar tiempo; pida y cargue los camellos.

El buen feligrés, sin andarse con melindres, hizo un apartado de mercaderías, entre géneros y artículos coloniales, por valor de cinco mil pesetas. Firmó un pagaré, obligándose a abonar dicha suma en el improrrogable plazo de un trimestre, y se marchó con viento fresco, camino de la Oliva, más alegre que las ilusiones de un revolucionario, canturreando unas foñas, entre cuyas notas rítmicas y

lentas, de cuando en cuando, lanzaba el monótono «¡Arre camel!»... para avivar el tardo paso de sus cargados dromedarios.

Mientras tanto, el comerciante de Puerto de Cabras, dando saltos de contento, decía para las entretelas de su chaqueta: «Lo encajé hasta los ojos. Hoy he tenido una ganancia mayúscula. Soy el hombre de más suerte que hay en todo Fuerteventura. La venta que acabo de realizar me ha dejado más de cuatrocientos duros, limpios de polvo y paja.

¡Qué buen feligrés!

¡Y qué bonito negocio!

El comerciante, en su domicilio, con su propia familia celebró tan pingüe ganancia, apurando buenos tragos del zumo de las parras y comiendo más de lo acostumbrado.

Pero las prematuras alegrías de nuestro hombre se convirtieron pronto en tristezas que le atosigan.

Aquí encaja, como anillo al dedo, la siguiente redondilla del poeta:

*En este mundo traidor
muchas veces, vida mía,
lo que comienza alegría
suele acabar en dolor.*

Se venció con exceso el plazo del pagaré, y el con-sabido firmante no daba señales de vida; en vista de tan anómalo proceder, el acreedor le puso una esquila recordatoria del compromiso contraído; mas el hombre de los dromedarios de Mastona, se llamó Andana,

«El otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves, cano»,

pero el buen feligrés no pasa ni por las puertas de su acreedor, a pesar de los insistentes requerimientos de éste, para que venga a recoger el pagaré.

—Cariz de clavo pasado presenta el asunto—murmuraba nuestro tendero, escupiendo por el colmillo.

Apela al último extremo a ver si puede pescar algo en las revueltas aguas de una ejecución: pide el embargo preventivo de los bienes del deudor.

El juzgado se traslada al domicilio del demandado, y al hacer la traba tan sólo encuentra que embargar un trozo fétido, morboso, de tasaio de camello, un cuajo curado y un violín sin «alma» y sin cuerdas, que estaban conmezlados en el fondo de una antiquísima y desvencijada caja de cedro, en cuya tapa había varios clavos remachados, pero no tantos ni tan grandes como los que acostumbran dar los buenos feligreses.

Resumiendo: el comerciante de Puerto de Cabras perdió las mercaderías y además el importe de las costas de la irrisoria ejecución; y el capital del buen feligrés, según averiguaciones practicadas, se componía de una veintena de camellos, cuyo dueño, antes de afiliarse a la secta del dios Mercurio, los vendió para la Argentina, porque el buen feligrés no paga las cuentas viejas y las nuevas las envejece.

No obstante haberse propalado por los trigos y cebadales majoreros el caso que narrado queda, los comerciantes de Puerto de Cabras continúan llamando buen feligrés al propietario de una roza o de una manada de camellos en Mascona, que es la Mesopotamia isleña.

LA ULTIMA

Así se denomina en Gran Canaria la postrera noche de los velorios, que se celebra en los humildes hogares de las gentes del pueblo, cuando alguna mujer ha salido bien de su alumbramiento.

Si la casa tiene más de una habitación, la madre, con su correspondiente vástago, ocupa en la alcoba una cama, generalmente muy alta, casi avecindada en el techo.

Se da con frecuencia el curioso y originalísimo caso, y lo hemos presenciado, de mujeres que, después de haber dado a luz con toda felicidad, han abandonado el lecho, a los pocos días del parto, y se han dedicado a sus faenas domésticas. Han lavado los pañales y las sábanas, han barrido la casa hasta dejarla en perfecto estado de limpieza, y terminadas todas esas operaciones, han vuelto a la cama a recibir los mimos, los agasajos y los cariños de sus familiares y de sus amigas.

Durante el velorio, que abarca un período de varias noches, cuyo número varía a gusto del consumidor, que es el jefe del cotarro, en la sala o en la pieza donde está la festejada, si la casa carece de otra habitación, se congregan muchachas de orilla, entre las que suele haber verdaderas hermosuras, y mozos de vida alegre, de esos que andan siempre

husmeando fiestas caseras, las que resultan divertidas, y sobre todo baratas a la concurrencia.

Allí los mozos y las mozas pasan inadvertidamente las horas entretenidos en el juego, llamado de prendas, haciendo un derroche de retruécanos, refranes y coplejas picarescas, prorrumpiendo distintas veces aquella reunión abigarrada, en alegre a'gazara, cuando alguno de los jugadores o jugadoras hace una ingeniosa travesura o una trampa para eludir la entrega de la prenda que le ha tocado perder, y que ésta consiste en un pañuelo, una corbata u otra baratija por el estilo.

Los mozos bisonjean con sonrisas y chistes a las muchachas o las enamoran con sus miradas, y las del sexo bello corresponden en el mismo lenguaje a sus galanteadores.

Mientras tanto el elemento joven se solaza en ese inofensivo pasatiempo, las viejas, acurrucadas en un rincón, se entretienen en despellejar a todo bicho viviente. Algunas de esas estantiguas sólo conservan una muela y O'50 de otra, por lo que en vez de articular sonidos mascan las pa'abras, soltando más saliva que espumarajos un camello, en la época del celo.

«La última» se celebra siempre con un baile, cuyo grado de lucimiento está en relación con los teneres de los padres de la criatura.

Recordamos que no ha mucho tiempo asistimos a una «última» en casa de un patrón de un barco costero, en el Risco de San Nicolás, pintoresco y populoso barrio de Las Palmas.

Nosotros fuimos de los primeros en llegar a la morada de aquel lobo marino, quien, nos mostró, con la satisfacción y el orgullo pintados en el rostro un

«guayete», de carnes rafelescas, diciéndonos: «este es el «cualto jijo» macho que me ha «dao mi mujer y toos» comen, menos este «roncaolcito».

Al ver llegar la gente moza, esos grupos bulliciosos de las hijas del pueblo, sencillamente ataviadas, y esos mocetones que huelen a marecía, fornidos, roblescos, contoneándose al caminar, por la costumbre de vivir a bordo desde chiquillos, se nos viene a mientes este verso gauchesco del poema «Martín Fierro»:

«Va «caendo» gente al baile»

Ya se sienten las guitarras y bandurrias. Los tocadores se colocan en los sitios preferentes de la sala, templan sus respectivos instrumentos y comienza el baile, entre el bulle-bulle de las parejas.

En un ángulo de la habitación se vé una mesa no de pintado pino, sino de pinzapó sin pintar, cubierta de botellas, vasos y copas, en donde se sirve el tintillo del Monte a los que hacen sonar las cuerdas, a los más íntimos amigos del patrón y a la parentela de la familia.

La gente moza se lanza al terrero, y bailan animadas parejas «isas y folias», típicos aires regionales, que son cantados por muchachas que poseen oído, voz y estilo envidiables.

Al final de cada cop'la. aturden, ensordecen las aclamaciones del auditorio ovacionando a las cantadoras.

La hija del «mestre», que es joven y guapa, tiene de novio a un mancebo robusto, de rostro curtido por el aire marero, y que manda otro barco, de esos

que se dedican a la pesca del salado, en las vecinas aguas del Africa.

Es un mozo fortísimo, capaz de romper de un puñetazo una piedra berroqueña.

El joven patrón, sentado en una silla, junto a su novia, sostiene con ésta el diálogo, que vamos a transcribir:

—Cuando venga de viaje te voy a regalar unos zapatotes que te lleguen hasta los tobillos, largos de prova y anchos de popa como barco extranjero.

—Amol con amol se paga.

Ese defecto de pronunciación es de familia, pues el padre también falsifica el sonido de la erre.

Ella añade:

—Si no bailas, vamos a tomar una copa.

—Arcánzame, porque si me levanto, perdemos er puesto.

El novio de la hija del «mestre», criado desde sus primeros años en medio de esa naturaleza bravía y salvaje del mar, en esas rudas faenas de la pesca en las costas del negro Continente, como les sucede a muchos marineros isleños, no puede pronunciar la *ele*, y así con frecuencia dice, «arquitrán, cardero y arma» por alma.

La novia, cadena por la contraria, reemplaza la *erre* por la *ele*. Los dos se completan: constituyen una pareja modelo de primores de Prosodia.

*

* *

Las modas se suceden en Gran Canaria, como en todos los países cultos, pero la mantilla ha sido y

será siempre la prenda característica de la indumentaria femenina en aquella isla.

Las clases más ricas y elevadas de la sociedad, lo mismo que las más pobres y modestas, usan la mantilla con noble orgullo de raza, como se ostenta todo aquello que no tiene nada de exótico, que es netamente del terruño patrio.

El que estas líneas escribe dedicó, residiendo en Las Palmas, unas cuantas flores de su estéril ingenio, a ensalzar la mantilla canaria.

En aquellos renglones cortos, que a continuación insertamos, se pinta el uso de la mantilla en toda Gran Canaria, tanto en la obrera, como en la dama aristocrática.

He aquí los versos:

Al son de mi guitarra
quiero cantar
seguidillas que imiten
el suspirar
del aura leve,
cuando de frescas rosas
las hojas mueve.

Al pasar por mi lado
una paisana,
con su linda mantilla
de blanca lana,
me imagino que cruza,
derramando sus sales
una andaluza.

La otra tarde paseando
iba por Triana
y encontré a una mozuela
de tez de grana,
bella y sencilla,
sugestiva, atrayente
con su mantilla.

Me miró de soslayo
la isleña hermosa,
yo le endilgué un piropo
color de rosa,
y ella, muy tuna,
me dijo sonriendo:
«ladre a la luna».

Cuando salen del templo
con sus mantillas,
en grupos, nobles damas
y modistillas,
veo en las isleñas
la indumentaria
de las limeñas.

La mantilla canaria
da a la cabeza
de mis lindas paisanas
la gentileza
de esas hurfes,
que amaron los gomeles
y los zegríes.

Yo quiero cuando muera
sea mi sudario,
la mantilla que ensalza
todo canario,
y que mis huesos
del sol patrio reciban
ardientes besos.

LOS CRITICOS

Sin conocer ni por el forro a Campillo Arpa, González Carbón ni a Giner de los Ríos, en nuestro país tienen la costumbre muchos de los que emborronan cuartillas para los periódicos, de oficiar de Aristarcos, estando, como hemos dicho, completamente ayunos en achaques de Preceptiva. Armados de férula arremeten contra los que caen en la tentación de escribir para el público.

Como esos modernos Revillas no han saludado a Bello ni a Salvá, no critican las producciones literarias, si no sacan a relucir los defectos físicos o morales de sus autores a quienes satirizan cruelmente con frases de tinte sarcástico.

Si la persona que aspira a que sus escritos se lean en caracteres tipográficos tiene la nariz como la del Conde-Duque de Olivares, le motejan, llamándole, ponemos por caso, el hombre del tajamar, convirtiendo al pobre escritor en blanco de sus burlas y de sus befas.

Si por desgracia es tuerto el autor del trabajo literario, los críticos isleños le dicen que llora la ausencia del otro ojo, añadiendo que no lo perdió como Camoens en lucha con los indios, sino por caer de bruces, cuando niño, sobre unas púas que defendían la fruta del «cercado ajeno». Si es manco del brazo derecho el prosador o el poeta, nuestro Zoilos le lan-

zan el epíteto de zurdo y de defensor de los intereses de la mano izquierda, no faltando critiquillo que le diga, que la tal manquedad fué ocasionada por quebrantar el séptimo precepto del Decálogo, o en una pendencia con rufianes, que surgiera entre las bacas del vino en una inmunda sentina.

Si el desdichado escritor anda con las greñas enmarañadas y largas, le comparan con Absalón; si por el contrario se acicala, se peina, huele a esencias y lleva flores en el ojal de la levita o del saco, entonces le ridiculizan, bautizándole con los nombres de Ardanaz el hermoso o con el apodo de Adonis de «gofio de millo».

Si el que escribe es viejo y calvo, los consabidos Aristarcos de nuevo cuño, pregonan a los cuatro vientos que sus producciones son chocheces, como si se escribiera con las canas y no con el entendimiento, que dijo Cervantes.

Esos critiquillos, que no saben lo que es una sinécdoque, son como los niños, que devoran ricos y suculentos manjares, sin saber apreciarlos.

La estulticia no puede saborear rasgos de ingenio como el topo ignora lo que canta el ave.

El otro día un «Clarín» de estas tierras, que sueña a campana cascada de convento viejo, se burlaba en letras de molde de un literato cuya reluciente calva ponía en parangón con un exquisito queso de Flandes, y encarándose con el venerable anciano le zurró le badana de lo lindo, dando pruebas palmarias de su ignorancia supina, y de que además desconoce al ilustre educacionista venezolano, don Manuel María Carreño, pues sin andarse con ambajes ni rodeos, y sin respetos ni miramientos de ningún género a la santidad de las canas, que son las flores de

as cercanías del sepulcro, le disparó este trabucazo a quemarropa:

«De tu cabeza han salido
los piojos buscando abrigo».

No ha mucho tiempo un critiquéjo de por acá se expresaba en estos términos, metiendo su escalpelo en unos versos: El vate descolla, pero pasa desapercibido entre las multitudes, porque se ocupa de asuntos metafísicos y está supeditado a metros difíciles».

En el transcrito párrafo garrapatean los barbarismos y los solecismos más estupendos, y sin embargo, el flamante dómine es un dictadorcillo literario, que se impone por su audacia inaudita y se pavonea enfáticamente, recordando a aquel cabo gallego, que decía «cuando veu mis cintillus yo mesmo me respetu».

«Descolla» por descuella, «desapercibido» por inadvertido, «se ocupa de», en vez de «en», que es la partícula inherente al régimen de dicho verbo, «supeditado a», en lugar de supeditado «por o de».

De esa estatura intelectual son, en su mayoría, esos roedores, azotes de los ingenios y plaga de las repúblicas.

Si leyeran la obra póstuma del eminente filólogo don Eduardo Benot titulada «El arte de hablar», o a Gómez Hermosilla, no mutilaran con tanto descaro el brillante y sonoro idioma patrio.

Y si tuviesen conocimiento de la fábula de Iriarte, que lleva por rótulo «El pavo y el cuervo», que se desafiaron a volar, no anduvieran con tiquis miquis estéticos, respecto al productor literario, sino se

concretaran pura y exclusivamente al análisis de su obra.

Al siguiente día al del estreno de un sainete, en uno de los teatros de nuestra provincia, trazaba un crítico isleño estas líneas, que no tienen desperdicio.

«El autor del juguete cómico abusa demasiado de la palabra salchichón, que es nombre compuesto del sustantivo sal y del aumentativo chichón.»

No hay duda que los tales criticastros tendrán muchos chichones en la cabeza.

Como esos dómynes pedantes desconocen por completo el léxico, sus indigestas tabarreras se enredan en logomaquias, empleando vocablos, cuyas acepciones ignoran. Esos Pedancios, que ni siquiera saben leer los trabajos que roen, sólo se contraen a decir que están mal escritos, sin demostrar sus asertos. Parodiando al historiador francés Luis Blanc, sostenemos que el pedagogo no consiste en creerse maestro, es necesario que lo pruebe.

Zoilo síbó los exámetros de Homero, y sin embargo la gloria del poeta atraviesa los siglos en las páginas de su inmortal Iliada.

A esos que en su miopía intelectual hincan el diente de la envidia sobre ajenas reputaciones literarias, los fustigó, con el látigo de su sátira acerada, el señor Cano y Masas, en esta redondilla:

«Dos cosas que no hallarás:
un alacrán sin veneno
y un necio que encuentre bueno
lo que escriben los demás.»

*

* *

Dos hermosas penitentes de los teatinos, discutiendo acerca de un extremo privativo de su Orden, decían:

—«Ego non pote».

—«Ego si pote».

El Aristarco de nuestro país, como la linda penitente, todo lo puede, porque como Júpiter tonante destapa la caja de sus rayos y pulveriza a los pobres infusorios de la tinta de imprenta, repitiendo con la hermana de los teatinos:

«Ego si pote»:

MARIQUILLA

No es la muchacha tierna como una flor que guarda aún cerrado su capullo a los halagos del céfiro. Ese diminutivo femenino, que sirve de epígrafe al presente capítulo, es simbólico en el Hierro de un ente imaginario, representativo de la carencia absoluta del líquido potable en los rústicos hogares de la expresada isla.

La antigua Ombríos, en los tiempos en que del histórico «Garco» fluían claras y cristalinas linfas, se cubría de un risueño verdor de primavera. Los arroyos serpeaban sobre las frescas colinas.

La tierra ofrecía a sus moradores la leche y el fruto, como aquella de promisión de que nos hablan las sagradas Escrituras, y la voz de los cantares de sus labradores y los ecos de la zampoña, resonando de valle en valle y de cañada en cañada, se mezclaban con la esquila del ganado y con los mugidos del mar, que desata en sus playas collares de perlas y de nácares.

Una tarde se secó el árbol que recogía en su follaje los vapores de las nubes y los de la noche, y como si hubiese cruzado por los montes de la isla el fuego que abrasara a las malditas ciudades del Valle de Pentápolis, perdió su manto de bruñida esmeralda, y entonces los herreños lanzaron quejumbrosos ayes, dignos de la lira de Lord Byron en sus

«Melodías hebreas», que se perdían entre los melancólicos murmullos del viento.

Ese pueblo sencillo, patriarcal, víctima de sequías pertinaces, en donde la propiedad está tan dividida, que hay higuera que tiene tantos gajos como dueños, al ver sus campos yermos, a los rudos golpes del azadón los convierte en verdaderos bosques de ricos frutales, en donde los sabrosos higos de regaladas mieles se entrelazan con los áureos racimos de las trepadoras vides.

En el Hierro no existen gustos cosmopolitas: su sociedad ofrece hermosos cuadros de sentimientos dulces y de afecciones apacibles, y se da el bello espectáculo de un desprendimiento y de una generosa hospitalidad, inspirados por el cariño doméstico, así es que, a pesar del inverosímil fraccionamiento en que se halla allí la riqueza inmueble, rara vez se entabla un litigio en aquel Juzgado.

Extinto está el «Garoe»; ya no existe el árbol sacro, manantial de agua finísima que fertilizara los terruños; pero el herreño, con su mano laboriosa, ha podido volver fecundo y feraz su suelo, haciendo brotar del surco las mieses, cuyas espigas ocultan aquel grano de vida que se convierte en alimento del hombre.

Generalmente los naturales de la más pequeña de nuestras islas habitadas no conocen los recursos de la gazmoñería ni las tretas de la doblez. La nota psicológica dominante en aquel pueblo es la franqueza ingenua, que caracteriza a esos afortunados mortales, que logran conservar, en medio de la vorágine de los vicios, de ambiciones y de placeres en que vivimos, la santa paz del corazón.

El tango herreño, por su honestidad, es digno de

bailarse en nuestros salones más aristocráticos: las parejas no se tocan ni las manos.

Los jóvenes y las mozas, el día de la fiesta, que le consagra la isla entera a su patrona, la Virgen de los Reyes, bailan el tango al son de las castañuelas, guitarras y tambores, presentando la abigarrada muchedumbre que va en la procesión de la venerada imagen—que sale de su santuario de la Dehesa—un conjunto lleno de seductor encanto, que habla al espíritu del observador con ese lenguaje sublime de un bajorrelieve de Policeto. Esos regocijos populares nos traen la remembranza de los primeros siglos del cristianismo.

Cuando las nubes tardan mucho tiempo en soltarse como en el Hierro no hay otra agua que la pluvial, que se recoge durante el invierno en cisternas y en algibes, en la mayor parte de las casas labradoras de dicha isla el año en que las lluvias no han regado aquellos campos, resulta que abunda más el vino que el agua, porque allí no existen esos grandes depósitos hidráulicos que pongan a cubierto de las inclemencias del cielo a los habitantes de la mencionada roca.

Llega un forastero a Sabinosa, en uno de esos años en que la sequía aflige a la isla. L'ama sediento a la puerta de un hogar, aparece en ésta el dueño de la vivienda, el que con acento de castellano viejo, dice al desconocido:

—¿Qué se ofrece, amigo?

—Si me hace el favor de un poco de agua—contesta el interpelado.

—Mariquilla fué por ella—, y desaparece súbitamente, trayendo al poco tiempo un jarro lleno del zumo de las parras, que brinda al recién llegado.

Éste se lo zampa de golpe y zumbido, creyendo mitigar la sed que le devora. Se despide del amable herreño, dándole las gracias por el obsequio y se encamina a otra casa en busca de agua.

Una mujer, aún rozagante y fresca, de agradable trato, se asoma a la puerta de la vivienda.

—Vecina, tenga la bondad de darme un vaso de agua.

—Mariquilla fué por ella, entra en la habitación y le presenta al forastero otro jarro de vino, añadiendo—: tómesele, que no le hace daño: no tiene más que lo que da la cepa.

Nuestro hombre se lo traga sin encomendarse a Dios ni al diablo. Con este golpe logra un tanto calmar la sed.

Recorrió unas cuantas casas más, pidiendo agua, y en todas le obsequiaron con vino, oyendo la consabida frase, dicha con esa tonañidad propia de los hijos del Valle de Pas:

—Mariquilla fué por ella.

El forastero, cuando llegó a la última casa del lugar, iba dando tumbos y gritando en su mayúscula borrachera:

—¡Mariquilla! ¡Mariquilla! Por no venir con el agua le agarrado una mona que me hace bailar el tango.

BAILE DE CANDIL

Para dar entonación y viveza de colorido al alegre cuadro que presenta el llamado baile de candil en nuestras islas, es necesario poseer el chispeante gracejo de Ricardo de la Vega o el regocijado numen de Escalante.

Para que el lector que desconozca nuestras costumbres pueda formarse una somera idea del clásico baile que nos ocupa, se requiere que el narrador tenga carácter humorístico, esté avezado a fotografiar escenas sociales, en las que el vulgo se distingue por su derroche de sal y pimienta en sus cantares y requiebros amorosos, y que una a su vigorosa mentalidad, visualidades artísticas de gran alcance.

Nuestra pluma, aunque tosca e inepta para esa clase de trabajos, procurará pintar con los colores del realismo más escueto las peripecias, los lances cómicos y las parejas que van desfilando a través de ese kaleidoscopio del popular sarao, genuinamente campesino.

No queremos hablar de los nominados bailes de «taifa», que se celebran a menudo en los barrios suburbanos de Santa Cruz de Tenerife y en los de Las Palmas, como el de San Pascual Bailón, que dura mientras se extinga el último cabo de la

última vela de sebo que alumbra el zaquizamí en donde se solazan los chisperos, la gente de rompe y raja y esas garridas mozas del pueblo, cuyas plasticidades, a pesar de nuestros años, nos hacen «tilín, tilín», como reza la zarzuela.

El baile de candil, entre los gauchos argentinos, según refiere el poeta José Hernández, casi siempre terminaba con una riña sangrienta, en la que el acerado facón, esgrimido por certera mano, relucía entre las tinieblas, rebanando cabezas con la facilidad que un taumaturgo se traga una vela.

Ese trágico fin de fiesta era característico de aquellos tiempos que se pierden en las brumas de remota lejanía, en los que campaban por sus respetos en la Pampa Santos Vega, Juan Moreira y Martín Fierro, en cuya boca pone Hernández la siguiente redondilla:

*Como nunca he sido vil
y el peligro no me espanta,
me resbalé con la manta
y la eché sobre el candil.*

Entre nosotros no se tira de la manta para dejar a oscuras el local del baile, sino de un estacazo se hace saltar el candil con sus tres o cuatro mechas de algodón empapadas en aceite de oliva, y de pronto suena la lúgubre, sacramental frase de «sálvese el que pueda», como si se tratara de un naufragio.

Comienza la gresca entre la gritería ensordecedora de las mujerucas que piden socorro, parapeta-

das detrás de las sillas, mientras otras se ponen por montera una mesa paticoja, oyéndose las clamorosas voces femeniles de imadre, que me matan! y el doliente ¡ay mi «jija»!, que lanzan las viejas entre el golpear de los nudosos garrotes y las obscenas interjecciones de los empecinados contendientes.

«Mujer quería
yo no lo creo,
que me voy «pa» la Antigua
y no te llevo».

Los anteriores versos fueron cantados por un mocetón vecino de la Antigua. en un baile de cándil, en Tuineje, bailando unas seguidillas con su novia. El padre de ésta, salta como una avispa y le canta, a voz en cuello, abriendo la boca hasta enseñar la laringe:

—«Sí, la llevarás,
pero, será la burra
que está en el corral».

Y efectivamente, en un corral destinado a encerrar cabras. de la pertenencia de su futuro suegro, había dejado una burra el amante que, al parecer, tenía intenciones de raptar a la muchacha.

Aún no había terminado el viejo la última palabra del estribillo, cuando los palos zumbaron sobre las costillas del forastero. La casa quedó en tinie-

blas, y entonces aquello fué Troya. El «tallero» vino a tierra, haciéndose añicos el «bernegal» y los platos, que simétricamente lo rodeaban.

El destripaterrones aspirante a Tenorio apagó el candil, creyendo que así se libraría de la tollina; mas alcanzó tan tremenda paliza, que estuvo algunos meses en cama, lleno de apósitos y tomando salmueras: al verse hecho una lástima juraba no volver jamás a cantar.

En esos bailes populares, las viejas están acurrucadas detrás de las jóvenes, entretenidas en hilar; pero si hay buenos tocadores, entonces saltan al terreno y bailan folias y seguidillas, cantando a la vez coplejas, las que más bien parecen masculladas.

Al día siguiente al de las «folias» de paños, el dueño del inmueble—que durante algunas horas estuvo convertido en campo de Agramante—con su cabeza vendada y la diestra en cabestrillo, anda diciendo de puerta en puerta:

—Mire, vecino, cómo me han «dejao», porque quise poner orden en mi casa; no me quedó un plato sano ni tengo un cajón donde sentarme: «too» me lo rompieron esos arbolarios, que mil rayos los «ajundan» o los Demonios se los lleven en volandillas.

También una Celestina setentona que perdió en la refriega la cajeta del rapé, se lamentaba en el vecindario, con dolor que partía el alma, lanzando a grito pelado esta frase:

—«Sin cajeta y sin tabaco ya no gastaré un polvo.»

En Tuineje, allá en los comienzos del último siglo, ocurrió un caso gracioso, que vamos a narrar lacónicamente:

Una madre tenía una hija, cuya hermosura fué proverbial en toda la comarca, pero la vieja no quería que la moza hablase con un apuesto manco, que la galanteaba.

Una noche en que la joven salió de un baile, hablando, como de costumbre, con su novio, la vieja, que iba detrás de los dos amantes, sacó de debajo de la mantilla canaria una cachiporra más gruesa que la de Cristóbal, y diciendo «esta noche va a ver guerra Francia con el inglés», descargó tan fuerte macanazo en la cabeza de su presunto yerno, que lo dejó tendido cuan largo era en el camino, y cogiendo a su hija por el brazo, le habló así:

—«Lo que yo te «igo» que ese muchacho es muy «jachón» y por eso alcanza siempre «pa» tabaco. Vámonos, «jija», que no quiero que me «enrée» la justicia.»

TEATROS AL AIRE LIBRE

En estos coliseos «sui generis» no se despiertan grandes pasiones: en ellos no se aprende a amar las virtudes de Codro, la pureza del histórico Metelo ni a aborrecer los vicios de Tarquino, porque los actores que representan a esos personajes carecen de aptitudes artísticas, pues son meros aficionados y de lo peorcito de la clase.

En los tiempos de Lope de Rueda, según refiere un escritor de aquella época, las representaciones escénicas en los pueblos rurales de España eran al aire libre. Esa costumbre se conserva aún en algunas localidades de la región meridional de Tenerife, en las que existen escenarios de mampostería, adozados a los templos parroquiales, para dar funciones la noche del Santo patrono o de la patrona de los respectivos vecindarios.

Por esos teatros no han pasado «Las Troyanas» ni la tragedia «Taurides», de Eurípides: las obras clásicas helénicas ni las romanas no han descendido hasta aquellos sitios consagrados al Arte, pero por ellos han desfilado el «Don Alvaro o la Fuerza del sino», «El zapatero y el Rey», «Lo positivo», «El tanto por ciento» y otras producciones, que son prez y orgullo de la dramática española, alternando con los juguetes cómicos, titulados «El cuarto con dos

camas», «El que nació para ochavo» y con varias piecitas más rebosantes de sal ática.

Por la plaza de los pueblos chasneros la noche de la fiesta es poco menos que imposible el tránsito, a causa de la aglomeración de gente que, de todos los pagos y de otros poblados limítrofes, acude a esas animadísimas verbenas. Allí, en los ventorrillos, que semejan tiendas de campaña, se despachan líquidos y sólidos de todas clases y a todos precios, encantadoras mujeres expenden en los bazares billetes para rifas de baratijas; la carne adobo chirrea en grandes sartenes, excitando el apetito con sus aromáticos, penetrantes olores, y las ru'etas giran sin cesar, cayendo en esos engañabobos perras gordas a porrillo; y las parrandas al son de guitarras y de acordeones aullan cánticos que aturden y que sa'en de gargantas masculinas y femen'les, que han sido mojadas con verdadera prodigalidad, mientras los cohetes estallan en el espacio con explosión estruendosa. Todo ese pintoresco conjunto ofrece una nota de color marcadamente regional, la que perdura en nuestra retina a través del tiempo, avivando en la memoria gratísimos e imborrables recuerdos.

En un pueblo chasnero, cuyo nombre no es menester mentar, se puso en escena «El Trovador» la noche de la fiesta del Santo.

Las sillas en donde toma asiento el público se colocan en hi'eras, frente al escenario. La noche de autos, que diría un curial, reemplazó al bullicio un silencio solemne, desde el momento en que supo la multitud que iba a dar principio la función.

Al comenzar la escena de' jardín, el drama de García Gutiérrez era ya náufrago: los pobres aficionados hacían vanos esfuerzos por sacarlo a flote. En

la citada escena «esfondóse» la obra, como en la hora de la misa el órgano de una Parroquia chasnera, según barbarismo, que desde el coro gritó el sochantre, al ver hundirse el teclado de dicho instrumento, en el preciso instante en que iba a contestar el «Dóminus vobiscum» al sacerdote.

El joven, que disfrazado de mujer hacía el papel de Leonor, produjo la catástrofe al decir estos versos:

«Me parece que te vi
con melancólica frente,
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí».

Una vieja lugareña madre de una moza guapa que tenía sentada a su lado, poniéndose en pie, dice en voz alta al final de la redondilla:

—«Vánse los, «Mariya, pa» casa, porque con estos comediantes «aprienden» las muchachas cosas que no deben».

El público grita ¡fuera! ¡fuera!, al mismo tiempo que resuena en toda la plaza una silba fenomenal.

Los aprendices a comiquejos, creyendo que aquellas protestas iban dirigidas contra ellos bajaron rápidamente el telón y pusieron pies en polvorosa.

Al correr despavoridos los aficionados, entre la rechifla de la multitud, al mozalbete que tenía a su cargo el papel de la protagonista de «El Trovador», se le cayeron los tirabuzones y la saya, quedándose en calzoncillos.

*
* *

En otra localidad de la propia comarca chasnera se representó «El puñal del godo», en la noche de la festividad del patrono en un escenario de piedra, cuya techumbre era el espacio.

El drama de Zorrilla, como todos sabemos, comienza con estos versos, que declama el actor junto a la hoguera:

«¡Qué tormenta nos amaga!
 • ¡qué noche, válgame el cielo!
 ¡Si esta lumbre se me apaga!
 ¡Si está lloviznando hiel!»

Nuestro hombre no pudo continuar desempeñando su cometido, porque de pronto empezó a llover copiosamente. Los espectadores, arrastrados por el turbión, corrían como manadas de gamos, ante un brioso caballo, a coger iglesia. También se refugiaron en el templo los que representaban a los personajes godos. Al día siguiente aparecieron hechos guñapos entre el limo del arroyo, los bastidores, telones y bambalinas que el viento ciclónico arrebatara.

Las personas más intelectuales de la localidad comentando el suceso murmuraban en tono zumbón, que el alma del poeta cristiano había pedido a Dios que no permitiera que su drama se lo destrozaran con las circunstancias agravantes de premeditación, alevosía, nocturnidad y ensañamiento.

*

* *

En un pueblo de Lanzarote, la noche de la fiesta de su patrona se dió una función teatral, en un barracón al descubierto, formado en la plaza pública por mantas clavadas con estacas en la tierra.

Muchas mujeres sufrieron crispaturas nerviosas, colapsos cardiacos y horribles desmayos, durante el curso de la obra. Esta era uno de esos dramones antiguos, espeluznantes, en los que mueren todos los personajes, incluso el apuntador. Los actores, mozos labriegos de gran pujanza, llevaban interiormente sendas vejigas llenas de sangre de res, y al darse recíprocos pinchazos con sables plateados, caían de espaldas, brotando a borbotones el líquido rojo, por lo que el efecto escénico era el de una espantosa carnicería, y de ahí los síncope alarmantes de que fueron víctimas las impresionables espectadoras no habituadas a las i'usiones teatrales.

El hombre atlético, que parecía un Goliat, por su tamaño y por su contextura, con las piernas abiertas como sota de bastos, vestido de monarca con corona de cartón pintado y con polainas por medias, braceando como los pescadores cuando tiran por las calas del chinchorro, dando voces como el que grita barreno y fuego, dijo, poniendo término a aquel trágico esperpento:

«Apenas yo ví el reflejo
de la luz que le alumbraba,
cuando observé que le andaba
por la barriga un cangrejo».

LA NOCHE DE SAN MARTIN

Vamos a describir con minuciosos pormenores una costumbre regionalmente simpática, que se conserva en La Palma desde tiempo inmemorial.

El día de San Martín se abren las bodegas en la antigua «Benahoare»: suenan los populares guitarrillos y comienza la algazara de la gente alegre, desde que la noche tiende sus velos.

Los palmeros pobres y ricos se dan citas al ocultarse el sol tras los empinados montes, para celebrar la fiesta de Baco, no con pan ázimo ni coronando su frente con los pámpanos de las vides, a usanza de los antiguos griegos, sino escanciando varias copas de lo blanco y de lo tinto en la intimidad de las familias. La gracia, la donosura y las agudezas de ingenio se derrochan en esas veladas, que recuerdan los regocijos de las bacantes helénicas.

Mujeres hermosas y apuestos galanes, reunidos fraternalmente en sus hogares, improvisan festivos versos o recitan estrofas de nuestros poetas clásicos y entablan diálogos llenos de animación y de viveza de colorido local, en los que chispea la gracia y se juntan las manos para aplaudir el «calembour» que, como arma de doble filo, recorre el perímetro de la sala.

Los viejos y las viejas también toman parte activa en esa fiesta, sintiendo que su espíritu se remozca, apurando buenos tragos del rico moscatel, sin desdeñar los vasos rebosantes del listán o del dorado ma'vasía. Esos ancianos de ambos sexos, que otras noches, a esas horas están mascullando plegarias o entregados al sueño, la noche de San Martín se dirigen mutuamente piropos, sintiendo una especie de hormigueo en su corazón, porque el vino les hace entrever en la cámara oscura de su cerebro los mágicos, lejanos paisajes de la primavera de la vida.

Gentiles señoritas de oído detestable, que no poseen ni un átomo de voz, y que por lo mismo jamás cantan en público ni en privado, en la noche de San Martín, inspiradas por los vapores del tintillo, gritan hasta enronquecer en «isas» y rondeñas, contrastando notablemente con las armoniosas voces de otras jóvenes, que con los gorjeos arrulladores de su privilegiada garganta deleitan al auditorio.

Las personas congregadas en una casa, para festejar el Santo, que se negasen a pronunciar brindis en prosa o en verso o a tomar de los distintos vinos que están en botellas sobre la mesa—los cuales son ofrecidos galantemente al bello sexo por muchachos de quince hasta los cincuenta años—serán objeto de los más agrios reproches por parte de los que invitan.

Residiendo en la entonces Villa de los Llanos,—hoy urbe con muchas campanillas—asistimos a una de esas animadísimas fiestas, y al ver que el vómito causaba estragos—¡cómo estaríamos también nosotros!—creíamos que nos encontrábamos en Cuba, en plena dominación española.

Hasta nuestro padre, aquel varón santo y justo

que se salvó en el arca, con ser quien fué, se quedó dormido bajo la influencia del mosto, casi en cuecos, por lo que causó la hilaridad a uno de sus hijos.

Noé no se mareó en su nave, pero aunque no lo diga el pasaje bíblico, co'legimos que cambió la peseta en tierra.

Y valga el tópicó.

*
* *

Hernán Cortés tuvo su noche triste, bajo el histórico árbol, huyendo de los indios que asaltaron la capital del Imperio de Moctezuma; París su noche horrible de San Bartolomé, en la que la sangre de los hugonotes encharcó las calles de la elegante y ruidosa ciudad del Sena; Madrid su lúgubre de San Daniel, cuyos trágicos sucesos constituyen la página más horrenda que registra la historia de la coronada Villa; el pueblo de La Palma tiene su hermosa noche de San Martín, noche de luz, de amor y de poesía, porque corre la sangre de Cristo en los hogares, comunicando fuego pasional y vida al corazón de las palmeoanas huríes y haciendo que hasta los vejetes en medio del holgorio y de alegres expansiones mimen a sus respectivas cóstillas, como si estuviésen recién casados.

*
* *

El que reciba un racimo de un viticultor palmero, tiene que ser muy íntimo de éste.

Están verdes, como dijo la zorra, repiten las fa-

milias de los propietarios de viñas, cuando alguien les pregunta si han comido uvas.

En los días de la vendimia es cuando se ven entrar cestos de ese rico fruto en las casas de los terratenientes.

Esta economía de uvas tiene origen en la noble emulación que existe entre los viticultores de La Palma, respecto a quién encierra mayor cantidad de mosto.

Desde el día en que se abren las bodegas, el mismo cosechero que le negó a su mejor amigo un racimo, le hace regalos de vino por garrafrones y barriles.

Y terminamos el presente capítulo insertando la siguiente redondilla que, entre otras, cantaban unos zagalejos la noche de San Martín, por las calles de Los Llanos:

«Y se ven guifios de ojos
de sanas, tuertas y mancas
y descomunales trancas
de sanos, tuertos y cojos».

LAS VISTAS DE DUELO

Antaño era costumbre en nuestras islas de que las mujeres amigas de la familia del difunto, llorasen como plañideras en las visitas de duelo.

Las isleñas usaban manto y saya en aquellos benditos tiempos en los que, hasta en las casas más opulentas, para producir lumbre, se utilizaban la pajuela, el eslabón y la piedra de chispa, puesto que en este país aún no se conocían los llamados vulgarmente fósforos de cocina, ni mucho menos las aristocráticas cerillas.

Las jóvenes no tenían, como las viejas, las lágrimas alquiladas para en un momento dado, derramarlas a su antojo, como se vierte agua fresca de un cántaro o semillas en el surco; así es que llevaban una cebolla mondada, debajo del manto, con el fin de poder representar tan ridícula farsa en las consabidas visitas.

Las señoras, en sus lloriqueos «pro» fórmula, atribuían loables cualidades morales al finado, que muchas veces resultaban antitéticas a las que había poseído en vida.

La hipocresía ha constituido en todas las épocas la nota más culminante de la sociabilidad humana.

¡Qué gran verdad expresó Lope de Vega en estos renglones!

«Este mundo ha sido de una suerte,
no cambia de sexo ni de estado,
quien mira lo pasado
lo porvenir advierte».

Las muchachas, para no cargar con el sambenito de almas secas, se arrebuñaban en el manto hasta el embozo, y disimuladamente se frotaban la cebolla en los ojos, produciendo de ese modo la ficción de las lágrimas.

Ogaño no lloran las mozas ni con cebollas en las referidas visitas, aunque sean entrañables amigas de la familia do'orida: solamente algunas vieas, blandas de corazón, suelen prorrumpir, de cuando en cuando, en sollozos mezclados con la timeros ayes, haciéndoles coro a los deudos y parientes del extinto. Otras damas se concretan a poner cara avinagrada y sería como la que presenta el creedor a la persona que le debe y no le paga.

Entra una madre con dos hijas solteras en la habitación en donde está formado el duelo.

Las recién llegadas son antiguas amigas y vecinas muy cercanas de la familia, que llora la pérdida de uno de sus más queridos miembros.

Dice la mamá de las chicas, que por cierto tienen lindo pa'mito, dando a sus palabras tono patético, dirigiéndose a la viuda:

—«No sabía que tu marido estuviese enfermo: ¡Cuán bueno era! Le llamaban el poño de lágrimas de los pobres. Sembró el bien en la tierra, y allá, en

la Eternidad, habrá recogido el fruto de su obra caritativa.»

La matrona con esas frases arrancó muchos suspiros a las personas allí reunidas.

La hipocresía más refinada y el embuste constituyen la característica de esas escenas de la vida social.

La señora que así se expresaba mentía a sabiendas, porque diariamente veía salir de la casa de su amiga al médico, y además, porque el difunto, a quien tributaba aquellos elogios, durante su existencia fué un verdadero avaro, que sólo se ocupó en almacenar oro, sin que a nadie hiciera una limosna.

Otra dama, ahuecando la voz, para darle acento místico, añadió:

—«¡Qué bien cantaba el finado!; recuerdo oírle una noche al pie de mi ventana.

El efecto que esas imprudentes frases produjeron en el ánimo de la atribulada familia, fué el mismo que si hubiese sentido en aquel momento la hoja de acerado puñal, desgarrándose las entrañas, porque en su juventud el jefe de aquel enlutado hogar, había sido sereno, y por cierto, el vocerrón que tenía le valió la pérdida de su empleo, pues despertaba a los vecinos de la demarcación cada vez que abría la boca para cantar la hora.

Recostado junto a una puerta lanzó el grito de las «doce en punto y sereno», y fué tan grande el susto de un niño que dormía, que despertó sobresaltado, temblando de miedo, y desde aquel instante quedó tartamudo. Como sereno fué funestísimo, un «mabita», pero desde que dejó de pertenecer a la policía nocturna, la casquivana suerte le brindó todos sus favores.

Dos damas respetables, que estaban sentadas en un sofá, entablaron en voz baja la siguiente conversación:

—¿Cuándo se casa tu hija Paquita?

—Hace pocos días, precisamente, le oí decir que su novio pensaba efectuar la boda dentro de un mes.

—No lo creo, porque según afirman personas que le conocen, tiene mujer e hijos en Las Hurdes, y otras aseguran que en Caravaca.

—¡Mujer!—repuso la madre de la prometida, con acento de indignación—eso es una impostura, una infamia porque el muchacho lo van a sacar en las próximas elecciones diputado a Cortes por esta isla, y cuando se case lleva a Madrid a Paquita.

No transcurrieron quince días a contar desde la fecha del diálogo que antecede, en aparecer sobre el muelle del Puerto de la Luz la esposa y cuatro hijos del doble candidato a diputado y a marido.

Durante la anterior charla, otro grupo de señoras y señoritas cuchicheaban, sacándoles tirajos de la piel a la niña Paca y a su amante, oyéndose entre el murmullo burlescas risas que las interlocutoras procuraban inútilmente ahogar, mientras lanzaba dolientes gemidos la familia del muerto.

*
* *

Deja de existir un pobre barquero, y como la casa donde yace de cuerpo presente no tiene sino una sola habitación, cerca del ataúd que está sobre una

mesa entre cuatro velas de cera, que chisporrotean, se colocan las vecinas y varios trajineros amigos del que acaba de pagar su tributo a la madre común Naturaleza.

—Comadre—dice á la viuda, un pescador—«Jace» bien en llorar al compadre, que otro como él «pa» llamar «morenas» y pescar viejas no «golverá» a nacer en tan «güenos» tiempos.

—Ay, mi «marío»—clamó la viuda, llorando a gritos que eran coreados por los aspavientos de las visitantes.

—«Señá» Juana—dijo otro barquero—; los tambores, la «gueidera» y el barco de su «marío» con las cañas y los aparejos le valen a «vosté» más de cien durós.

—Cállate, no seas tan bruto, que mi comadre no vende el barco, que le da tres «sol'dás» y con eso viven ella y mi «ahijao».

Al sacar el cadáver, los llantos y los clamores ensordecen: dijérase que el dolor, hasta hace pocos momentos, medio comprimido, se escapaba por todas sus válvulas.

—«¡Adiós mi Juan! ¡Adiós mi primorcito!»—dijo la viuda clavando sus ojos sobre el ataúd que trasportaba conducido en hombros por los amigos del difunto.

—«Ya no te mercaré más piola, ni te jaré el jacho, pa coger la carná».

Esas frases eran interrumpidas por lastimeros gritos y por llantos, que se oían a cien metros a la redonda.

LAS PASCUAS

En todas las parroquias de Fuerteventura y de Lanzarote se celebran a lo vivo las fiestas de Navidad y la de los Reyes. Siguiendo la costumbre tradicional española, se cantan coplas y villancicos en los templos al son de flautas, violines, guitarras y otros músicos instrumentos, y bailan hombres y niños, vestidos de pastores, en el altar mayor.

Esos regocijos ingentos y candorosamente hermosos son un salto atrás al gran reinado de las alegrías bucólicas de las mañadas de Belén, de esa pequeña ciudad llamada «Efrata» por un profeta; es el período de la infancia de la Buena Nueva, es Jesús en pobres, pero limpios pañales, en el pesebre del establo sobre húmedas briznas; es el recuerdo de ese Niño sublime que ni aun tuvo, como Moisés, una cuna de mimbres.

En las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo de la Iglesia del último villorrio, resueñan la flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazón de los primeros adoradores del que nació entre la humildad y la pobreza, en rústico recinto.

En Femés (Lanzarote), pueblo de pastores, desde

tiempos remotos existía la costumbre de silbar en el templo, durante el acto recordatorio del nacimiento de Jesucristo. Sabedor de esto un sacerdote natural de una aldea de Gran Canaria que llegó a Femés pocos días antes de Navidad, destinado a ejercer allí las funciones de su ministerio, subió al púlpito en la hora de la misa conventual y pronunció un sermón en el que prohibía a sus feligreses que continuaran practicando dicha costumbre, a que calificó de barbara, y por lo tanto impropia de la solemnidad augusta de las fiestas religiosas.

Al día siguiente al de aquella filípica sagrada, en veredas, en predios y en los humildes hogares de los hijos de aquel lugar se hacían los más variados comentarios sobre las pretensiones del cura que en horas veinte y cuatro, que dijo el poeta, quería echar por tierra una costumbre sancionada por los siglos.

Unos carcamales dicen, al unísono, en un corrillo, en donde se hallan mozos y muchachas que se ocupan de la guarda de sus ganados:

—No respetamos la orden del clérigo; ¡no faltaba más que nosotros no silbemos al nacer el Niño! Los demonios nos lleven si no soltamos el chillío, silbando en la procesión de Nochebuena, y si al cura no le gusta, que toque sonetas

Un pastorcillo que atento escuchaba a los ancianos, añadió:

—Me parece que ustedes deben hablar primero con el párroco para que deje silbar como es uso y costumbre entre nosotros.

—Tienes razón, Periquillo: mañana mismo irá mi yerno el alcaide a decirle al cura canario que deje silbar en la Iglesia la noche de Pascua de Navia.

Al efecto, el presidente del Ayuntamiento de Femés, el secretario de la citada Corporación y el síndico personero se entrevistaron con el párroco, manifestándole que el vecindario en masa y los pagos jurisdiccionales de Las Casitas y Maciot estaban dispuestos a un levantamiento contra la orden de no silbar en la Iglesia la Nochebuena.

El sacerdote, después de oír en su casa rectoral las amenazas del morterilla y de sus acompañantes, dice, riéndose a mandíbula batiente:

—¿Están los galos a las puertas de Roma? Tiembla la tierra y sus alrededores al solo anuncio de esa formidable rebelión la que, según ustedes, tendrá proporciones apocalípticas. En Femés—prosigue el cura sarcásticamente—se levantarán los vecinos de sus respectivas camas. Ese es el único levantamiento que en este pueblo ha habido y habrá, mientras diciembre no dé azucenas. Al grito de ¡se ha sublevado Femés! se estremecerán las esferas. No revoco mi mandato: he ordenado que no se síbe en el templo la Noche de Navidad, y los que no me obedezcan tendrán que habérselas conmigo.

En vista de la burla sangrienta del sacerdote—cuyo espíritu tenía algo de lo que caracterizaba el genio del arcipreste de Hita—y de su rotunda negativa, aquellos pobres hombres salieron con las orejas gachas, mohinos y cariacontecidos, dando inmediatamente cuenta a sus poderdantes del desastroso resultado de su conferencia con el «pater».

Un octogenario que ha pasado toda su vida apacentando cabras, al enterarse de la enérgica actitud del presbítero, gritó como un energúmeno:

—Aunque me mande el Papa que no silbe en la Iglesia la Nochebuena no le jaré caso.

Otros vecinos menos intransigentes que el viejo pastor, manifestaron que no convenía estar de puntas con el cura, añadiendo un zagaote:

—«Dicen que ese «confiscao párroco» es un gran «jugaor» de palo y que «pa» luchar no tiene quien le iguale. Es lo que se llama un cura macho.»

*

* *

Llegó la Nochebuena, como todo llega en este pícaro mundo, menos el premio gordo de la Lotería de Navidad para los desgraciados—y todos los vecinos de Femés acudieron como de costumbre, a la Iglesia a adorar al Niño Dios.

La procesión de la media noche en que se conmemora al nacimiento de Jesús, recorría las naves laterales del templo, observando todos los feigreses la mayor compostura y el orden más perfecto.

Sólo el viejo cchentón, que conocen ya nuestros lectores, y que estaba de pie junto a la pila del agua bendita, murmuró por lo bajo:

—No me contengo.

Y casi al mismo tiempo que suelta esa frase, lanza un estridente síbido al pasar por su lado el sacerdote con el Niño Jesús en brazos. Sin decir oste ni moste el celebrante agarra por los pies la escultura y con ella da tan fuerte go'pe en la calva del viejo pastor, que saltó la cabeza de la efigie, quedando la del anciano vertiendo chorros de sangre.

Así terminó en Femés la misa del gallo.

Un coplero, al salir la gente del templo, cantaba en medio de la plaza, la siguiente redondilla:

Al niño recién *nacío*
le dió muerte el señor *cura*,
por mor a la calentura
que cogió con el *silbio*.



En la festividad de los Reyes existe la costumbre en varios pueblos lanzaroteños y majoreros, de correr la «estrella» desde el coro al altar mayor.

La Iglesia queda en una especie de penumbra, destacándose el claro resplandor de la simbólica «estrella», que es confeccionada «ad hoc» por artífice inteligente.

Los individuos que representan a los Magos, aparecen vestidos a usanza de aquellos reyes de Persia, y con plegadas tiendas y brillante comitiva avanzan por la nave central hasta el sitio que es trasunto de la cueva del Niño Dios.

Durante dicha ceremonia, aparece Herodes, colocado sobre un trono que se levanta al efecto, a la derecha del presbiterio.

En esa noche, la persona que desempeña el papel de tetrarca de Galilea, pronuncia un discurso e interroga a los Magos el objeto de su viaje. El creyente, en vista de la viveza de colorido que se im-

prime al cuadro bíblico, se imagina ver rodar las cabezas infantiles en la ciudad de David como botones de rosas.

Dentro y fuera de las iglesias entonan los ranchos variados aires de Pascuas con acompañamiento de espadones de acero, triángulos de la misma materia, que se tocan con un punzón de guitarrillos, panderetas y violines. En Lanzarote y Fuerteventura cantan endechas, «corridos y redores» que improvisan los «armistas», nombre con que se distingue a los copleros en las expresadas islas.

En Tenerife cantan «Lo Divino» agridables voces al son de afinadas orquestas. Tanto en la Laguna como en Santa Cruz, esos ranchos salen un mes antes de Navidad, y recorren las principales casas de sus respectivas poblaciones, dando serenatas y cojiendo perras, que guarda el mochilero.

En la ciudad de los Adelantados, el peculio que reúnen es para ayudar a los gastos de las fiestas del Cristo según dicen los mismos del rancho.

Siempre se saca a baneo el Cristo.

Las castañas tostadas, los pasteles calentitos de Señor Juan de Dios y el vino, salen a relucir la Nochebuena, y a los afortunados que comen y beben, les dirá el Cristo:

—Buen provecho.

EL GUIA

Es el baqueano de la Argentina y de Venezuela. En nuestras islas el guía no es pérfido como Lacoste, cuyo movimiento negativo de cabeza fué la causa eficiente de principio del fin del genio de las batallas de Napoleón el Grande.

El guía isleño es modelo de lealtad y se desvive por complacer a las personas que conduce a través de vericuetos y desfiladeros, a la Caldera de Taburiente, al Pico de Tenerife, o por la negra, lávica llanura, a las Montañas del Fuego o a la famosa gruta llamada Cueva de los Verdes, en Lanzarote.

Ese práctico conoce palmo a palmo el terreno de su nativa peña; dijérase que lleva la topografía de su país bajo la suela de sus burdos zapatos.

Habla pésimamente el castellano; mejor dicho, lo descuartiza; pero en cambio es sagaz y más vivo que la ardilla que nos pinta Iriarte: canta en la uña como buen canario.

El tipo que dibujamos, sin poseer el propio ni extraños idiomas, se hace entender—valiéndose del lenguaje mímico—de todos los extranjeros que arriban a nuestras playas.

Conocemos un guía que, cuando habla con un hijo de Albión, a todo responde:

—Yes.

Si el turista es francés, nuestro hombre contesta:
—Oui.

A los súbditos de los distintos países de Europa los distingue por el pelaje. Desde el primer vistazo que le da a un ciudadano, conoce la nacionalidad a que pertenece.

Un francés, que no habla el español, ni mucho menos lo entiende, se dirige a la Caldera, y por el camino que conduce al gran cráter palmero, que es el molde del Teide, le dice al guía:

—«Je veux un peu de lait.»

—«¿Voyes-vous queques chèvres par ici?»

—Su «mercé» quiere «carné, pané, cigarré?»

El viajero que, por supuesto, no entiende aquella monserga, oye cencerros y hace la demostración de ordeñar, moviendo los brazos de arriba abajo, cerrando y abriendo los puños.

El guía, al comprender lo que por señas pide el extranjero, se apresura a decir, con aire de satisfacción:

—«Leché, leché». Voy por el «ganaé».

Y corrió dando saltos como un chotillo, en busca de las cabras.

El francés se tomó un buen jarro de leche, y durante el viaje no volvió a abrir la boca; pero el arriero, inspirado por las redolentes brisas matinales o por los tragos de vino que con frecuencia echaba, sacando de las alforjas el barrilete, comenzó a cantar:

«¡Qué linda mañana, dama!
dama, ¡qué linda mañana!»

•
* *

Un hijo de Albi6n que chapurra el castellano, sale de Argual con un guía, en direcci6n a la «Caldera», y estando cerca de los que fueron dominios del valiente Tanausú, le pregunta el inglés a su acompañante:

—«¿The proprietor de Tzacorte, Mr. Leguisam6n hombre honrado?»

—Es un gran «cuadro».

El turista saca del bolsillo de su gabán un diccionario, y a poco rato, repíca:

—«¿Mr. Leguisam6n, pintor?»

—«Es un tiesto».

Vuelve a leer el diccionario, y añade el inglés:

—«¿Mr. Leguisam6n «verder flowers?»

—No, señor, es un «cuadro».

*
* *

Un poeta palmero que vive en pura guasa, al suplicarle el guía que condujo al francés a la Caldera que le enseñara algunas palabras en aquel idioma, le aconsejó que se expresase del modo original en que lo hizo, añadiéndole que así se haría entender del extranjero.

*
* *

La voz cuadro se emplea en los pueblos de «La Banda», en La Palma, en la acepci6n metaf6rica de persona informal, de sujeto de mala catadura. La palabra «tiesto» se usa en nuestras islas en el sentido traslaticio de canalla o zascandil. Así es que,

a pesar de ser los citados vocablos genuinamente castellanos, vienen a resultar dos verdaderos canarismos atendiendo a la significación tropológica en que el pueblo—que es el supremo juez del idioma—, los aplica arbitrariamente, y de ahí la dificultad con que tropiezan los extraños al país, para interpretar el espíritu de las referidas palabras.

*
* *

Un naturalista austriaco se dirige a las Montañas del Fuego, saliendo de Yaiza. Hace el viaje a camello en unión del guía, que es un viejo campesino del expresado pueblo. Atraviesan un océano de lava por un sendero que en forma de zig-zag termina en las que en otro tiempo se llamaron montañas de Chimanfaya.

El guía señala al viajero los restos de la Pompeya canaria, que se designa con el nombre de Santa Catalina, pueblo que, juntamente con la aldea de Maretas, desapareció sepultado por la lava de la erupción, ocurrida en Lanzarote el 17 de septiembre de 1730, entre nueve y diez de la noche, a dos leguas de Yaiza, según refiere el testigo ocular don Andrés Icerenzo Curbelo, canónigo de la Catedral de Las Palmas e Inquisidor mayor en la expresada isla.

También monseñor Dávila, que a la sazón se hallaba visitando las Parroquias de Lanzarote, dice en pastoral, escrita de su puño y letra, que el pueblo de Santa Catalina se veía semejando una vela encendida.

*
* *

Debido a grandes excavaciones se han descubiertos en la nueva Pompeya, vestigios de eras, algibes, restos de patios de casas y de gánigos y de otros artefactos de cerámica.

*
* *

—«¡Tuchel!»—dice el guía al rumiante—: éste dobla inmediatamente los remos delanteros y después los posteriores, lanzando quejidos m'rosos bramidos, y el sabio se apea, haciendo esfuerzos por estirar sus entumecidas piernas, mientras contempla las ruinas del extinto poblado.

El sol reverbera sobre aquel mar negro de lava, y en aquellas soledades el silencio se oye, en frase de un eximio escritor.

Vuelven a montar el naturalista y el guía en el paciente dromedario, y como el hambre arrieta, el práctico arrea la cabalgadura, con el fin de llegar pronto a las Montañas del Fuego, que es el paraje destinado para el almuerzo.

El guía, armado del grueso palo, escarba al pie de una montañuela y aparecen rojas brasas, sobre las que pone a asar la carne, las papas y los huevos que sacó de sus alforjas.

El austriaco enciende su enorme pipa con la punta de la estaca, que arde como ascua, diciéndole a su acompañante:

—¡Qué sitio para una panadería!

—Aquí no se necesita leña «pa caldiar» el «jorno»
—contesta el camellero.

La frasecilla del naturalista nos recuerda estas palabras, que el actor cómico argentino, Parravicini, pone en boca de Colón, al ver el inmortal navegante los indios desnudos de América.

—¡Qué negocio para una sastrería!

*
*
*

El práctico, que había ido en busca de agua, que a otro lado de la montaña brota entre frondosos juncales, le gritó al austriaco:

—Saque los güevos.

Si el camellero no llega a tiempo, corriendo como un galgo, los huevos, las papas y la carne se hubiesen carbonizado.

Después de un succulento almuerzo retornan al pueblo el sabio y el ignorante, pensando aquél que las calorías de las Montañas de fuego se podrían aprovechar como fuerza motriz para determinadas industrias.

LA IMITACION

Aunque ese hábito es muy frecuente en varios países de este pícaro mundo sublunar, en donde damos más vueteretas que viruta en el vórtice de un ciclón, en Canarias, especialmente en Santa Cruz de Tenerife, está arraigadísima esa costumbre, con particularidad en el bello sexo.

Casi todos los mortales llevamos encarnados en nuestro ser el espíritu de la imitación. Los yankees y los teutones copian servilmente de los franceses y de los britanos los productos de la industria.

Bolívar imita a Napoleón I en sus arrebatadoras arengas, Espronceda en sus fogosos versos a Lord Byron; Campoamor, a Heine, y nuestros bardos, con sus coplas de organillo, imitan a Estrada, el de los celebérrimos pentacrósticos, que fueron el encanto y las delicias de las amas de cría y de las sirvientas de la Villa del Manzanares; y el que estas líneas escribe sigue las huellas de esa cáfila de rimadores que pasan plaza de poetas en estas clásicas tierras del banano y del tomate.

Antes de las descentralizadoras reformas del ilustre malogrado repúblico, señor Canalejas, desde que arribaba a las playas de la histórica Añaza un capitán general en compañía de su consorte, o un Gobernador civil con su inseparable costilla, eran

muchas las señoras de nuestra buena sociedad que se complacían en imitar los gestos, las actitudes, los ademanes, los modales y los andares de la generala o de la gobernadora.

Y a propósito de lo que dejamos dicho, recordamos que hace a'gún tiempo llegó a nuestra invicta capital en unión de su esposa un Príncipe de la Milicia, que venía a ejercer el mando superior de estas islas.

La pobre señora andaba por esas calles, de medio lado, como cangrejo, derrengada, moviendo las posaderas de modo irregular por consecuencia de padecer dolores reumáticos arud'simos.*

Las familias de nuestra dorada sociedad—con raras excepciones—creyendo, sin duda, que de aquella extraña manera caminaban las aristócratas de Madrid, imitaron a la consabida generala, meneando desafortadamente las caderas, como si en cada una de ellas llevaran un tango argentino.

También en aquellos benditos tiempos en que se rompieron las flamantes maletas de los compromisarios, que faltaron a sus compromisos cívicos, vivía en Las Palmas una gentil señorita, hija del Presidente de Sala de aquella Audiencia, que era biza, y por lo tanto, miraba como de carambo'a, y las elegantes jóvenes de la ciudad del Guinguada, pensando que era de buen tono mirar a las gentes con ojos atravesados, como mesa de vizcaíno, que dijo Larra, torcían la vista, como en señal de protesta contra el régimen caciquil imperante en aquella época de turbulencias políticas.

Cuando en Canarias existía el vellcino de oro de los Puertos francos, tuvimos un Delegado de Hacienda, cuya señora usaba unos sombreros de alas

descomunales, como zarandas, con plumachos elevadísimos, que parecía las «nubes desafiar». Las hermosas santacruceras, por imitar a las peninsulares, que ocupaban puestos distinguidos en el escalafón social, aparecieron en nuestros paseos y teatros con sendos sombreros iguales al de la esposa de aquel alto empleado en rentas públicas. Y esa moda pertenecía a la época del rey que rabió, según refieren antiguos cronicones.

Tenemos una compañía de verso, ópera o zarzuela, y las familias mesócratas, pero que están atacadas de pujos de grandeza, empeñan hasta los colchones por imitar a las clases adineradas, exhibiendo menjurges, trapos y cintajos en plateas, butacas y en los palcos de los coliseos.

—¿Viste el trabuco de don Osorio?—decía la señorita Matea a su novio el joven Ladislao, en la Plaza del Príncipe, la noche siguiente a la de una función de ópera.

El teatro ilustra, indudablemente, pero mientras falte su base esencialísima, que es la escuela primaria, habrá muchas señoritas como Matea, que digan trabuco de don Osorio, por Nabucodonosor.

Que se lleven hasta los colchones al Montepío, por seguir ciertos lujos, para después de una velada teatral oír frases como «volca» el coche, se «desagota» el algibe, se me «esconchó» un pie, mordida por mordedura y me «escaché» el dedo gordo, «diferencia» y «coger fresco».

No hay más que un paso del Capitolio a la roca Tarpeya. Esa misma distancia existe de lo sublime a lo ridículo.

En las islas menores de nuestro Archipiélago, a pesar de la autonomía de que blasonamos, continúa

el sexo encantador, digno de encanto, imitando a los peninsulares.

Señoras de las llamadas de la sangre azul, en un pueblo de Lanzarote, tomaron por modelo a la mujer—que era muy abierta de piernas—de un Secretario del Delegado del Gobierno en la citada isla, y aquellas damas encopetadas adoptaron, considerándola de buen tono y muy de moda, aquella postura verdaderamente repugnante y antiestética.

Las cursilonas que imitan las extravagancias en el vestir y en el andar de los elementos de fuera del país, pertenecen al género cómico, o mejor dicho, al bufo.

Nuestras campesinas, con su típico jubón y su corpiño de estameña, son las únicas que no imitan a nadie, ni empeñan para ir al teatro.

Nosotros tampoco empeñamos, porque sólo poseemos un caimán embalsamado, que trajimos de Venezuela. Y en las casas de empeño, como abundan los caimanes vivos, los muertos no entran.

Allí no valen las imitaciones.

Ni los lamentos, sino las fulguraciones de los brillantes.

Los usureros son los que en Canarias llevan el sello inconfundible de la originalidad.

Carecen de entrañas y tienen más agallas que un mero.

Se distinguen por su vista de lince y por su sentido práctico.

Apenas queda en tierra canaria quien no sea, por lo menos, ilustrísimo. En eso imitamos a los portugueses.

Próximo nos parece el día en que los calificativos encomiásticos de ilustrado, notable o distinguido y otros epitetos, sean compañeros inseparables de cualquier nombre de pila, y en que digamos el distinguido rematador de consumos, el notable limpiabotas, don Perengano; el ilustrado pinche, don Zutanejo. Así es que se han inventado más adjetivos para elogiar a ciertas personalidades, que «cañamones dan por dos pesetas».

Mientras no saquemos de entre los burbujes de la raza el alma de la región, seguiremos imitando a los ingleses en el balompié y a los peninsulares hasta en las muecas: ya que tenemos autonomía y todas esas prerrogativas inherentes al actual régimen, demos al traste con esas imitaciones que, en el orden social, nos llevan a la pérdida de los rasgos fisonómicos de la personalidad isleña.

Recordaros que en tiempos de Lope de Vega, al escribir a una dama, se le besaban las manos: ahora se le besan los pies.

Y esa costumbre, que data de la antigua Roma, en Canarias está tan arraigada que esos besos, que son puras figuras de Retórica, se estampan en las cartas, estando abolida en otros países de origen latino esta fórmula arcaica, y a todas luces, representativa de la farsa y de la mentira.

Es necesario armar una revolución en el orden social, para destruir «ab irato» la costumbre de imitar, que nos coloca al lado de los monos.

Y cuidado con lo que se arma, como decía el gran Narciso Serra. Aspiramos a que nuestras mu-

jeros, con su garbo de abo!engo canario, de perfiles indígenas, se paseen por calles y plazas, luciendo flores de retama en sus cabellos y dejando oír el ritmo de su voz blanda, candenciosa, como el rumor de las olas que bañan las patrias riberas.

LOS ALCALDES

Las costumbres políticas han cambiado radicalmente en nuestras islas merced a las concupiscencias de esos veleidosos o tornadizos conglomerados de mesnadas, que han convertido la cosa pública en festín verdaderamente baltasariano. en el que, ahitos sicarios y primates, lanzan regüeldos, que diría Sarcho, mientras se oyen los gritos del hambre que aniquila al expoliado pueblo al eterno Lázaro de la leyenda.

Antes los alcaldes en Cararias eran de la madera o limo de aquel Corregidor que, en una de sus más hermosas letrillas nos pintó con su epigramático grajejo, Bretón de los Herreros.

Los alcaldes de entonces se ocupaban en velar por la pureza del caudal perteneciente al acervo común, y en empujar a sus respectivos vecindarios por la senda del progreso; pero otros tiempos y otros hombres han traído otras costumbres más en armonía con el espíritu egoísta y utilitario de la presente época.

Desde la hora y punto en que los alcaldes de real orden de las localidades más importantes de esta provincia, cogen la trenzada vara de puño de oro—que florece más que la de San José—comienzan a manducar a los dos carrillos, pues son obsequiados por sus amigos políticos e impolíticos con sendos banquetes, en los que se tributan las más calurosas alabanzas a los festejados; y como en esos espléndidos con-

vites no falta el «champagne» y las famosas brevas de «Henry Clay», se hace derroche de efecuencia tribunicia y de versejos más o menos rípiosos. Esas fiestas son casi siempre amenizadas por la banda de música que paga cada respectiva Municipalidad.

Esos afortunados alcaldes que deben su nombramiento a la Corona, entran comiendo en el Cabildo y salen de él, masticando en banquetes, dignos de Lúculo.

—General, coge la boza.

Al sonar la conocida frase vénézo'ana, se sienten las mandíbulas fucionando y se perciben los gratísimos y confortables olores de los guisos.

—General, suelta la boza.

Banquete con música y con sus correspondientes discursos encomiásticos al que «arría en banda» la boza.

*

**

—«Yo como, dice el Alcalde—

—Yo también, el Secretario—

Comer como un dromedario,

y el que venga atrás, que salde.»

«Es verbo por excelencia
ese verbo regular,
que comer sin trabajar
es la positiva ciencia.»

*

**

Los pobres monterillas de las localidades rurales, que no deben el puesto que ocupan a la regia prerrogativa, son las víctimas propiciatorias del desbarajuste administrativo imperante; y de ahí que esos alcaldillos escupan, mientras fuman en pipa los generales de la boza, o sean los excelentísimos señores que comen y beben regaladamente al coger y soltar el trenzado bastón de áureo puño.

En muchos pueblos de nuestras islas, las personas de arraigo y de viso por su cultura e intereses, rehuyen aceptar cargos concejiles, por no ser responsables al pago de las abrumadoras deudas que gravitan sobre los esquilgados Municipios.

En Gramadilla, donde hay personas ilustradas y de prestigio, conocimos de alcalde de dicha localidad a un bracero, el que, además de ser ebrio consetudinario, era el colmo de la rusticidad y de la ignorancia.

El referido sujeto, llamado por un gobernador de esta provincia, se presentó en el despacho de la citada autoridad, y al encararse con ésta, dice de buenas a primeras:

— Yo soy la «utiliá» de «Granaila».

El Poncio despidió a caja destempada a aquel bruto mascavidrio, diciéndole a su secretario:

— El tufo que traía a aguardiente ese mastuerzo, me quería tumbar.

*

* *

Un rico propietario del pago de Las Breñas, que sabía firmar con letras como de marcas de fardo, al estilo del escudero de don Quijote, fué alcalde de

Yaiza. Aquel hombre, que era modelo de ciudadanos íntegros y probos, y además poseía bienes rústicos y semovientes por valor de algunos miles de duros, tuvo que emigrar a América con su familia, porque, por servir a su pueblo, a fuerza de multas y apremios por débitos ajenos, los agentes del Fisco le dejaron, como se dice vulgarmente, a pedir por puertas.

En nuestras principales ciudades se libran formidables batallas por coger la boza, o la vara de la alcaldía, porque proporciona banquetes y algo más: pero en los pueblos rurales los politiqueros que poseen fincas, dicen al insolvente jornalero:

—General, coge la boza.

Cuando la vara no da nada que comer no sale nunca de manos de la gleba. Y los aparceros o siervos del terruño sirven de testafierros a los caciquillos de tercera fila, que disponen a su antojo del tesoro comunal, sin comprometer en lo más mínimo sus propiedades, porque esos muñidores electorales, que offician de dictadorcillos en los pueblos, sólo procuran poner al frente de los Municipios cabezas de turco, que aguanten los golpes de los recaudadores de contribuciones y de los comisionados de apremios.

Algunas veces los rábulas del caciquismo rural han tenido que comer el rancho del presidiario, por malversación de caudales públicos que fueron a poder de gentes que usan la conciencia como artículo de lujo.

*

* *

Vamos a referir una anecdotilla que ocurrió en un pueblo de Lanzarote, en la época en que se usaba

la voz guanchinesca «jao», para llamar a una persona; interjección que se empleaba por nuestros campesinos hasta pocos años antes de la Revolución, que hizo estremecer los sillares del puente de Alcolea.

Dice un alcalde a su mujer:

—«Jao», dame el «panta'ión» que tengo «pa dir» a cobrar el punto del clérigo».

El lector habrá comprendido que el monterilla quiso decir el culto y clero, gabela que antiguamente se pagaba.

Hoy no tenemos diezmos ni primicias ni otras alcabalas eclesiásticas; pero en cambio ha caído un verdadero chaparrón de impuestos sobre las más importantes poblaciones de este Archipiélago, en las que sólo falta que gravar el aire respirable y la leche de las nodrizas.

*

* *

Desde fecha lejana, en Arrecife ha habido alcaldes no alambicados, sino partidarios del alambique, autoridades locales más o menos amantes de los líquidos, nos hacen recordar el siguiente diálogo, sostenido entre el portero del Ayuntamiento de la expresada ciudad y el presidente de aquella Corporación:

—Señor don Fulano, por ahí andan diciendo que usted es un gran borracho.

—¿Sí? Pues, no es eso lo peor.

—¿No es eso lo peor? Pues ¿qué es lo peor?

—Lo peor es que es verdad.

Ese mismo alcalde, que en lo físico era el retrato fidelísimo de don Quijote, con su cara angulosa, alto

de cuerpo, enjuto de carne, de ojillos vivaces y hundidos, de pómulos salientes y con mucho hueso, que contrastaba con la gordura excesiva del caballo andaluz, en donde, jinete, lucía por las mal empedradas calles de su pueblo natal su figura de caballero andante; ese moderno Quijano, decimos, un día de fiesta, se presentó con la trenzada vara de mando, en medio de la multitud que llenaba la plaza de la iglesia, y dando vaivenes de beodo, dijo:—palabras textuales.

—Pueblo, aquí tenéis al alcalde que os merecéis.

*

* *

En Arrecife el periodismo no ha podido arraigar, como tampoco los colegios de segunda enseñanza; pero en cambio el número de cafés aumenta de modo extraordinario, habiéndose montado uno recientemente con todo el «confort» moderno, que es el más grande de estas islas, y eso constituye una nota simpática y sugestiva para la gente moza, porque en esos sitios todo encanto tiene su asiento y todo placer su habitación.

Los alcaldes arrecifeños no repiten las palabras de «¡Luz! ¡más luz!», que dijo al expirar el autor de «Fausto»; pero gritan, vivitos y coñeando:

—¡Cafés! ¡más cafés!

Y tutilimundi aplaude, porque de aquellos establecimientos brotan o'eadas de buen humor, que inundan de alegría el ambiente del vivir lanzaroteño.

*

* *

En el Pinar, isla del Hierro, la boza se suelta, con arreglo al originalísimo ceremonial que a continuación describimos con todos sus pelos y señales.

Se presenta en la plaza de Tayvique el alcalde saliente, y en presencia del síndico y de sus administrados entrega al entrante la vara. «que es de sabina», de dos metros de longitud, con un regatón de hierro, con raros dibujos en el centro, muy parecidos a los que graban en las «totumas» los indios muisecas de Venezuela.

Al pasar la vara de una persona a otra, el monterilla que cesa en el desempeño de su cargo, pronuncia un discurso concebido en estos términos:

Señores: «Vujotros sabéis que cuando yo entré de alcalde estaban toos los caminos llenos de matacanes y que naide aguarecía ni un jigo en las jigueras, porque los perros sueltos no los dejaban maurar, y que dende que cogí la vara obligué a los vecinos, por medio de un bando, a que en el tiempo de la fruta amarrasen los perros, y a que me ayudaran con prestaciones a componer los caminos y vereas, y too Dios mediante, se jizo sin que tuviera que multar a nenguno.»

El síndico, durante la anterior arenga, permanece sentado en un poyo que está junto a la ermita.

Al terminar el orador se levanta dicho personero y da lectura en voz alta al oficio en el que se nombra el nuevo alcalde: entonces el cesante dice al que le sustituye:

Vos entrego la vara de la justicia, que no debe cambiarse nunca.

El reemplazante contesta:

—Yo deseo que Dios me alumbre el entendimien-

to, pa que puea mandar como es debío a mis vecinos.

«No rebuznaron en balde
el uno ni el otro alcalde.»

Porque ambos fueron frenéticamente aplaudidos por la concurrencia.

Ni el alcalde saliente ni el entrante, en Tayvique, son festejados con música ni banquetes. Sólo hay discursos, y por cierto, dichos por los mismos generales de la boza.

Aquí viene bien aquello de:

*Guineo de boca
cualquiera lo toca.*

LA PRENSA

Casi todos los canarios servimos para periodistas. Desde el zapatero remendón hasta el almibarado lechuguino, que no sabe otra cosa que conjugar el verbo mamar, emborronan cuartillas para los periódicos, buscando honra y provecho en las letras de molde; pero como escriben con las extremidades inferiores, sólo consigue poner sus nombres en la picota del ridículo, a pesar de los ditirámicos elogios que tributan a sus esperpentos literarios muchos de los periódicos regionales. De ilustres literatos y de eximios cronistas son calificados por la prensa de nuestros días esos escritorzuelos de tres al cuarto que ignoran hasta las reglas más triviales de Sintaxis. También a cualquier cosa llamaba chocolate la patrona.

Ya de las redacciones de los periódicos isleños han desaparecido las trabas, las exigencias y esa escrupulosidad minuciosa para admitir colaboradores. Hoy cualquier quisque que posea una gran dosis de audacia, acude a nuestra prensa con fárragos de indigesta prosa o de «berzas» impasables, empedrados de disparates, y se da ínfulas de maestro en el arte del buen decir.

El que más o el que menos, se cree un Girandín

del periodismo en estas atlánticas tierras, tan fecundas en calabazas como en ca.averas.

Nuestros diarios no se ocupan sino en blandir el incensario de la lisonja, aplicando los más rimbombantes adjetivos a esa caterva de mutiladores del idioma castellano que, empinándose sobre la tribuna de la Prensa, parodian a César, diciendo: «Canarias, ya eres nuestra», o recuerdan aquellos infusorios de Bartrina, que acordaron que «fuera de la gota no había mundo».

Conocemos a un periodista, con ribetes de caciquillo literario, que ha inventado una ortografía para su uso particular. Veamos cómo escribe ese chico:

«Habren las rozas sus cálizes.»

Para muestra basta un botón.

¡Pásmense nuestros lectores!; a ese que escribe semejantes lindezas ortográficas, un diario isleño le llama escritor eminente, genio extraordinario, diciendo de él otras zarandajas por el estilo.

Ese diarista, como diría el poeta venezolano Fombona Palacio, que escribe abrir con ache, porque sin duda ignora proviene de «aprire», fué premiado en una fiesta literaria con una lechuza de plata, lo que consignamos a título de nota informativa, y para que se sepa una vez más que en estas islas los jurados que pronuncian esos veredictos en los certámenes científicos o artísticos, son la apoteosis de la incapacidad o del favoritismo.

COSTUMBRES CANARIAS

La Prensa era antaño en nuestra provincia cátedra abierta a todas las opiniones. En sus columnas se debatían arduos y trascendentales problemas que afectaban al desarrollo de los intereses populares.

En aquellas hojas periodísticas figuraban firmas de reputados escritores, que llenan con sus nombres las más hermosas páginas literarias de nuestro país, el cual debe a la prensa importantísimas mejoras en todos los órdenes de la actividad humana.

En Santa Cruz de Tenerife, «El Guanche», que dirigía y redactaba el inspirado poeta Claudio F. Sarmiento, libró rudas batallas en pro de los ideales democráticos, contribuyendo en la medida de sus fuerzas a empujar a la antigua Añaza por el camino del progreso.

Miguel Villalba Hervás, el Tito Livio isleño, el integérrimo republicano, desde las columnas de «El Eco del Comercio» y de «La Federación», convirtió su brillante y castiza pluma en puñal para herir toda tiranía; José M. Pulido, talento enciclopédico, llamado con justicia el Juvenal canario, por el chispeante espíritu de su sátira, esencialmente cáustica, en el valiente y bien escrito periódico «El Memorandum», trazó con sus sacrificios la senda del deber cívico a sus correligionarios, invocando siempre el santo nombre de patria, y cantando en armoniosos versos la gloriosa historia del pueblo de todos sus amores. Pulido, como casi la inmensa mayoría de los periodistas de su tiempo, supo responder de sus actos en todos los terrenos, afrontando tesoneramente todos los peligros, desde la denuncia judicial hasta el lance de honor.

Nosotros queremos en este capítulo rendir home-

naje de pleitesía a la memoria veneranda de aquellos esclarecidos ciudadanos que hicieron un culto de sus ideales políticos y esparcieron en los mármolés de los altares de la patria las más puras flores del civismo.

Ramón Gil Roldán, el dulcísimo poeta de las inimitables quintillas—y cuya musa llevó siempre recortadas las alas por el dolor—juntamente con Caspar J. Fernández y Agustín E. Guimerá, en «La Opinión», rompió lanzas en el palenque de la poética, sosteniendo enhiesta la bandera de la causa de Tenerife, derrochando la sal de su ingenio en artículos de fondo y en gacetillas; Rodríguez Peraza—de cuyo impresionismo, viveza y cultura vastísima dió irretragables pruebas en el citado periódico órgano entonces del partido calamar—, se acreditó de polemista de Dialéctica algebraica; Alfonso Dugour, hijo del inolvidable don José Desiré que fundó la prestigiosa revista titulada «El Museo Canario», y formó aquella gallarda juventud para los futuros batallares de la vida; Alfonso Dugour repetimos, sin abandonar sus quehaceres de escritorio, el Debe y el Haber, las cuentas corrientes, las facturas y los cambios, cultivó las musas y la política, habiendo sido fundador de «Las Novedades» en unión de Izquierdo Azcárate, Ca'zadilla y Calzadilla y de J. M. Ballester. Esos citados, distinguidos escritores en el periódico republicano a que aludimos, dejaron rasgos de luz y oro de su labor altamente patriótica y en la defensa de los principios de la Democracia; Eías Zerolo dirigió la «Revista de Canarias», en donde colaboraron plumas de verdadero brillo, como la del filólogo e insigne novelista Francisco M.^a Pinto. En las columnas de tan

renombrada publicación, aparecieron escritos que cautivaron por el esplendor de la forma y por la latitud de los conocimientos que abarcaban; Patricio Estévez, en «La Ilustración de Canarias», empujó el elemento joven por la senda de las cuartillas y de las letras de molde, a la par que dió a conocer: en ambos mundos, los mejores trabajos en prosa y verso de los intelectuales isleños; Patricio Perera, el Trueba isleño en «El Criterio», se nos reveló un periodista de combate de irresistible acometividad, sin apelar nunca a la diatriba canallesca para atacar al adversario; Leandro Serra y Pereira de Armas, en «La Democracia», dejaron tesoros de erudición y de bellezas artísticas; Adolfo Cabrera-Pinto en «El Propagandista»—periódico que tanto por su parte material, como por la literaria, honró a nuestra provincia—, cimentó su fama de escritor atildado; los hermanos Maffiotte, Juan, Miguel y Luis; el primero, arrebatado prematuramente por la tumba cuando en París le sonreía un porvenir de gloria, supo conquistar, en su breve existencia, inmarcesibles laureles, que constituyen envidiables páginas en su historia de obrero infatigable de la ciencia y del Arte. En la literatura dejó Juan Maffiotte un trabajo que es una joya de inapreciable valor: nos referimos a su aplaudido artículo satírico, que vió la luz pública en «El Memorandum», bajo el rótulo de «Un charco de ranas». El segundo de los Maffiotte, además de haber escrito en casi todos los periódicos que se han publicado en Tenerife, desde la Revolución septembrina hasta hoy, es autor de recomendables obras científicas y literarias, que valen muchísimo, y el último, o sea aquel que cuando joven se disfrazó con el antifaz de «Orteguilla», para

deleitar con sus sabrosas crónicas quincenales a los lectores de «La Ilustración de Canarias, como sus demás hermanos es digno hijo de su padre don Pedro, uno de los raros hombres de ciencia del último siglo que tiene una hoja de servicios que le honra y enaltece. «Las Canarias», periódico que redactaron Isidoro García, el poeta genial, Tabares Bartlett, el malogrado artista Felipe Verdugo y el vate y crítico Enrique Funes «(Galeotito)», presentaba en la elegante factura de sus trabajos un escorrimiento sintáctico hecho con pinzas de oro; «El Laúd Canario», que fundaron en la capital de esta provincia el apasionado cantor de quimeras y amoríos, Maximiliano Hardison y el periodista Claudio R. Pozuelo que actualmente ocupa distinguido puesto en la redacción de «La Prensa» de Buenos Aires, en su corta vida, esa revista, decimos, acogió con entusiasmo las producciones de los escritores noveles que en ella estrenaban sus primeras armas.

Manuel de Cámara, el ilustrado arquitecto y fácil prosador, en «El Ideal», consolidó su fama de pulcro estilista compartiendo sus tareas periodísticas con el máximo literato y abogado conspicuo, Rodolfo Cabrera, una de las figuras más grandes del Foro y de la tribuna; y a propósito, recordamos que no ha muchos años vimos en un kiosko de Buenos Aires un rotativo de Río de Janeiro, con un artículo sobre política europea, publicado en «El Ideal», debido a la pluma de Cabrera Calero y traducido al portugués por un celebrado publicista brasileño.

Millares Torres, concienzudo historiador y novelista de rica fantasía, que produjo «Aventuras de un coverso»: y «Eduardo Alar», dirigió «El Omnibus» y «El Canario», luchando briosamente en am-

bas publicaciones por recabar privilegios y beneficios para Las Palmas; Tomás García Guerra, jurisconsulto de nota, que en «El Trabajo», y más tarde en «El País», de aquella ciudad, publicó artículos saturados de doctrina jurídica, haciendo gala de primores de estilo y de un lenguaje clásico que tiene destellos de grandeza; Amaranto Martínez de Escobar poeta fluido, de verso candencioso, de corte quintanesco, en «El Defensor de la Patria», con Hurtado de Mendoza, Juan Ramírez Doreste y con otros ilustres abogados y publicistas de Gran Canaria, dió brillo a la intelectualidad isleña.

Faustino Méndez Cabezola, el predilecto amigo de Pi y Margall, el eximio jurisperito, el docto catedrático, el literato insigne, el gobernador de Logroño cuando la República española, uno de los más preclaros hijos de estas islas, fundó «La Asociación» en Santa Cruz de la Palma, y en dicho semanario, entre otros intelectuales palmeros, colaboraron Augusto Cuevas Camacho, Víctor Fernández Ferraz, profesor actualmente del Instituto de segunda enseñanza de Pinar del Río, en la isla de Cuba, y el vate infortunado, Domingo Carmona. En ese periódico Méndez Cabezola, que fué en la tribuna un verdadero artista de la palabra y en la prensa militante una espada de mucho acero, defendió con todo el ardimiento de su corazón de patriota los ideales republicanos y a la vez combatió de frente a los seides del caciquismo. «La Asociación» fué el nervio biológico, digámoslo así, el factor más importante de la cultura palmera, representada en aquel entonces por hombres eminentes en todos los ramos del saber.

Ramón F. Castañeyra, en Puerto de Cabras, con

su bien escrito semanario «La Aurora», persiguió incesantemente el bienestar de su pueblo, aspiración nobilísima que fué secundada por patriotas de fuste como Juan Domínguez Peña y Secundino Alonso, y hoy sonríe plácido y satisfecho en el retiro de su hogar el veterano adalid de la independencia de su patria, el viejo director de «La Aurora», al ver que en las postrimerías de su larga existencia ha visto convertidos en tangibles realidades los vehementes deseos que desde joven acarició su alma de fervoroso demócrata.

«La Crónica» de Lanzarote, que escribieron Carlos Schwartz, Elías Martínón y don Miguel Miranda—a este venerable anciano le damos este tratamiento porque es una reliquia casi centenaria, pues cuenta con noventa y siete navidades—además de ser el primer periódico que apareció en la antigua Titerroigatra, vino a abrir senderos de luz a la juventud lanzaroteña y a señalar nuevos rumbos en la vida insular.

Leandro Fajardo, que fué villana y cobardemente asesinado en Tías, y uno de los pocos intelectuales que en Canarias supieron amalgamar las ciencias y las letras, siendo estudiante de Derecho en la Universidad de Madrid a requerimiento de su maestro, el gran Castelar, publicó en «La Democracia», que dirigió el grandilocuente orador, una serie de artículos acerca del proletariado, que le conquistaron alta nombradía como escritor elegante y erudito; Leandro Fajardo, repetimos, redactó casi solo por espacio de algunos años «El Horizonte», periódico que tanto por la forma como por el fondo de sus editoriales, alcanzó una preponderancia y una significación que ya tomaran tener algunos diarios modernos, que se

creen ilusos! haber llegado al «summum» de la perfección y de la popularidad.

Los periódicos de hoy—salvo contadísimas excepciones—buscan el efecto estético en los caracteres tipográficos y en la forma ampulosa de sus escritos, más vacíos que nuestra bolsa, que deslumbran a las ignaras multitudes como fuegos de artificio.

La prensa de antes mantenía en todo su prestigio los fueros de idioma castellano y los del sentido común, y sin desmayos ni pueriles temores combatía las extralimitaciones del poder, los actos coactivos que en época de elecciones cometían las autoridades encargadas de velar por la pureza del sufragio, y los atropellos de los monterillas que son dóciles instrumentos del caciquismo.

Si vamos a juzgar por el silencio que guardan nuestros diarios en lo concerniente a la vida político-administrativa de estas islas, no ocurre nada en las mismas digno de mención. No parece sino que vivimos en el mejor de los mundos, que es un idilio encantador la existencia en Canarias; que aquí ya no aientan esos gobernantes venales que hacían de la ley mangas y capirotos, y que tanto en las ciudades como en las más apartadas aldeas de este Archipiélago, impera actualmente la justicia distributiva y reina la armonía más perfecta en todos los órdenes sociales.

Nos congratulamos con la prensa moderna, porque en sus columnas no de lata chanchullos, rapiñas de intereses públicos, infracciones legales, ni ninguno de esos casos administrativos escandalosos que con frecuencia ocurrían en nuestros pueblos, y que los periódicos de otra época menos positivista que

la presente, ponían de relieve fustigando de modo vivo'ento, pero en forma de irreprochable corrección, a los autores y cómplices de tales latrocinios e in-moralidades. Como hoy no leemos en las hojas periodísticas noticias de desfalecos en los Ayuntamientos de nuestras localidades ni de desmanes caciquiles, nos suponemos que estas peñas sean verdaderamente afortunadas, no por ese calificativo que en la antigüedad tuvieron, sino porque, interpretando racionalmente el silencio de la prensa, han desaparecido de ellas la maldita po'illa del caciquismo, la cizaña de la política el agiotaje y el desbarajuste administrativo en los Municipios.

¡Loado sea Dios!

«Lástima grande que no sea verdad tanta belleza», que dijo el c'ásico.

La prensa moderna no se malquista con nadie, no provoca odios ni ninguna de esas insanas pasiones que se albergan en el corazón humano. Los periódicos actuales hacen bien en procurar que haya paz entre todos los políticos de distintas banderías, que todo el mundo se lleve como lo ordena la santa madre Iglesia, aunque por complacencias irritantes se despoje a pueblos de sus derechos posesorios y se repartan en feudos los caciques la nueva Barataria, como si por juro de heredad les perteneciera, para que los pequeños terratenientes y los pobres braceros del campo vivan como recuas, sometidos a la tralla del amo.

Manifestamos lo que sentimos, sin ulteriores miras, sin importarnos un ardite que se conjuren contra nosotros venganzas y torcidas voluntades, y que se cierna sobre nuestra cabeza una tempestad de odios. Acostumbrados estamos a que en el taller de

la tiranía se forjen las más rastreras armas para herirnos, por lo que, como nada nos arredra, seguiremos trasladando al papel las costumbres del país canario, no sin antes consignar que, como meros copistas, no tenemos ni la más leve culpa de los defectos que a la vista del más miope resaltan en el original.

*Arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.*

Los periodistas encastillados en los moldes viejos, estaban siempre en la brecha para combatir, sin tregua ni descanso, las arbitrariedades de los gobernantes y para defender los sacratísimos intereses populares, y de ahí que tuviesen casi a diario disgustos y enemistades, procesos y lances personales por cumplir decorosamente con la augusta misión del cuarto poder del Estado. Los actuales jornaleros de la prensa en Canarias, blasonan de haber roto gentilmente aquellos moldes que califican de arcaicos, y de ser los creadores del vigente módulo periodístico, que según ellos encaja dentro de los formulismos sociales y de la cultura moderna, que consiste, por lo visto, en no quejarse del vecino opulento que arroja piedras a la choza del pobre, en no sacar a la vindicta pública los escándalos de los mandarines ni las infracciones de la ley; en suma, en vivir plácidamente y recoger una buena cosecha de pesetas y de ap'ausos de agradecidos caciques. Esos periodistas anodinos al uso, no padecerán nunca de dispepsia ni del corazón, ni sabrán de qué maderas, a no ser por referencia, el banquillo de los acu-

sados, porque sus nalgas no fueron creadas sino para ocupar los sofás en los salones de los casinos aristocráticos las noches de baile o las butacas de los teatros.

Si algún diario, volviendo la vista a los moldes viejos, trata de poner a raya los menguados planes de los endiosados tiranuelos, sustituyendo las melosas frases de la adulación jesuítica por las de tonos vivos que levanten ampolla, entonces los demás colegas que son urbanos, finos y atentos con los que mandan, se alarman diciendo que es rural, estrecho y mezquino el criterio del compañero que no sacrifica su conciencia ni su patria por sentarse a la mesa del presupuesto, ni mucho menos por el temor de ser aplastado por las férreas mazas de una oprobiosa y deprimente dictadura.

—¡Muera ese infamatorio libelo!—gritan como energúmenos todos aquellos que comen la sopa boba de la burocracia y que son, por lo tanto, los corifeos del caciquismo.

Las santas rebeldías, las audacias cívicas, ya sólo de nombre se conocen en esta islas. Aquellos espíritus de diamantino temple que simbolizaban la abnegación y el amor patrio, han sido reemplazados por hombrines entecos, enclenques y tullidos intelectualmente, que sólo procuran oscurecer con las sombras de la calumnia las figuras de aquellos campeones del periodismo isleño, que desinteresadamente sirvieron a los pueblos, a los humildes, a los perseguidores a los desheredados de la fortuna, sufriendo por ello las iras de los poderosos.

No importa que varios organismos oficiales de esta provincia se hallen convertidos en verdaderos establos de Augías, si la prensa de los nuevos moldes

tiene vida regalona, si hay en su casa carne sangrienta y corre el tintillo que puebla la imaginación de ideas alegres y felices.

Los periodistas de cinco o seis lustros ha eran unos memos, lo declaramos «in pectore», que no sabían hacer otra cosa que estampar palabras agresivas y sufrir destierros y prisiones y toda suerte de atropellos por servir a los demás.

Los tiempos han cambiado y nos han traído otras costumbres más en consonancia con el sosiego del espíritu del que escribe la gacetilla o el artículo de fondo de un periódico, y también más en armonía con las conveniencias de los que están al frente de la cosa pública.

El periodista que condena los precedimientos a la antigua usanza, dirá:

—Sálvense los principios y los postres, y la patria que la parta un rayo.

Nuestra prensa actual alardea de que ha tomado un baño europeo, de que no tiene, como la de otros tiempos, la corcova del romanticismo, y que, por consiguiente, en su entidad psicológica no lleva los reatos sujetos a dicha escuela literaria.

No negaremos nosotros semejante aseveración; pero entre los burbujeos de esa prensa «europeizada», se notan los gérmenes morbosos de un frío positivismo, y no hablamos hipostáticamente, sino con la abrumadora evidencia del axioma.

Acaso por la «europeización» de nuestros periódicos regionales, varios de éstos se resienten del cosmopolitismo, hay que llamarlo así, que reina en Canarias, en el lenguaje, como en todo. Muchos periodistas de la última hornada emplean vocablos, y aun

giros, que no existen en nuestro idioma, creando una verdadera anarquía en el léxico.

Veamos algunos primores gramaticales de ciertos diarios que se llaman cultos:

«Anoche embarcó para Cádiz nuestro estimado amigo, don Perengano.»

—¿Qué es lo que embarcó?

—Averígüelo Vargas.

«Bajo las bases convenidas se firmó el contrato.»
Barbarismo se llama esa figura.

Extrangular la Gramática y el sentido común es la misión de esos periodistas, que no hue'en a to-millo ni tratan las cuestiones con esa tacaña sín-déresis rural, que al decir de ellos, era la característica de la prensa inculta de la época de los Pulidos y de los Méndez Cabezola,

El periodista de ayer, abroquelado en la virtud de sus ideas y en el santísimo amor a la patria, libraba formidables combates, siguiendo las inspiraciones de su propia conciencia. Generalmente los obreros de ese periodismo, que se estila hoy en esta provincia, no viven a su antojo, sino al antojo de los demás; no obedecen los dictados de su conciencia, sino se mueven al capricho del cacique que da el santo y seña en la brega política.

No hay regla sin excepción, por lo que desde luego descartamos de nuestras censuras a los periodistas que se ajustan a la pauta trazada por aquellos de sus nobles antecesores, cuyos severos perfiles ha grabado la Historia con el buril de los grandes artistas.

*

* *

Leemos en un diario local:

«Ayer dió a luz un robusto y hermoso niño la respetable señora doña Liboria Matraca, esposa de nuestro querido amigo don Presentación Palangana.»

Las líneas transcritas demuestran, por lo que se verá a continuación, que el gazetillero moderno está sujeto al compás marcado por la batuta que hemos dado en llamar social. Al que trate de escribir a su antojo, como a músico que no obedece, le dicen que desafina, y lo mandan con la música a otra parte, o de buenas a primeras le salen con el siguiente argentinismo, que tanto monta y tan en boga en este país.

- Mándese a mudar, amigazo.

En el sueto copiado se miente a sabiendas, pero garbanzo obliga a escribir tales ridiculeces. El recién nacido era tan feo como un «cocorioco», y tan raquítrico que parecía un «guelde». Sin embargo, de ser tan diminuto el niño y tan delgado como un fideo, a la madre se le aplicó el «forceps», no por necesidad, sino para que el público creyese que la criatura, por su tamaño y robustez, había encontrado estrechas las puertas de la vida.

«Vanitas vanitatum».

*
* *

Los diarios de la época presente engalanan sus columnas con descripciones pomposas de bailes, en los que las estrellas sociales de primera magnitud

lanzan sus resplandores sobre los encantos que las rodean; y mientras se ocupan en reseñar esos festivales y otros pasatiempos de índole deportiva, el desbarajuste más escandaloso y la depresión moral más profunda que son la resultante de las concomitancias de los bandos políticos—se observa en casi todos los organismos de la administración popular y en la mayoría de los espíritus isleños.

Nuestros cronistas, con lujo de pormenores, nos hablan de las blondas, de los vestidos y de las joyas que llevan las elegantes señoras y gentiles señoritas—que son ornato de los salones de la buena sociedad—cuando asisten aquéllas y éstas a los saraos de los casinos, diciéndonos en esos escritos largos y empalagosos, que el traje de color «moaré» que lucía una vaporosa hurí, de cabellos bondos y azules pupilas, estaba confeccionado por uno de los modistos más notables de París. Y en tanto las prensas gimen, arrojando diarios que tratan de esas fruslerías y de otras bagatelas sociales por el estilo, no hay nadie que se atreva a levantar la punta del veño que cubre las repugnantes llagas que devoran el organismo político administrativo de nuestra provincia ni a exigirles a las autoridades gubernativas, que tienen el deber de trabajar por extinguir el borrón de ignominia del analfabetismo, ordenen en cumplimiento de la ley que vayan a las escuelas esas turbas de chicuelos vagabundos que pululan por nuestras calles, arrojando pedadillas del arroyo a los transeuntes y cometiendo otras travesuras de mal género que revelan falta de educación y punible abandono por parte de sus padres, encargados o tutores.

El pueblo isleño se asemeja al mutilado de Saint

Etienne, porque carece de lengua, que en las grandes colectividades es la Prensa libre de todo espíritu de secta, de toda consigna de partido y de esas cortapisas y limitaciones impuestas por los caciques de campanario a los que tributan los elogios más entusiastas esos periódicos, que se llaman voceros de la cultura moderna que consiste, según muestras que tenemos a la vista, en corromper el castellano, introduciendo verbos inverosímiles, como rumorea, por se susurra, o se dice, dictaminar, presupuestar y otras voces neológicas; y además en contribuir al avance incontenible de la ola de inmoralidad que invade todas las esferas de la vida pública, y en contemplar inactivos, impasibles, el esqueleto del pueblo, al cual se le viene engañando día tras día con lirismos de mentido amor patrio y de nulo progreso.

Como mojamós la pluma en el tintero de los acontecimientos, acaso, para algunos, nuestras frases resultarán un tanto agresivas, pero son rigurosamente gráficas, que harán decir al que nos lea: así son las actuales costumbres políticas en Canarias; así son muchos de sus militantes periodistas.

*
* *

Al extenso catálogo de nombres de personas y de periódicos, citados en este capítulo, tenemos que añadir el de «El Album», revista literaria que se publicó, con gran éxito, en Santa Cruz de Tenerife, y los de las eximias poetisas Victoria Ventoso de Pérez y Fernanda Siliuto, cuyos suspiros líricos,

hondamente sentidos, aún cremos percibir en el vago rumor de la brisa, jugando entre los cipreses, y en el gemir de las torcaes en las patrias florestas.

También bajan a los puntos de nuestra pluma los nombres de Leocricia Pestana, la dulce cantora palmera que, en «La Asociación» y en «El Time», que en Santá Cruz de la Palma redactó el laureado vate Rodríguez López, publicó lindas composiciones poéticas, que son celebradas por todos los amantes de las musas.

El distinguido profesor, médico, doctor Guigou, ha sido uno de los más brillantes colaboradores del «Diario de Tenerife»; el reputado operador quirúrgico, doctor Veremundo Cabrera, hizo gala de su pluma salpimentada, de corte cervantino, en «El Herald de Canarias», que se publicó en la Laguna, y el inspirado poeta y autor dramático Francisco Cosmelli y Sotomayor escribió en el «Amor Sapientiae» de Santa Cruz de la Palma.

El autor de estos renglones ha tratado a todas las conspicuas personalidades que mencionadas quedan, con varias de las cuales, aunque modestamente, compartió las tareas del periodismo entre el hervor de enconadas pasiones políticas, en aquella época de florecencia intelectual por que atravesó este país, en el que, con los fabulosos precios que había alcanzado la grana en Europa se desarrolló un lujo verdaderamente asiático, que deslumbraba como el esplendor y los prismáticos cambiantes de la forma literaria de los ingenios de antaño.

Todos los escritores y poetisas, cuyos nombres hemos estampado en estas páginas, vieron la luz primera bajo nuestro cielo incomparable, a excepción de los señores Desiré Duguor, Azcárate y Funes, que si

bien no nacieron en las antiguas Afortunadas, los conceptuamos canarios, porque vivieron desde jóvenes entre nosotros. se casaron con distinguidas señoritas de Tenerife, y porque sus cenizas reposan a la sombra del majestuoso Teide. También casi todos los periodistas que firman en estas líneas duermen el sueño eterno arrullados por las mismas brisas que los acariciaron al nacer, menos los restos del insigne Villa'ba Hervás, que descansan a orillas del Manzanares, cuando ha tiempo que los reclama la tierra tinerfeña, la patria de todos sus amores, porque son arcilla de su arcilla.

A los pocos que aún viven, y que pertenecieron a aquella brillante pléyade de adalides de la inteligencia, parece habérse'os traído las profundidades de ese mar, que algunos llaman del olvido.

La Prensa moderna, que tiende a establecer una especie de oligarquía en las letras, por temor seguramente a que se le tilde de inculta o de chapada a la antigua, deja que se erija en sistema el atropello y que por débiles complacencias se proclamen amos y señores de nuestras peñas, elementos advenedizos, mientras tanto los hijos del país tienen necesariamente que emigrar o someterse con la sumisión del esclavo al dueño del cortijo, que no otra cosa es cada isla en el orden político y económico,

EL LABRADOR

Vamos a trazar, a grandes rasgos, la figura del labrador canario, de ese sufrido y modesto obrero del campo, que mide el tiempo por el canto de las aves y por el curso de las constelaciones, a la manera de los primeros pobladores del planeta que habitamos.

En nuestras largas correrías por la vida hemos visto en lejanas regiones de América, tierras bien cultivadas, con plantíos de café, sementeras, viñedos y alfalfares espléndidos, oyendo con orgullo esta frase de criollos labios:

—Ahí ve usted la mano del labrador isleño.

Los poéticos alrededores de Caracas, las vegas de tabaco de Cuba, los extensos trigales y maíces del Uruguay están diciendo al viajero con las sonrisas de Pomona:

—El sudor del isleño ha regado estos campos, que son fecundos, porque su sangre ha caído en abundancia sobre ellos, luchando en pro de redentores ideales.

El labriego de nuestras islas no es como su congénere el argentino que comienza su faena después de haberse sepultado en el estómago un buen desayuno de carne asada de ternera, con su correspondiente pan, y de tomarse junto al fogón de la cocina de la estancia o de la chacra, cuando menos, media doce-

na de mates, ni tampoco como el labrador de Castilla, que emprende su trabajo con la tripa repleta de carne de cerdo, sazónada con grandes tragos del zumo de las parras, y cuando el «rubicundo Febo» ha hecho su aparición sobre el horizonte.

En tiempos de «las aradas» el destripaterrones de nuestras islas se levanta de la cama a altas horas de la noche: echa un vistazo a las Pléyades que titilan allá en su lecho de azur y a la Vía Láctea, llamadas por él las «Cabrillas» y «Camino de Santiago», respectivamente, y después de pasear su escrutadora mirada por el espacio, baja la cabeza, dice la hora que es sin discrepar de la misma ni dos minutos—es un cronómetro viviente—llena la pipa de picadura virginia, enciende dicho artefacto con yesca que arde al saltar la chispa de la piedra al golpe del eslabón y suelta bocanadas de humo de pie en el umbral de la gañanía, en donde rumia el camello, rechinando sus colmillos, o mugen los bueyes, devorando la pitanza.

En Tenerife, Gran Canaria, Palma, Gomera y Hierro, se ara con reses vacunas y con mulos, mientras que en Lanzarote y Fuerteventura tiran del arado el dromedario y el burro, en amigable consorcio.

El labrador isleño abandona a la madrugada su cálido nido y se dirige al campo, tras sus animales de labor, canturreando aires populares que tienen dejos de amargura: a través de las notas rítmicas de esos cánticos campesinos, parece que sentimos el lento rodar de las lágrimas. Y es que el labriego de nuestra provincia llora cuando canta, porque deja su amoroso lecho, sintiendo el embate de la ventisca africana o el azote del turbión, sin poder llevar a sus labios ni una gota de líquido caliente ni la más leve sombra

de alimento, a causa de la intempestiva hora en que se levanta, y porque sabe además, por dolorosa experiencia, que si la cosecha logra escapar de los rigores de la sequía o de los estragos de la alborra, pasa de la era o del granero a las garras del Fisco.

No disipados aún los primeros albores del día, comienza a arar el labrador de nuestras islas, y cantando llora, porque entrevé en su imaginación la odiosa silueta del comisionado de apremios, que le señala el camino de la emigración, el éxodo a que está irremediablemente condenado el campesino isleño, después de haber sido durante muchos años paria del terruño o siervo de encopetado cacique o de linajudo terrateniente.

En Fuerteventura hemos visto mujerucas, que parecen verdaderos Quijotes con faldas, de canillas flacas y lacias, que corta a la media pierna el borde del refajo, enjutas, avellanadas, de rostro cobrizo y surcado de arrugas; hemos visto, repetimos, esas viejecitas de boca desdentada, empuñando el timón del arado que tiran amigablemente el burro y el camello.

¡Manejar la esteva en esa edad en que el cuerpo se inclina cansado de la lucha por la vida, buscando un último asilo!

*

* *

Llega la hora del almuerzo y el labrador saca de sus alforjas pintarrajeadas el zurrón del gofio, unos minúsculos pescados, conocidos en Lanzarote con el nombre de «pejines», y en Canaria con el de «bigarros», o un pedazo de «jarea» asada o de queso tan

duro como cabeza de negro cimarrón, y un bisunto mantel de alemanismo o de burdo lienzo, sobre el que coloca aquella miserable comida.

Amasa el gofio, sacudiendo fuertemente el zurrón con ambas manos y sobándolo sobre sus piernas hasta convertir aquella harina en una pasta dúctil como la cera.

Chapotea el gofio y el pescado en una salsa infernal que llaman mojo, en frase de Edmundo de Amicis, describiendo el almuerzo con que le obsequiaron en el Monte Verde, de Orotava, cuando su ascensión al Pico.

Mientras el campesino traga bombas de gofio, produciendo sus mandíbulas ese castañeteo que nos hace crisar los nervios, su yunta pace tranquilamente cercana al sitio en donde se halla el arador, el cual al concluir de comer, como no tiene vino, echa un trago de agua que lleva en una calabaza, y enciende su pipa, no sin antes limpiarse los bigotes con las mangas de su camisola, y tras brevísimo descanso reanuda su faena hasta el anochecer, en que detorna a su rústica vivienda, en donde le espera su prole con la cena, que consiste en humeante potaje de alubias, papas y coles, sazonado con un trozo de tocino, y el indispensable gofio en polvo, que a gusto del consumidor, va mezclando en el plato a medida que engulle dicha sopa.

*

* *

Allá va una agudeza de ingenio de un labrador lanzaroteño que aún talonea por aquellos lugares que fueron teatro de sus infantiles travesuras,

Cuando ocurrió el peregrino caso que vamos a narrar, era nuestro hombre soltero y vivía con un hermano casado y con hijos

El dinero que de sus ahorros iba reuniendo, por temor a que se lo robasen en la casa, lo ponía dentro de un pequeño saco de muselina, que colocó en el agujero de una pared de las llamadas de piedra seca que separaba el patio de la morada, de una huerta de nopales.

El padre de familia, intrigado por las idas y venidas del hermano a la pared vecina, dió al fin con el escondrijo y le hurtó el consabido saquito, que contenía cien pesos entre fiscas, tostones, escudos y monedas de cobre.

Al día siguiente, el hombre, víctima del robo, cuando fué a colocar medio tostón recortado en el depósito de su plata, que dicen en la Argentina, vió con asombro y natural disgusto que en el agujero no había ya humo ni pelo, y comprendiendo que el saco se lo robó el lagarto de su hermano, puso en juego los resortes de su ingenio, a fin de recobrar los cien pesos que, a fuerza de privaciones, durante varios años, había podido reunir.

El solterón sabía perfectamente que su hermano no le devolvería jamás el dinero, aunque se lo pidiese de hinojos, y que con la adopción de tal procedimiento sólo conseguiría romper con su familia, por lo que, dándola vueltas a su caletre, recurrió a un ingenioso medio para recuperar sus cuartos.

El robo se realizó en la época en que los dos hermanos, desde la madrugada salían de su casa, para el término de Temuime, en donde araban, cantando, como de costumbre, detrás de los camellos, improvisadas coplas, porque ambos eran poetas de leche, que

dijo Cervantes. El solterón, entre otros cantares, lanzó a voz en cuello el siguiente:

Yo tengo cien pesos
en un agujero,
y tengo otros cien
que guardar con ellos.

El autor del robo dijo para su capote:

- En cuanto llegue a casa pongo el saco en el agujero, porque van a caer cien pesos más, como Dios pintó a Perico,

Al regresar por la noche a su domicilio el que sustrajo el saco volvió a colocarlo sigilosamente en el mismo sitio, murmurando en voz baja:

«Esto es sembrar para recoger.»

El solterón, que estaba atisbando, sin ser visto, lo que ocurría, se dirigió después al consabido agujero, en donde encontró su saco, conteniendo los cien pesos, fruto de todas sus economías. En la soledad de su aposento contó el dinero, y viendo que no le faltaba ni un cuarto, hizo ébrio de alegría un par de piruetas.

Cuentan las crónicas lugareñas, que los referidos hermanos no hablaron nunca del gracioso chasco de los cien pesos.

A buen callar llaman Sancho.

CANARIOS EN AMERICA

En el Continente de las homéricas hazañas, en ese mundo nuevo que es prolongación al través de los mares del viejo solar de Castilla, el espíritu aventurero, laborioso y emprendedor del emigrante canario ha dejado profundas huellas de su paso, que el poder de los tiempos respeta.

En el rústico rancho, que sombrean las frondosas ramas del centenario ombú, allá en la Pampa argentina; en las orillas del caudaloso Plata, en cuyos cristales se mira, coquetonamente, la gallarda Stambul suramericana, la hermosa Montevideo, fundada por Zavala con familias de Buenos Aires y con distinguidos palmenses, entre los que se cuentan al célebre náutico Fernández Romero, que fué el que más impulsó a la expresada ciudad por el camino del progreso; en las márgenes cubiertas de dalias y de rosas del Guaire y del Anáhuco, que embriagan con los rumores de sus ondinas a las gentiles ninfas de la bella Caracas, y en la sultana del valle encantador del Yumurí, patria del excelso poeta José Jacinto Milanés, autor de las lindas composiciones líricas que llevan por rótulos «La fuga de la tórtola» y «De codos en el puente»; en la histórica Matanzas, una de cuyas calles principales tiene el nombre de Vera, preclaro apellido majorero, revelando que dicha po-

blación fué fundada por isleños, en fin, en todas partes de la América latina, se ven señales clarísimas de que los canarios han contribuído con su trabajo constante y con la influencia de sus luces a la formación y al desarrollo de muchos pueblos de esa tierra, que surgió sobre las espumas del Océano, ante la atónita pupila del pordiosero de la Rábida, del navegante inmortal.

Desde estas rocas atlánticas nos trasladamos con el pensamiento a la nereida del mar Caribe, a la hospitalaria Cuba, para respirar, a pleno pulmón, a la sombra de sus palmeras, que le sirven de abanicos de esmeralda, las templadas brisas intertropicales, que llevan en su pliegues los suspiros nostálgicos que exhalan los isleños al herir con la azada las entrañas fecundas de aquella incomparable tierra que es, según expresión de uno de sus mejores poetas,

Blanda emanación de amores
en los mares de Occidente.

Vamos a conducir al lector a unos campos cubiertos de vegetación rozagante, llenos de belleza, en los que, contrastando con el verdor risueño de los cañaverales, amarillea el tabaco, y sobre esos campos ubérrimos veremos a los canarios amasando con el sudor de su frente el capital que más tarde han de traer a la patria nativa, luciendo el flamante sombrero de Jipijapa y el loro o el perico en la consabida jaula de latón.

Las vegas de Vuelta Abajo, Camajuaní y otras localidades de Vuelta Arriba, están regonando a los

cuatro vientos que allí vive el alma isleña, que allí, como en la Argentina, en la República uruguaya y en Venezuela, las costumbres de nuestro país han echado hondas raíces, y que hasta en el léxico de esas nacionalidades abundan vocablos y modismos peculiares de Canarias, como, por ejemplo, la voz papa por patata, el gofio y otras varias que en la América española han tomado carta de naturaleza, a pesar de no emplearlas nunca el elemento peninsular residente en aquellos países.

En todos los órdenes de la vida cubana han influido notablemente los hijos de las antiguas Afortunadas.

El doctor Domingo Cubas Fernández, ilustre catedrático de Medicina de la Universidad de la Habana, exponiendo su vida, increpó valientemente a los esbirros policíacos que invadieron las aulas, para reducir a prisión a aquellos infelices niños, inocentes víctimas, cuya sangre fué derramada para acallar los gritos de sus verdugos, que pedían carne de mártires.

El doctor Valeriano Fernández Ferraz, orientalista insigne, después de abrir, juntamente con su hermano Juan, horizontes de luz a la juventud costarricense, honró la muceta del Profesorado en el primer centro docente de la capital cubana, demostrando ser consumado maestro en lenguas sabias.

Incontables son los isleños que figuraron en las filas de la Revolución de Yara y en las de la última guerra que empezó con el grito de Baire y terminó con el desastre de nuestra escuadra en Santiago.

Bástenos citar al coronel Medina. «le brave des braves», y a José Morales Lemus, que nació en la bahía de Nuevitas el 2 de mayo de 1808, a bordo del bu-

que en que llegaban sus padres de Canarias, que eran naturales de la Villa de Teguise, en Lanzarote.

Morales Lemus fué abogado de nota y redactor de «El Sig'lo» de Puerto Príncipe y prestó eficaz apoyo al movimiento revolucionario iniciado por Carlos Manuel de Céspedes, habiendo desempeñado el puesto de presidente de la Junta cubana en New York, en donde falleció en junio de 1870.

Luis Victoriano Betancourt, aunque cubano de nacimiento, su madre, la señora doña Luisa Salgado, era parienta de aquel famoso señor feudal de Santa Cruz de la Palma que se llamó don Juan Salgado—célebre por sus riquezas y por su autocracia—que tuvo por secretario particular al educacionista de la entonces Villa de Los Llanos, don Daniel Santos.

Y a propósito, recordamos que el señor Santos, con quien nos unieron lazos de amistad, nos refirió, entre otras sabrosas anécdotas de aquel cacique máximo, las siguientes:

Salgado acostumbraba pasarse los veranos en una de sus fincas del pago de Las Nieves, y sostenía frecuente correspondencia con condes y marqueses de Orotava y de la Laguna.

El mismo dictaba sus cartas.

Escribiéndole a un aristócrata de aquella villa, decía:

«Señor Conde, Aquí «jace» mucho calor», añadiendo: Daniel, pon «jace» con jota y no con ache, como los brutos de la ciudad.»

¡Ahí va la otra:

Don Pedro Antonio Torres, distinguido peruano, que vino a la Palma a reclamar la herencia de los bienes libres del marqués de Guisla, fué invitado

a su mesa por don Juan, el cual se casó por poder con una culta y linajuda dama lagunera.

En el almuerzo, dijo el anfitrión:

—Coma señor limeño, llene la barriga y mate la «jambre».

El hijo de la ciudad del Rimac, que estaba sentado junto a la esposa de aquel marrullero, replicó, dirigiéndose a la ilustrada señora:

—La compadezco por haberse casado con un hombre tan bruto,

*
* *

Betancourt fué escritor discretísimo, poeta festivo, jurisconsulto notable y fervoroso colaborador en la obra que convirtió la Gran Antilla en humeantes ruinas, para levantar sobre ellas un pueblo nuevo y consciente.

La sangre de los canarios ha caído distintas veces en tierra cubana, por defender redentores ideales, por respirar auras de libertad. En la guerra de los diez años sucumbieron innumerables isleños que tienen por tumba aquellos montes, que hizo estremecer el estruendo de las armas, el fragor de la pelea, y allí duermen el sueño eterno al lado de los héroes cubanos, que viven nimbados de gloria en la patria de la inmortalidad.

Así como ha habido canarios que lucharon denodadamente en las huestes insurrectas, también consignaremos que el palmero José Castañeda cogió preso al general Narciso López, natural de Calabozo (Venezuela) y cuyos sobrinos tratamos en dicha pobla-

ción llanera; pero, el aprehensor de López murió más tarde de un tiro en el café de Marte y Belona, que aún existe en la Habana, en el momento en que se hallaba jugando al billar,

*
* *

Lord Byron es para nosotros más grande como defensor de los pueblos oprimidos, que como poeta que fué el primero de su siglo.

El que murió bajo los muros de Corinto al frente de los albaneses, luchando por la libertad de Grecia, inspiró sin duda al héroe Tomás Mendoza, al egregio cantor cubano, al políglota eminente, al literato erudito y al guerrero indomable que en el sangriento combate de las Tunas, cae para siempre derribado por un balazo, y la abnegación del sublime cojo, acaso también sirviera de ejemplo a Juan Clemente Zenea y a Plácido, poetas egregios que fueron pasados por las armas por defender sus ideales.

El gran Heredia, el inmortal cantor del Niágara, por sus tendencias separatistas, muere lejos de su patria, suspirando en la negra noche del destierro, como el ruiseñor por su cálido nido, por las florestas espléndidas de su querida Cuba.

Manuel Sanguily es uno de los pocos intelectuales cubanos que quedan de aquel brillante grupo que formaban los Agramontes, los Luaces, los Machado, los Amábilis, los Ayesterán, los Rubalcaba y tantos otros insignes caudillos y hombres de letras y de ciencia que abrillantan con sus hechos las páginas de la Historia,

Manuel Sanguily recuerda a Ercilla y Zúñiga: maneja la pluma para producir obras que constituyen la admiración de propios y extraños y blande la espada, o mejor dicho el machete, para defender a su patria de las injusticias de los mandarines, para combatir a los conculcadores de la Ley y del Derecho.

Esas luchas cruentísimas del Continente y de la Gran Antilla fueron guerras puramente civiles, como las calificaba nuestro insigne publicista Nicolás Estévez, puesto que prestaron su apoyo a la causa de la independencia de América, en la Argentina, el balear Matheu, que hoy tiene estatua en Buenos Aires; en Venezuela, Narciso López, que amparado por nuestro compatriota Morales, hizo en aquel país toda la campaña a favor de la Metrópoli, y Máximo Gómez, dominicano, combatió en el ejército español, cuando el movimiento insurreccional que dió por resultado la pérdida de Santo Domingo, de aquel precioso florón de la corona de Castilla.

*

* *

En la Habana ha habido en todas las épocas un núcleo de intelectuales canarios que han forjado su espíritu al calor de la propaganda de los escritores cubanos y de los discursos de los Zambrana; José A. Cortina, que rugía en la tribuna, sacudiendo su alborotada melena, como el rey de las selvas; de los Montoro y de los Giberga, y se han nutrido con el pan eucarístico de la enseñanza que difundiera don José de la Luz y Caballero, llamado por algunos el Sócrates cubano,

Las poesías de Mercedes Matamoros, de Aurelia del Castillo y de la siempre celebrada Tula Gómez de Avellaneda, han inspirado a muchos de nuestros vates sus mejores versos, y las saben de memoria los literatos isleños que en Cuba han sabido dar brillo al nombre de nuestra provincia.

El sapientísimo doctor Teófilo Martínez de Escobar, que cautivó por su erudición y por su trato exquisito a la buena sociedad habanera y a la juventud universitaria, de la cual fué mentor hasta su retorno al terruño patrio; el infatigable batallador Padre Viera, de acentuado republicanismo; el poeta delicadísimo Juan Domínguez, autor del tomo de versos titulado «Cantos Canarios»; el periodista de acerada pluma y tribuno elocuentísimo, Miguel Espinosa, que en la actualidad ocupa puesto prominente en el Parlamento de la joven República; Ernesto Lecuona que fué director de «El Comercio», de la Habana; el escritor Camacho y Santana Padilla, que redacta la revista «Islas Canarias», órgano importante del floreciente centro de nuestra colonia en Cuba; en suma, todas esas prestigiosas personalidades han sabido tender un puente espiritual entre estas islas y la Gran Antilla.

Los que fueron bizarros adalides del periodismo en aquella capital, Manuel Linares y Sebastián López Mora, no poseyeron ingenios, cafetales, poteros ni hatos; pero en cambio se compenetraron, se confundieron con las figuras descollantes de la mentalidad cubana.

Los isleños viven en la patria de Martí, lo mismo que en su propia tierra,

Nuestros campesinos han ido introduciendo paula-

tinamente entre los guajiros las costumbres de Canarias.

El «guateque» es igual al clásico baile de candil que hemos descrito en un capítulo de este libro, con la sola diferencia de que no termina al estacazo, como nuestro sarao campesino,

Los braceros canarios, en su inmensa mayoría, desde que arriban a Cuba se dirigen al interior, en donde tienen al pariente o al amigo que les brinda cariñoso agasajo.

«Guataca» en mano, nuestro obrero del campo no se ocupa en aquella isla sino en reunir centenes con su honrado trabajo, para mañana poder retornar al rincón paterno, y sentir que sus convecinos le regalan el oído, llamándole indiano rico, porque ha hecho compras de valiosas propiedades rústicas y urbanas.

Durante su estancia en América, nuestros labradores no hablan jamás de política, y aunque sean sinceros creyentes, sus sentimientos religiosos se embotan hasta el extremo de olvidarse en absoluto de cumplir con los preceptos de la Iglesia: su obsesión constante es el trabajo, en el que cifran todas sus esperanzas de regresar a las peñas donde vieron la primera luz,

Para escribir cartas a sus deudos eligen el día festivo. Si el isleño es analfabeto, se vale del paisano que sepa trazar cuatro garabatos. Cualquiera que lea esas originalísimas y pintorescas misivas, no puede menos que desternillarse de risa. En ellas se envían recuerdos a todos los parientes habidos y por haber, a todos los onocidos y hasta para la cabra morisca del tío «Caetano» o para el burro pardo de la vecina Tecla, la que cura el mal de ojo. Toda la

carta, que está escrita por las cuatro carillas, no contiene sino la palabra memorias, repetida por milésima vez.

Una de esas chistosas misivas ha recorrido el mundo impresionada en un disco fonográfico.

*

**

Los palmeros, ya sean rústicos trabajadores, ora dependientes de comercio, artesanos o intelectuales, son los únicos isleños que en América se buscan y se protegen mutuamente como los catalanes, gallegos y asturianos, y para comprobar la exactitud de nuestro aserto, para que se convenzan de que los hijos de la antigua «Benahoare» son bien unidos, fuera de su tierra, citaremos el caso que, con harta frecuencia, ocurre en el Instituto general y técnico de La Laguna.

Allí, entre palmeros, no hay «jilosverdes» ni «ca-pirotes», dinásticos ni republicanos. Ellos dicen: pelillos a la mar, y todos los estudiantes naturales de aquella isla forman rancho aparte, y establecen un intercambio intelectual que viene a ser de fructíferos resultados para la consecución de sus triunfos académicos,

Aplaudimos sin reservas mentales esa loable costumbre de los palmeros, los que, si en su roca nativa, por minucias políticas, se dan tajos y mandobles, ausentes de su pueblo, se unen en apretado haz, olvidando rencillas de campanario para evocar las sonrisas y los ósculos de la patria chica, que es el tabernáculo de todos sus más caros afectos.

Y mientras los palmesanos dan muestras de sensatez y de confraternidad, varios hijos de Santa Cruz de Tenerife y de Las Palmas llevan a los países de América las rivalidades y los odios de localismo, dándose el triste y vergonzoso espectáculo de que santacruceros e hijos de la ciudad del Guiniguada anden a la greña por aportar a extraños lares las miserias y pequenezes que ni las aguas del Océano pudieron borrar, para sonrojo de todo canario que conozca el genuino concepto de patria, y que no se haga eco de los murmullos del pantano.



A raíz de ser nombrado ministro de Ultramar el señor León y Castillo, la policía de Caracas, por orden de Guzmán Blanco, clausuró el Club isleño establecido en la esquina del Padre Sierra, al lado de la confitería «La Colonial», por escándalo público.

Una noche, los socios del expresado centro, divididos en dos bandos, discutían acerca de cuál población era más importante, si Santa Cruz de Tenerife o Las Palmas, oyéndose decir desde la calle que las fichas con que se jugaba al tresillo en el «Gabinete literario» de la última de las mencionadas ciudades, eran más finas que las del Casino de la capital de estas islas.

«Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.»

De las palabras pasaron a las manos, y fué tal la gresca, que los muebles caían a la vía pública, lanzados desde las ventanas altas del edificio social.

Recordamos que una silla quedó encasquetada en la cabeza de una negra que a la sazón pasaba por aquel sitio, y a consecuencia del desaguizado echates de color en Venezuela tratan a todo trance de ridiculizar a los canarios.

Por esas y otras cosas que datan de la época de nuestro paisano el general Tomás Morales, las gentes de Venezuela tratan a todo trance de ridiculizar a los canarios.

Al día siguiente al de aquella monumental pelotera, los periódicos caraqueños satirizaron con donosura y crueldad a nuestros compatriotas que, olvidándose de que la ropa sucia debe lavarse primero en casa, se complacen en hacer la colada en mitad del arroyo de ciudades extranjeras.

El patizambo Gregorio Solórzano, que estuvo en la batalla de Ayacucho, en el Perú, cada vez que nos encontraba nos decía, recordando aquel batifondo, y valga el argentinismo:

Sepa usted. «catire», que los isleños son «piores» que los venezolanos «pa» armar «guachafitas».

Los labradores de Tenerife y los de Gran Canaria que no se consagran en Cuba a las faenas agrícolas, se quedan en la Habana. Los primeros se ocupan en vender billetes de lotería o se buscan la vida de buhoneros, y los segundos establecen lecherías y establos, dedicándose a cuidar las vacas y a repartir la leche a domicilio.

*

* *

En el poblado de La Mocha, perteneciente a la provincia de Matanzas, se celebra la Virgen de Nuestra Señora de Candelaria, patrona de estas islas.

El 2 de febrero parten de la Habana trenes excursionistas, abarrotados de viajeros, entre los que figuran familias de distintas procedencias que se dirigen a aquel vecindario para solazarse con motivo de la festividad del día.

Nuestra tradicional fiesta es en aquella localidad la más concurrida y animada de las de Cuba.

*

* *

Una de las figuras que más se destacan en la historia de Venezuela, es la de Domingo Monteverde, que llegó al más encumbrado puesto de la Milicia, la que, según se dice en «El Alcalde de Zalamea», es religión de hombres honrados. Ese bizarro orotavense, de ilustre ascendencia, sofocó el movimiento separatista iniciado en la que fué colonia de España por el intrépido general del Directorio en Francia, Francisco Miranda, llamado el precursor, hijo de don Sebastián de Miranda, natural del Puerto de la Cruz.

El bravo Monteverde derrotó en la Victoria, capital de los valles de Aragua, a Miranda, que tuvo por ayudante al que más tarde fué libertador de cuatro naciones y fundó la República de Bolivia; habiéndolo después hecho prisionero en la Guaira lo remitió a Cádiz. El 14 de julio último hizo un siglo que Miranda murió en la Carnaca, cargado de cadenas.

El ilustre caraqueño conquistó inmarcesibles laureles en Francia y en los Estados Unidos del Norte, peleando a las órdenes de Lafayette.

El eximio escritor Marco Antonio Saluzzo leyó, no ha mucho tiempo, en la tribuna del Panteón nacional de Caracas, un brillantísimo discurso, enalteciendo la memoria del invicto caudillo. Ese trabajo que, por la galanura de su estilo, es digno de la pluma de Michelet, constituye una de las joyas de más valía de la literatura venezolana.

Monteverde fué uno de los gobernadores de Caracas, y el presidente Gómez ha acordado que la fotografía de nuestro esclarecido compatriota figure en la galería de retratos de las autoridades que allí ejercieron igual cargo.

*

* *

El capitán León, que nació en Arafo, fué el primero que en la América española se rebeló con las armas en la mano. Al frente de diez mil hombres marcha desde los pueblos de Petare, Guarenas y Guatire, fundados por él: entra en Caracas y obliga con las bayonetas a la Compañía guipuzcoana a bajar los precios del cacao y del café, productos que monopolizaba, explotando cínicamente a los consumidores.

Triunfa el esforzado pañadín de la justicia y de los derechos populares; pero no tarda en caer en la celada que le tiende el marqués Fermín del Toro, y en el término de veinticuatro horas es reducido a prisión y ahorcado, y después le colocan en la puerta de su casa el poste de la ignominia.

El rebelde tinerfeño con su propio peculio levantó el templo de la Candelaria, que es uno de los mejores de la expresada ciudad.

El polígrafo Aristides Rojas, que ha trazado páginas de sabor castizo, encomia las virtudes cívicas y el valor legendario del capitán poblador, como llama a León aquel historiógrafo venezolano.

*
* *

Francisco Tomás Morales, que nació en el Carrizal, aldehuela de Gran Canaria, emigró a Costa Firme, siendo casi un niño.

En sus correrías por el antiguo Estado del Guárico (Venezuela) trabó relaciones con el peninsular Boves, que en San Francisco de Tiznados, pueblo del «llano», era dueño de un establecimiento de comestibles, de una de esas tiendas de ultramarinos que en el país se conocen con el nombre de pulperías.

Esos aventureros, de origen humilde, y sin pertenecer a la carrera de las armas, fueron los últimos defensores de la Metrópoli en tierras del Nuevo Continente, como se verá más adelante.

*
* *

Arriba Humboldt a las playas venezolanas, en aquellos días en que las huestes napoleónicas invadieron nuestra madre patria.

El sabio germano se interna en el territorio, y Bolívar, que era entonces joven, le acompaña en su excursión.

Al llegar a Güere, bajo el ramaje de aquel corpulento samán que lleva el nombre del referido pueblo, el viejo y el mozo entablan el siguiente diálogo:

Ahora es la coyuntura, dice Humboldt, para que Venezuela pueda lograr su independenciam; pero no veo al hombre que sea capaz de llevar a cima tan magna empresa.

—El hombre soy yo, contestar Bolívar, dando a sus palabras enfática entonación.

*

* *

Antonio Guzmán Blanco—cuya madre, Carlota, era natural del Puerto de la Cruz, perteneciente a la aristocrática familia de Fostar—mandó poner una verja de hierro en torno de aquel árbol a la sombra del cual puede acampar una legión, para conmemorar el diálogo que, ciñéndonos a la verdad, hemos trasladado al papel.

*

* *

Bolívar, alumno de la Escuela politécnica, fué condiscípulo del Príncipe de Asturias, quien ocupó

el trono de las Españas con el nombre de Fernando VII.

El Libertador, desde su residencia en Madrid, sintió que la idea de emancipar a su patria goipeaba sus sienas de coloso.

Fracasada la intentona de Miranda, que sucumbe en ergástula sombría, y recibida por el ministro Martínez de la Rosa, poco menos que a puntapiés, la comisión de egregios patricios, entre los que citaremos al gran Federico Larrazábal, que fué a la Corte en solicitud de conseguir la rebaja de onerosos impuestos que abrumaban a los contribuyentes de Venezuela, Bolívar supo caldear con su palabra fogosa el ambiente de la colonia, infiltrando en las masas el odio a la dominación española y pintándoles con el pincel de su rica fantasía de poeta la vida próspera y libre de las nuevas nacionalidades que según su propia frase, verían alzarse al filo de su espada sobre el pavés de los pueblos esclavos. Hecha la propaganda en la tribuna y con la publicación de periódicos que circulaban clandestinamente entre los patriotas, sólo faltaba el chispazo que prendiera la mecha, y aquel fué el levantamiento de Caracas, que tuvo repercusión desde el río Colorado hasta el cabo de Hornos.

Morales ingresó en las filas realistas, y por su intrepidez y por su valor puesto a prueba en los momentos de mayor peligro, desde las filas del soldado llegó a Mariscal de Campo de los Ejércitos nacionales. El y Boves fueron los primeros en acudir a la lucha y los últimos en arriar la bandera española.

En la decisiva batalla de Carabobo, en donde pelearon tropas alemanas al lado de las criollas, Mo-

rales formó el cuadro con su infantería, y a pesar de embestirle con vigoroso empuje los aguerridos jinetes mandados por el bravo oriundo de Las Palmas, José Antonio Páez, primera lanza de América, no pudieron romperlo, batiéndose Morales en retirada hasta Puerto Cabello, que dista diez y seis leguas «guapas» del sitio en que se libró el combate.

Los rasgos de heroísmo de nuestro compatriota que, como Ajax, tocó en la cumbre de lo épicamente fabuloso, y ese cuadro estratégico, han merecido los mayores encomios de los técnicos franceses y la admiración de los mismos venezolanos.

Otro canario de músculos fortísimos, como descendiente de aquella raza altiva, roblesca, hercúlea que produjo a un Tinguaro y a un Doramas, el más valiente de los isleños que llevó en sus venas y arterias sangre de la princesa Dácil, el nunca bastante bien loado coronel Gorrin en las sabanas que, en recuerdo a su hazaña, llevan su nombre en la comarca llanera, con su batallón destrozó completamente las numerosas fuerzas de caballería, a cuyo frente estaba el soldado sin miedo de la Independencia, el terrible Sotillo. En esa lucha sublime y sin precedente, el Cid isleño se cubrió de gloria, y a petición suya, queriendo premiar tan señalado triunfo, le autorizó el Gobierno para que usara como faja la enseña hispana y para que ella le sirviera de sudario.

Y a propósito de la soberana felpa dada por Gorrin a los lanceros venezolanos, cuentan que, cuando el general Páez, queriendo echar las bases de un tratado de paz con España, congregó en la casa de Gobierno a los próceres de la emancipación de Ve-

nezuela, enterado Sotillo del objeto de la reunión, dijo, respirando aún por la herida:

—No me importa vivir en guerra con todo el mundo, menos con la nación isleña. (Textual).

*

* *

El agricultor canario ha embellecido los alrededores de Caracas. En aquellos lugares se dedica al cultivo del maíz, el que corta para forraje antes de que brote la mazorca. Sobre el terreno acude el «malojero», y valga el término criollo, con su indispensable borrico para cargarlo de malojo, que luego distribuye entre su clientela, la cual se compone de dueños de rancherías y de caballerizas. Los que se ocupan en ese trajín de comprar y vender hoja verde de millo, como decimos por acá, desde que saltan a tierra procuran hacerse propietarios de un asno para emprender el negocio. Por eso dijo el director del «Diario de Avisos» de la indicada ciudad, el sordo Fernández, que el isleño era amigo inseparable del burro, y que éste, aquél y el garrote, formaban una trinidad. Esa agresiva frase que acaso impremeditadamente lanzó el festivo periodista, fué origen de una formidable y enérgica protesta de nuestros paisanos residentes en Caracas. El consabido artículo, que se publicó en hoja suelta, fué redactado por el distinguido escritor tinerfeño Salvador González, quien recibió de la colonia canaria una pluma de oro, como presente de simpatía y cariño.

Siempre hemos creído que Fernández, bromista de buen género, no tuvo ni la más leve intención de zaherir a los hijos de estas peñas al dibujar con ese humorismo regocijado, que constituía su característica, la silueta de nuestro «mago», del clásico «malojero».

El isleño es capaz de morir de hambre en América antes que estar al servicio de otro, subiendo y bajando escaleras. Su independencia personal no la sacrifica por nada ni por nadie. Ese caso de atavismo es una de las causas, a no dudarlo, de que sean pocos relativamente los canarios que regresen del otro mundo con «morocotas» o centenes,

*

* *

El Libertador, en el sitio de Angostura, hoy ciudad Bolívar, fusiló a Manuel Piar, cuyo padre, Fernando, fué bautizado en la Parroquia de la Concepción en Santa Cruz de Tenerife, por creerle que, entre las sombras de la perfidia, fraguaba contra él una conspiración con el apoyo de las montoneras de negros, que seguían ciegamente las inspiraciones del Piar, verdadero ídolo de los hombres de ébano.

Aquel caudillo cayó en esa postura bizarra, semejante a la del gladiador romano, bajo la mortífera descarga del fatídico pelotón, dejando en la Historia un ejemplo de héroe y de mártir que empapó con su sangre la tierra venezolana, a la que tanto amó hasta en sus últimos instantes.

Bolívar, andando el tiempo, reconoció la inocen-

cia de la víctima y lamentó haber quitado la vida a un valiente.

*
* *

Las Canarias, y en especial Tenerife, ejercieron marcadísima influencia en la conquista y colonización de América

En la soledad de aquellos valles, en los márgenes de los grandes ríos y en la cumbre de la cordillera andina, arrastrando indecibles penalidades y fatigas, los isleños dieron pruebas de tenacidad y arrojo, peleando con enormes masas de indios.

No sólo se distinguieron nuestros paisanos por sus mitológicas proezas en esa guerra, que tuvo por testigos las imponentes montañas, las dilatadas llanuras y los tigres en las selvas vírgenes, sino que también fueron colonizadores que dejaron imborrables huellas de su paso por Tierra firme.

La Victoria, en Venezuela, recuerda el pueblo tenerfeño que se bautizó así en conmemoración del triunfo que, en la batalla de Acentejo, obtuvieron los guanches, y Santa Cruz, San Mateo, El Carrizal y Santa Lucía, localidades todas pertenecientes a aquella República, llevan, como han visto nuestros lectores, los mismos nombres que tienen pueblos canarios. Y en la Argentina, San Juan, Santa Cruz, Las Palmas y Arrecife son perennes voceros de que en la patria de San Martín, el genio de nuestra raza dejó también su sello indestructible,

«Nueva Tenerife», en Colombia, y últimamente el barrio «Las Canarias», que se ha formado en Ca-

racas a un extremo del cerro denominado «El Calvario», son evidentes muestras del poderoso influjo isleño en aquellos lejanos países de habla castellana.

*

* *

En otros tiempos puede afirmarse, sin incurrir en hipérbole, que Tenerife mandaba en la Península, y por consiguiente en América, porque tenía hijos de extraordinario saber y de insólito prestigio que privaban en las esferas palatinas e imprimían la marca de los partidos políticos.

¿Por qué tuvimos tantos y tan preclaros varones que ciñeron a sus sienes la mitra episcopal en Indias, como el lagunero Abreu Valdés, que fué Obispo de Oajaca; al majorero Vicente Peraza, de la familia de los Sarmientos. Obispo de Dárien; al natural de Gran Canaria, Francisco Matos, Obispo de Mérida de Yucatán; al de la misma isla, Manuel de Sosa, Prelado de San FÉ de Bogotá; Domingo Alvarez, hijo de la Palma, Obispo de Santo Domingo y Puebla de los Angeles; Pedro Estévez, de la casa de Ascanio, natural de Orotava, Obispo de Mérida de Yucatán; Luis de la Encina, hijo de Canaria, Obispo de Arequipa, en el Perú, y otros muchos isleños que desempeñaron importantes y elevados cargos en la Península y en el extranjero? La anterior pregunta, la contestarían únicamente, si se pudiesen incorporar sobre sus tumbas, los Bencomo, los Porlier, los Iriarte, los Nava Grimón, los Monteverde, los Bethencourt, los Benavides, los Carabeo Gri-

maldí y demás patricios tinerfeños, cuyas opiniones tanto pesaron en los acuerdos de la Corona.

Tenerife, contemplando las grandezas de su pasado y viendo las miserias de su presente, debe repetir esta popular redondilla:

*Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer a hoy,
ayer maravilla fui
y hoy sombra de mí no soy.*

*

* *

Guzmán Blanco creó escuelas, Universidades, Academias y otros centros docentes: abrió vías de comunicación y puso todo su empeño en embellecer la ciudad del Guaire con estatuas, alamedas, avenidas y con espléndidos edificios, como los templos de Santa Teresa, Altagracia, el Capitolio y el Panteón nacional.

En ese período brillaron poetas y prosistas que recuerdan por su corrección a Baralt, Lozano y a Bello, celebrado cantor de la Agricultura, que en su «Silva a la zona tórrida», nos pinta al labriego que, al golpe del hacha, derriba añosos samanes, para hacer brotar del terruño espigas de oro o el árbol de aquel fruto

que en la espumante jicara rebosa,

Los hermanos Calcaño, inspiradísimos vates, a los que llamó Campoamor «familia de ruisenores», Calixto Pompa, Yepes, Bermúdez Avila, Gutiérrez Coll, Jugo Ramírez, Francisco de Sales Pérez y otros ingenios, a cuyo calor literario, formaron su estilo nuestros compatriotas. Salvador González, Manuel Marrero, Angel Domínguez y Luis Pío Herrera.

*
* *

Entre las diversas costumbres canarias que se han introducido en América, figura el velorio, Sabido es que en nuestros pueblos son obsequiadas con tazas de café o de chocolate con bizcochos las personas que velan a los difuntos. En esas reuniones fúnebres no solo beben y comen opíparamente los amigos del finado, sino hasta los desconocidos de la familia dolorida, que acuden a sacar el vientre de mal año, como suele decirse.

Los duelos con pan son menos.

Cuando no hay condumio, podemos repetir con el poeta:

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

En Venezuela ha sido adicionada esa costumbre isleña, Allí, si los dueños de la casa en donde se efectúa el velorio, son ricos, los asistentes al acto co-

men, beben y fuman de lo mejor, y si el muerto es una criatura de corta edad, entonces, tras el banquete, viene el baile, en el que suenan el arpa, la flauta y las «maracas».

*

* *

Otro de los descendientes de Canarias, que en Venezuela rayó a gran altura como médico y como estadista, fué José María de Vargas, pariente muy cercano del abogado del mismo apellido que, tanto por sus profundos conocimientos en la ciencia y en las letras, como por sus excentricidades, se hizo célebre en esta provincia.

El doctor Vargas fundó la Universidad de Caracas, y por sus relevantes méritos como hombre de saber y como político hábil, ocupó el solio presidencial de la República.

Una noche en que aquel magistrado dormía tranquilamente en su palacio, sus tropas se sublevan al frente de Carujo, uno de esos generales de la boza, y el cabecilla con la facciosa soldadesca logra penetrar en la estancia donde reposaba el famoso médico, y al encararse con éste, dice al machetero:

Doctor, el mundo es de los audaces,

—El mundo es de los sabios—replicó Vargas.

*

* *

El beato Pedro Bethencourt, que vió la luz primera en Vilafior, fundó en Guatemala la orden betlemítica; y la Antigua de aquella República, debe su nombre a hijos de Fuerteventura que fueron los primeros habitantes de dicha ciudad guatemalteca.

*

* *

Los naturales de Lanzarote y de la prenotada isla a raíz de la conquista de América, emigraron a la Banda oriental del Uruguay y a la Argentina, y ejercieron, por lo tanto, extraordinaria influencia en la colonización de aquellos territorios. El viajero menos perspicaz que conozca nuestro país, observará, a primera vista, que en las costumbres uruguayas se han infiltrado las de nuestras islas. Por eso en Montevideo, Las Piedras, Canelones y San José de Mayo, los lanzaroteños y majoreros viven como en su propio solar, porque les son familiares los hábitos y los usos de sus moradores,

Los hijos de Canelones o de su departamento se llaman canarios, porque sus antepasados nacieron en las antiguas Afortunadas.

Entra en una tabaquería de Paysandú un gaucho con bombachas y poncho.

—¿De dónde es usted, amigo?—le pregunta el dueño del establecimiento.

—Soy canario de Canelones—contesta el interpelado,

*

* *

En las rústicas viviendas de los gauchos uruguayos se halla esa hospitalidad tan franca como en los hogares de la vieja Erbania. El criollo del campo y el majorero son almas gemelas. Conociendo el proverbial agasajo de los isleños, a altas horas de la noche, llama a la puerta del rancho de un canario un ciudadano del Brasil, pidiendo hospedaje.

—¿Quién va?—grita nuestro paisano, sin levantarse de la cama,

—Joan Vasconcellos, Colmeiro, Junqueira, Pombal y Besteiro—contesta el peregrino, dando su nombre y toda esa retahíla de apellidos.

—Aquí no hay posada para tanta gente—dice el isleño.

En tan graciosísima anécdota se inspiró el cantor oriental Figueroa, para escribir una de sus más sabrosas letrillas.

*

* *

Borges, hijo de Lanzarote, por sus gloriosos hechos de armas en las contiendas civiles entre «blancos» y «colorados», que han teñido de sangre el suelo del Uruguay, llegó a general de los ejércitos, y fué una de las personalidades más prestigiosas en aquel país,

Francisco Aguilar y Leal, que nació en Santa Cruz de Tenerife a fines del siglo XVIII, contribuyó eficazmente a fomentar el puerto de Maldonado, habiendo ceñido la investidura de senador en el Parlamento de la República.

El doctor Feliciano Viera, que actualmente rige

los destinos de aquella nación, es oriundo de estas islas, y una de las figuras de más relieve de la América del Sur. Es el hombre-idea que empujándose sobre la cumbre de los Andes, no le seduce la púrpura ni le inspira repulsión el andrajo demagógico: vive en un ambiente saturado de liberalismo.

Washington Bermúdez, que después de redactar el periódico «El negro Timoteo», deleitó a los lectores de «La Tribuna popular» con sus festivas crónicas, que firmaba con el pseudónimo de «Vina-grillo»; Zorrilla de San Martín, autor del poema bellissimo «Tabaré» y de «La leyenda patria»; Carlos Roxlo, Martínez Bigil, Berro y otros tantos egregios poetas y prosistas montevidéanos, han acogido cariñosamente las producciones literarias de Ucar, Agustín Aguiar y Carta y de Antonio Magdaleno, cuya cultura es timbre de honor para estas apartadas playas del Atlántico. También en la ciencia médica brilló en el Uruguay Alfonso Spínola, natural de la villa de Teguisse (Lanzarote), el que, habiendo terminado brillantemente su carrera en Cádiz, fijó su residencia en la ciudad de San José de aquella República, en donde murió llorado por isleños y orientales. Spínola fué un filántropo, un ser todo corazón.

Otro canario distinguido, el gran Camacho, que desde el humilde puesto de maestro de instrucción primaria llegó a catedrático de la Universidad de Montevideo, sonríe hoy satisfecho en el ocaso del vivir, en el retiro de su hogar, recordando siempre con cariño su pobre cuna, su Vilaflor adorable,

Los hermanos Duque, de Lanzarote, son dueños de un acreditado establecimiento de aparatos eléctricos en la capital uruguaya, y en virtud de con-

cesión que obtuvieron del Gobierno, realizaron el tendido de la red telefónica que enlaza los pueblos de aquella nación rioplatense.

Fernández Betancort, natural de Yaiza, en la misma isla, es ilustrado ingeniero de caminos, canales y puertos de Montevideo y profesor de la Universidad de la repetida población, en la que su hermano Juan ha logrado montar un taller de artes gráficas a la altura de los mejores del Nuevo Mundo.

El amor a su roca, a pesar de haber salido de ella niño aún, vibra latente en el corazón de Juan Fernández, cuyo espíritu de iniciativa pone al servicio de las decisiones de su bien templada voluntad. Abre nuevos derroteros a los negocios de su industria, ora plantea trabajos de distinta naturaleza, como canalización de aguas, y acomete empresas agrícolas en el departamento de Minas.

Los aires típicos de nuestra región evocan en su mente las remembranzas de su edad primera y el encanto y los perfumes de su valle nativo.

*

* *

En Puerto Rico, los jóvenes Real, sostienen con gesto grandemente digno el prestigio de las letras patrias. Esos dos tinerfeños, de estirpe literaria, han fundado en la capital de aquella isla la revista «Puerto Rico Ilustrado», que ha merecido favorable acogida del público.

Cristóbal, en la tierra borinqueña, ha ganado varios primeros premios en justas artísticas.

Su laureada composición peética, «Las banderas», mereció laudatorias frases de la prensa cubana.

Matías, hermano del citado poeta, nos acaba de dar gallardas pruebas de sus excepcionales condiciones líricas, con la publicación de un tomo de lindos y subjetivos versos, bajo el rótulo de «Oasis».

*
* *

Nuestros pies han sangrado sobre las cálidas arenas de los desiertos de América, y en medio de los penachos de humo de sus estupendos volcanes, hemos trepado a los picachos andinos, sintiendo los estentóreos gritos del Tequendama y del Iguazú. En nuestro vagar hemos descubierto los indelebles rastros que en aquellas tierras de promisión han dejado los descendientes de la raza de los Bencomo y de los Guanartemes.

*
* *

En la Argentina, lo mismo que en Canarias, se usa el adjetivo «macanudo», derivado de macana, voz azteca, en la acepción de hermoso y fuerte. Los isleños importaron aquel vocablo, como otros muchos, en la referida nación del Plata.

Nuestros compatriotas emplean los modismos y se asimilan muy pronto las costumbres de los países a donde emigran.

Un tinerfeño, que apenas hace una semana que ha llegado a Buenos Aires, encuentra en la calle a un antiguo camarada que acaba de desembarcar, y le dice, dándole un efusivo abrazo:

—«Ché», Gonzalo, «sabés» como por acá nadie me pisa el poncho.

El recién llegado, que no ha entendido ni jota, le mira con estupor, y exclama:

—Si tu misma madre te oyera hablar, seguramente diría:

—Hijo mío es, pero no lo conozco.

Un lanzaroteño, que no tiene sino un mes de estar en Caracas, se tropieza una noche en el teatro con un compañero de la infancia, y de buenas a primeras, dándole un apretón de manos, le suelta la siguiente andanada de dicharachos criollos, que dejan patitieso al compatriota, el cual hace unas cuantas horas que pisa tierra venezolana:

—Socio, aquí hay que andar con ojo de garza, porque pescuezo no retoña.

—¡Y tú, cómo te hallas?

—Entre fuerte y dulce como el guarapo.

El interpelante abrió desmesuradamente los ojos, diciendo:

—Si no me hablas de otro modo, me quedo en ayunas.

—Quería manifestarte que me va entre bien y mal pasar.

—Comprendido.

*

* *

El palmero, aunque en Cuba esté viviendo una larga temporada, no pierde su tonillo local ni el uso de los vocablos que le son peculiares.

Un «mago» de La Palma entra en la histórica posada de «La Parra», en la Habana, y en ella encuentra a un miembro de su familia, a uno de esos seres queridos que nació bajo un mismo techo y un mismo seno exprimió, en frase del clásico, y matizando sus palabras con aquel dejo que le distingue, después de los saludos cariñosos de rúbrica, dice al que acaba de llegar:

—Güi, hermano, ¡qué tentudo estás!

EL CALZADO HECHO

Una hermosa tagananera entra en un establecimiento de calzado en Santa Cruz de Tenerife con objeto de comprar un par de zapatos para ella.

La linda muchacha muestra al desnudo sus pies que semejan por su tamaño unos buenos ñames o «lavijas» de tahona. La tagananera es una de esas jóvenes a la pata la llana, perteneciente a la clase de pellejín, porque sus extremidades inferiores, a no ser los días en que repican recio, están en contacto directo con nuestra madre común la tierra.

En Canarias hay la costumbre, en algunos de los dependientes, dueños de tiendas y de almacenes, de tutear a las «magas» que aún no han rebasado la edad de las ilusiones.

El dueño del negocio, al ver a la agraciada aldeana, de ojos claros, serenos, como los que pintó el lírico, se acerca al mostrador, y sin andarse con minucias de etiqueta, le dice:

—¿Qué deseas?

—¿Tiene botas «pa» mujeres negras?

—Las tengo para mujeres blancas y guapas como tú—contesta el patrón, que dicen en la América—; haciendo pasar a la moza a un cuarto inmediato que está tapizado, y en el que hay un espejo de cuerpo

entero. un sofá de mimbre y unas sillas de última novedad.

La mujer comienza a sudar la gota gorda con motivo de la faena de probarse el calzado. Al cabo de un rato largo de focejear, haciendo bruscos movimientos de cabeza como mula resabiosa que corcovea, la «maga», jadeante, agitado el turgente seno —cuyas plasticidades son dignas de esculpirse en mármol—, resoplando como fuelle de herrería de encendida fragua, grita:

—¡No me entra!

Acude el comerciante, y viendo que la campesina está frente a la luna, recreándose acaso en su lindo pañito, con el pie derecho medio introducido en el calzado y con la faz tan roja como un pimiento, le habla así:

—Siéntate, sácate la bota y refréscate: ya te entrará como Pedro por su casa.

Se va nuestro hombre, y a poco se presenta, trayendo en la diestra un papel hecho en varios dobleces, conteniendo, según él se expresa, unos polvos tan milagrosos como los de la madre Celestina. Los echa en el contrafuerte, y a fuerza de empujones, sudoroso, logra calzar el pie izquierdo de la rústica manceba. Esta, dando visibres muestras de alegría—como la que sentimos cuando llegamos felizmente al término de penoso viaje, exclama:

—¡Ya entró!

—Ponte la otra, que tiene polvos.

Obedeció la lugareña, y pudo al fin, con el auxilio del vendedor, ponerse el otro zapato.

—¡Qué elegantes y qué bien te quedan las botas! El día de Las Nieves, si las llevas al baile o a la iglesia, vas a conseguir media docena de pretendientes.

Los muchachos más guapos del pueblo se pondrán de puntas por tu causa a ver quién se queda en el terrero.

—Camina—añadió el comerciante—, para que veas la forma tan bonita que tienen tus pies.

La tagananera da unos cuantos pasos por la habitación, y notando que al andar cruje el calzado, y que éste aún le aprieta, a pesar de los polvos, murmura por lo bajo esta frase que el dueño de la tienda percibe:

—Me gustan, porque chillan; pero «entoavía» me «quean apretaos».

—Ese cuero estira muchísimo: se llama cabritilla—vaqueta teñida de negro, querría decir aquel sectario de Mercurio.

—Cuando te las pongas dos o tres veces—prosiguió nuestro hombre—te quedarán como sacos: ya te acordarás de mí—añadiendo para sus adentros:

—Esas botas, por ser tan grandes y tan feas, propias para una patagona, si no se las encajo a ésta, no saldré de ellas nunca.

—¿En cuánto es lo último que me da los zapatos?

—En tres duros, y no lo digas a nadie que te los di en ese precio, porque en quince pesetas son casi regalados.

—¿No me rebaja «ná»?

—Ni un céntimo: en esta casa hay precio fijo.

La «maga» no regatea; saca del seno un pañuelo de sos que en el país se llaman de hierbas, desatando con uñas y dientes un nudo que había en una de las puntas, cuenta varias monedas de plata, abona el importe de la compra, vuelve a hacer el nudo, mete el pañuelo en el mismo carnosito sitio, se quita las botas, las coloca en la cesta vacía que carga a

la cabeza y se pone en marcha hacia su pintoresco pago, más contenta que unas Pascuas.

Dejemos a la tagananera camino de aquel trozo de rozagante tierra tinerfeña, sembrado de níveas casitas que semejan palomas posadas en los ribazos y a la vera de profundos barrancos—que compite en belleza con una aldeilla suiza—, y entremos de nuevo en la tienda de calzado, que ya conoce el lector. A los pocos momentos de llegar a ella, se presenta una joven que lleva vistoso sombrero de nevadas plumas y vestido corto, y no porque le saliera la tela «ratiña», como dicen las costureras, sino por exigencias tiránicas de la moda. Las mujeres que tienen buenas pantorrillas, gozan indudablemente cuando se exhiben en público, porque dejan entrever el arranque de sus escultóricas piernas; pero las que sólo están dotadas de canillas flacas, que semejan palitroques, cuando van por la calle han de sufrir lo indecible, y no decimos nada en los días en que sopla irritado el viento, que suele casi siempre ser indiscreto con las transeuntes.

—Señorita, usted mande—dice a la joven de las plumas blancas el dueño del almacén, haciendo genuflexiones hasta doblar el espinazo.

—Deseo un par de botas de tela color gris con zapatilla de charol.

—Tenga la bondad—y conduce a la señorita al mismo cuarto en donde la «maga» sudó más que si hubiera estado «sachando» papas bajo el abrasante sol del estío.

—Siéntese, que voy a buscar el calzado; pero antes quiero saber cómo están las niñas—agregó el interlocutor.

Al oír la anterior pregunta, cualquiera se supon-

dría que la señorita sería madre de familia sin haberse casado, y muy lejos de eso, puesto que la referida joven permanecía aún núbil, y, por consiguiente, conservaba sin el más leve detrimento los recatos ingénitos de la doncelléz. Las niñas, por las cuales se interesaba el industrial, eran dos viejas solteronas, tías de la parroquiana, que frisaban en noventa y cuatro y cien navidades, respectivamente.

—Mis tías ya chochean: se pasan las horas entretenidas en jugar con las mismas muñecas con que me solazaba en mi infancia. Por eso dicen que los viejos se vuelven niños.

—Es cierto: mi abuela ha cogido la manía de encasquetarse un morrión perteneciente a su marido, que fué miliciano en tiempos de Narváez.

La joven sonríe, mostrando un hilera de blanquísimos dientes que un poeta llamaría sarta de perlas.

—¿Usted tendrá prisa, señorita? Voy a despacharla. ¿Qué número calza?

—Treinta y cuatro.

—Tiene usted un pie muy pequeño.

Desaparece el comerciante e inmediatamente vuelve cargado con cuatro pares de botas, diciendo:

—Le traigo, para que elija, lo mejorcito que en su género se confecciona en Europa.

La joven, después de examinar escrupulosamente el calzado, se prueba unas botas que le quedan como si estuvieran pintadas en sus pies. Le costó la mercancía veinte pesetas, las que pagó en el acto, llevándose la compra.

El Casino de una localidad del Norte de esta isla dió un sarao en sus salones, y a esa fiesta asistió la señorita, estrenando sus flamantes botas. En uno de esos raudos giros del vertiginoso «vals», que bailaba con un gentil caballereite, saltaron los tacones, que eran de pinzapó forrados de tela, y uno de ellos, casi le saca un ojo a una señora obesa, que departía, sentada en el sofá, con un su amigo. La pobre dama, creyendo al principio que había quedado tuerta, gritaba entre espasmos de dolor:

—¡Ay, mi ojito!

Pero la cosa no pasó de una ligera contusión.

La joven desapareció del baile súbitamente, como por obra de encantamiento, y cuentan las crónicas callejeras, que cuando llegó a su domicilio notó que sus botas se habían desarmado, y que en el camino quedaron las plantillas, los contrafuertes, las lengüetas, los cambrellones y demás menesteres zapateriles.

El material y el hilo estaban completamente podridos.

*

* *

Dejemos el baile en donde se comentó sabrosamente el cómico lance, que fué la comidilla de todo el vecindario durante varias semanas, y volvamos a ver a la tagananera con sus zapatos nuevos. Es el día de la patrona del pueblo: las campanas de la iglesia se echan a vuelo, los cohetes hienden los aires, cayendo a tierra convertidos en lágrimas de fuego y resuenan estruendosamente los «ajijies» de

los forasteros que llegan a Taganana ávidos de holgorio.

Nuestra moza sacude el baúl, se atavía con sus mejores galas, se pone sus zapatos chillones y se encamina al templo, con objeto de asistir a la función que anualmente se celebra en honor de la Virgen de Las Nieves, patrona de aquel caserío; mas a los diez minutos escasos de permanecer de rodillas, la zagaleja se desploma, lanzando angustioso grito, que hace converger todas las miradas de los fieles al sitio de donde partió el alarido. Entre cuatro vecinos condujeron a la accidentada mozuela a su casa, en donde comprendieron que aquel desmayo era producido por la estrechez de los zapatos. Al quitárseles, notaron que los pies estaban tan hinchados que parecían morteros. Libre ya de aquellos verdaderos grilletes que aprisionaban sus extremidades inferiores, la infeliz campesina recobra su conocimiento, y con voz trémula, nerviosa, masculla esta frase:

—Quítenme «pallá» esas «confiscás» botas, que ni verlas quiero.

Un vecino, preparando su pipa para fumar:

—A la «jija» de la «cha Miquela» le «jizo seño» Marcelo unos zapatos el año de los cigarrones, y «hastora» le duran y nunca se ha «quejao» de que le «queen» estrechos.

—Yo—repuso la madre de la víctima del síncope—, le dije a mi Agapita que no se llevara de los chillíos del calzaio de fuera, y que le encargase los zapatos al maestro Plancho; así es que le está bien «impliao» lo que le pasa, por no «jacer» caso le su madre.

En aquel momento entra en la habitación un hacabullas del inmediato barrio de San Andrés, de cara abotagada y lengua estropajosa, y viendo a la

que está tendida sobre el lecho en posición cúbico-dorsal, que diría un Galeno, pregunta:

—¿Qué tiene Agapita?

—Las patas «jinchás»: «veslas»—dice la futura suegra, mostrándole los pies de su hija.

—¡Están como botes! ¡Y por qué se han «jinchao»?

—Por ponerme unas botas que me «quean» estrechas contesta Agapita con acento compungido.

—¿Esta noche no podrás «dir» al baile?

—¡Cómo, si los zapatos no me sirven y tengo los pies que parecen dos botijas?

—«Antonces golveré pa» San Andrés esta misma tarde.

—Vete al baile, que yo por eso «na» te «igo».

La madre de la novia, dice al mozalbete, puesta en pie:

—Vien conmigo: no te deajo solo con mi «jija», porque no quiero «jabladurías» de la gente.

Y con el fin de que la moza no perdiese las diversiones propias de la fiesta, recorrió el vecindario en compañía del aprendiz de pescador: se fué en casa del zapatero Marcelo, a ver si tenía por casualidad un par de zapatos que le sirviesen; pero aquel maestro de obra prima le aseguró que no los encontraría en todo Taganana, porque los pies de Agapita son tan grandes—dice—que rebasan la medida de mi cartabón.

Deducimos de lo expuesto por el menestral, que la rústica criatura, érase una muchacha a unos pies pegada, parodiando el primer verso del célebre soneto de Quevedo al Conde-Duque.

*

* *

Conocimos en Arrecife a una mujeruca de Goíme, que venía diariamente a la capital lanzaroteña a vender leche. En las afueras de la población se calzaba un zapato que traía en la mano durante el viaje. Y de puerta en puerta, expidiendo el blanco líquido, que de todo tendría menos de leche, y muchas veces, sin que nadie la preguntara, se quejaba de un dolor que decía sentir, producido por un tropezón, según ella.

Si el pie calzado era el izquierdo, mostraba el otro desnudo, con un dedo envuelto en un trapo. A todos sus parroquianos les refería la misma cantine'a. Cuando aquel zapato estaba ya deshecho, inservible, entonces se ponía el compañero, simulando otro golpe de piedra en uno de los dedos del pie derecho, que ligaba en igual forma, y con esos imaginarios tropezones conseguía duplicar la duración de un par de zapatos, a trueque de meter la pata en líos.

Las campesinas isleñas tienen la costumbre de cargar a la cabeza, sobre la que soportan enormes pesos, como sacos llenos de grano, grandes haces de leña y artefactos, conteniendo líquidos. Son equilibristas sorprendentes; no obstante caminar con paso ligero y de tener las manos desembarazadas, llevan una talla de agua a la cabeza, sin derramar ni una gota. En otros países, las mujeres cargan al hombro y a la cintura.

Las vendedoras de frutas y de pescados, en Te-

nerife, que concurren a las principales ciudades de la isla, después de expender aquellos artículos retornan a sus respectivos pueblos, llevando en las cestas vacías los zapatos con que transitan por las calles. Y como es costumbre constituye un peligro gravísimo para la salud pública, porque si en la punta de una aguja un ilustre doctor «vió cien mil microbios», ¿cuántos de esos enemigos destructores de la Humanidad no recogerán las «magas» en las suelas de sus burdos zapatos, trotando por las no muy limpias vías de nuestras urbes?

Paladeando la dulcísima uva moscatel, o los ricos higos blancos o negros, podemos tragarnos el «bacillus» de la tisis u otros gérmenes morbosos.

Ayer entramos en casa de una señora que tiene la manía de sumergir en agua caliente toda clase de alimentos, con el fin de preservarse de enfermedades contagiosas.

—Hoy compré unas hermosas brevas—dijo—, y las he puesto a hervir en un caldero, porque el agua a alta temperatura, mata microbios. Si usted quiere tomar caldo de brevas—añadió—puede pasar al comedor.

No hemos podido poner en pajas limpias, a pesar de nuestras constantes indagaciones, quién fué el inventor o inventora de la sopa de ajos; pero al menos nos cabe la alta honra de tratar de cerca a la inventora del caldo de brevas, el que, por sus delicadas mieles, vendrá a reemplazar la ambrosía, divino manjar de los antiguos dioses.

Si no se consigue que las «magas» destierren totalmente ese pernicioso hábito de poner los zapatos en las cestas en que conducen sus frutos para la venta pública, cualquier día en el «menú» de un res-

torán o de un hotel aparecerán, entre otros, los siguientes platos:

«Uvas a la Juliana y puré de guindas.»

Nuestra «maga» icástica en su descalcez, con su natural sencillez, moviendo graciosamente sus amplias caderas y los arambeles de su típico vestido, en el honesto baile de las seguidillas o en el vivaracho de las saltonas, es capaz de desmurriar al hombre de ánimo más apenado; pero desde que se pone encima los adornos peculiares de la mujer de la ciudad, pierde su pristino encanto y se convierte en máscara repulsiva o en una visión verdaderamente mamarrachesca.

LAS PARRANDAS

En la época de los trovadores de las «cantigas» y de los «trebellos», de los felibres provenzales de los bardos de la leyenda, a las altas horas de una de esas noches horribles, en que «rueda la ronca tempestad» que dijo Zorrilla en «Las Nubes—en una de esas noches negras, decimos, dignas del pincel de Salvator Rosa, se oían a los trovadores de los tiempos medioevales pulsando su lira, bajo los muros de almenado castillo feudal, mientras la dama de sus ensueños, en blando lecho o indolentemente reclinada sobre espléndidos cojines recamados de oro y perlas, sentía entre el melancólico murmullo del viento la voz del cantor y los arpegios de su mandolín.

Esa costumbre, modificada por el transcurso de los siglos y por la influencia del medio ambiente, se conserva aún en nuestras islas con el nombre genérico de «parrandas». En Canarias no existe el hábito, como en los pueblos de la América latina, de dar serenatas a las personas en el día de su fiesta onomástica; pero en cambio se organizan «rondallas» al estilo de las de Aragón, y particularmente los sábados, a la noche, se lanzan las consabidas «parrandas» por esos trigos de Dios, con guita-

rras, violines, bandurrias y otros instrumentos que tocan al pie de la ventana de la garbosa o desgarrada joven, cuyo novio o pretendiente le regala el oído con tocatas y cantares de aires regionales o de amatorias canciones. Cuando los cantores tienen buena voz y los músicos tocan magistralmente, entonces van acompañados de un séquito numeroso de noctámbulos y de durmientes, que se levantan de sus camas al paso de la «parranda», sugestionados por ésta para engrosar la enorme cola que serpentea a lo largo de la calle.

Tienen la costumbre varias familias, al verse obsequiadas con esas serenatas, de abrir las puertas de sus respectivas casas y de invitar a pasar adelante a los cantores y a los músicos, en donde son atendidos galantemente con pastas, vinos, licores, tabacos y hasta con «champagne». La magnificencia y la magnitud del obsequio suelen estar regularmente en relación directa con los teneres de las nocturnas festejadas.

En Arrecife las «parrandas» constituyen una nota altamente simpática y sugestiva.

Recordamos que en los felices días de la infancia en que andábamos a pedradas, en aquellas desamparadas callejuelas que desembocan en la bellísima albúfera de San Ginés, las «rondallas» del terruño nos hacían sentir gratísimas sensaciones, sólo comprensibles para el que haya nacido en estas rocas oceánicas.

Las «parrandas» arrecifeñas, en aquellos venturosos tiempos en que la grana y la barrilla alcanzaron exorbitantes precios en los mercados europeos, eran casi un remedo de las bacanales que nos pinta Petronio en su famoso «Satiricón».

En las calles, la noche del sábado—propicia a la bruja y al súcubo—a los acordes del piano y de otros instrumentos, voces de mujeres de vida alegre alternaban con las del sexo barbudo, entonando «isas», «folías», malagueñas y hasta selectos trozos de ópera y de zarzuela.

Como los caballeros de la Edad Media que rompían tablados en las plazas, y con la cara cubierta acudían a los torneos para después del combate mostrar al pueblo sus blasones, así los «parrandistas» de la capital lanzaroteña, aunque no se taparan el rostro con la visera del casco, porque usaban el democrático sombrero conocido en el país con el clásico nombre de «cachorra», en cambio, a la manera de aquellos alborotadores medievicos, en el caballo de San Francisco hacían añicos, armados de sendas estacas, los faroles del alumbrado público, con el fin de no ser conocidos. Esos «parrandistas», además de molestar al vecindario con sus canturías, se dedicaban a cenar gratuitamente aves de corral en sus francachelas, logrando coger a las gallinas por un procedimiento ingenioso, sin que cacareasen, y sin alborotar, por lo tanto, el gallinero.

A un alcalde, que personalmente trató, revestido de su autoridad de prohibir tales bullangueras «parrandas», le dieron un gran remojón en el «Charco de San Ginés», en cuya superficie quedaron flotando el sombrero de copa y la trenzada vara del nuevo Ronquillo, el cual tragó muy buenos buches de agua, y hubiese perecido, indudablemente ahogado, si a sus gritos no acude un barquero del vecino barrio de «El Lomo», y lo conduce a la orilla, tirándole de los faldones del levitón que llevaba siempre en los

actos oficiales, y que tanta celebridad le dió entre sus paisanos.

*

* *

En la época de la grana se desarrolló en nuestra provincia un lujo verdaderamente oriental. Las clases más humildes de la sociedad isleña se confundían en el vestir con las familias del más aristocrático abolengo. La seda crujía en las modestas, rústicas viviendas, como en el palacete de linajuda prole.

Las familias que hasta el primer tercio del último siglo comieron con cucharas de palo el potaje con gofio y el vulgarísimo caldo-verde, manducaron más tarde espléndidas y sabrosas viandas, servidas en vajillas de plata o de porcelana de Sévres o de la China, y anduvieron vestidas a «lo condesil».

De los puertos canarios salían los buques cargados de cochinilla para Europa, y del viejo Continente retornaban abarrotados de géneros y de artículos coloniales que nuestros pueblos despoticaban de lo lindo. Como había exceso de numerario en todo el Archipiélago, de ahí la molicie y los vicios con su secuela de escándalos, que echaron hondas raíces en todas las esferas de la sociedad, corrompiendo, por lo tanto, las proverbiales costumbres de moralidad y de moderación en el vivir, que tanta nombradía dieron a nuestras clases.

En localidades cochinilleras como Arucas y Yaiza, las libras esterunas, las «peluconas» del tiempo de Carlos III y los doblones isabelinos se apaleaban en las casas de los opulentos terratenientes. Los peones

jornaleros de los expresados vecindarios se entretenían los domingos y días festivos en jugar al tejo con centenes.

Las Canarias eran Jauja con aquel floreciente cultivo: no había más que empuñar la cuchara de hoja de lata y coger granos de oro de los verdes nopales, que brotaban hasta en los terrenos yermos y baldíos.

Hemos descrito someramente la edad de oro de nuestras peñas, para que la actual generación vea que la plétora de dinero contribuyó a prostituir los hábitos de los insulares, y a que las «parrandas» llegaran al desenfreno y tomaran las proporciones de verdaderas orgías al aire libre, en determinados pueblos de nuestra región.

Los «parrandistas» de Arrecife, como una horda, invadían las tabernas, y después de cantar por todo lo alto y de entregarse en ellas a báquicas libaciones, concluían por arrojar a la calle las botellas, el mostrador y los andamios, mientras tanto el tabernero daba brinquitos de alegría, diciendo para las mangas de su camisa, como el juez del cuento:

Ahí me las den todas.

Porque al día siguiente percibía en monedas de oro—pues en aquella época las de plata circulaban poco—cuando menos el doble del valor de los daños causados. Así es que hubo dueño de taberna que enriqueció, pasando cuentas galanas a los rompedores de armazones y de envases de vidrio.

Y a propósito, recordamos que un cura, viendo que el monaguillo que le ayudaba a misa le servía tímidamente, le dijo:

Echa vino, hijo de un gran demonio. que no es de la bodega de tu padre.

*
* *

Cierta noche, en el risco de San Nicolás, de Las Palmas, un «roncote» obsequiaba a su novia con una serenata. El marinero había estado varias semanas, aprendiendo de memoria para cantársela a su prometida, la manoseada copla que empieza:

«A tu puerta planté un pino
y en tu ventana un clavel.»

Llegó la hora de la «parranda», y el amartelado costero, convenientemente situado delante de la casa de su amada, comenzó a cantar a voz en cuello, a los rasgueos de su destemplada guitarra:

«A tu puerta planto un pino
a tu puerta planto un pino.»

Repitió dicho verso hasta una treintena de veces, porque había olvidado los restantes del popularísimo cantar.

El padre de la moza, que era hombre y medio,

de esos que por quitame allá esas pajas apelan a procedimientos contundentes, saltó de la cama, como una pelota, y empuñando un garrote abrió la puerta, diciéndole a aquel moscardón:

Con tantos pinos como me has «plantao» en la puerta de mi casa, mañana no podré salir a la calle. Con que vete lejos de aquí, si no quieres que te plante este membrillero en la cabeza.

El muchacho, sin decir oste ni moste, colocó la vihuela debajo del brazo y con las orejas gachas se alejó de aquel sitio, protestando para sus adentros contra su nula retentiva.

Al descender por una sinuosa y pendiente callejuela sintió que un can aullaba y que una banda de vampiros, batiendo sus alas, se dirigía al campanario de la vieja ermita de San Telmo, mientras el reloj de la basílica de Santa Ana daba doce campanadas vibrantes y sonoras; y allá a lo lejos, en el horizonte, se veían negruras y relampagueos, y sobre las encrespadas olas cruzaban barcas pescadoras, cuyos remos, al hendir las aguas se envolvían en fosforescencias de noctilucas. Aquello era una «oscuridad luminosa».

Nuestro joven marinero sintió voces que partían de Vegueta, y sin vacilar se encaminó hacia dicho barrio, en el que tropezó con unos «parrandistas», que al son de bandurrias y guitarras cantaban al pie de una ventana de una casa de dos pisos, situada en la calle del Colegio—hoy del doctor Chif—. Con ligeras intermitencias se sucedían las coplas, entonadas a dúo, entre los tableteos de cercanos truenos, que diría Torcuato Tárrego. De pronto se aproxima a la «parranda» el poeta bohemio Roque Morera, y a reiteradas instancias de aquellos trasno-

chadores románticos, cantó una «isa», improvisando la siguiente cuarteta:

*Anoche, a la media noche,
la media noche sería,
te estaba abrochando un broche,
hermosa paloma mía.*

Con el postrer verso del cantar se mezcló el ¡Ave María Purísima! del sereno de antaño, que corría velozmente hacia la citada calle del Colegio.

—¡Paren los instrumentos!—gritó el nocturno polizonte al encararse con los «parrandistas». Estos obedecieron, dejando de tãner y de cantar.

—¡A ver la licencia!—añadió el sereno, con aire de mando.

—No tenemos licencia y vamos a continuar dando «parranda»—contestó el que tocaba la bandurria.

—Que no se menee una cuerda, porque entonces van a saber quién soy.

—Canta, Roque—replicó el insigne bandurrista de Las Palmas y políglota afamado, dirigiéndose al inspirado vate de las extravagancias esproncedáicas; y a la vez arrancaba a su instrumento mágicos armoniosos acordes.

El corchete de la Municipalidad, al ver que no le obedecen y que le tratan en son de mofa montando en cólera, arremete contra el grupo, dispuesto a imponer a viva fuerza su autoridad; pero el de la bandurria, dándole en la frente tremendo golpe de boxeador, hace rodar por tierra al sereno, la lanza, el chuzo y la linterna.

Suenan pitazos y se sienten carreras.

Los «parrandistas» se dispersan en distintas direcciones, y al llegar la policía encuentran al compañero con la cara ensangrentada, mal «ferido» en desigual combate.

*
* *

Nuestro costero perdió en la huida la guitarra que llevaba debajo del brazo, y después de pasado el susto se lamentó con un compañero de fatigas, a bordo del barco en donde navegaba, del modo que vamos a narrar, transcribiendo fielmente sus palabras:

—Perdí mi guitarra, y «pa» comprarla tuve que trabajar hasta que se me llenaron de «bichocas» las manos y las patas y solté los «gofes», «jalando» por un remo-medio. «Mardita» la hora —agregó— que me «ajunté» con semejantes «gorfines».

*
* *

Después de la depreciación de la grana no están muy en boga, entre nosotros, las «parrandas» callejeras.

En la actual época del plátano y del tomate, los amigos se reúnen por las noches en los cafés, en los restaurantes y en los hoteles, y allí rinden culto a Baco y a la diosa Edusa. En esas «parrandas» las bascas del beodo, los regüeldos del ahito, en frase de Sancho, y los cánticos obscenos del que ha tomado vino

más de la cuenta no trascienden al público, y únicamente molestan a la servidumbre y a los dueños de aquellos establecimientos.

Las «parrandas», en las más importantes poblaciones de este Archipiélago han ido en visible decadencia como las fiestas consagradas a Baco y a Momo.

Sólo en algunas localidades rurales y en los pueblos costeros en que predominan la gente de mar, existe aún la costumbre de lanzarse a la calle los mozos y hasta los viejos, los sábados y domingos a la noche, a gritar hasta desgañitarse a los acordes de las guitarras.

Cuando oímos una de esas encerradas en nuestras aldehuelas, recordamos este epigrama de Iglesias:

*Con sombrero de tres picos
iba un charro de mi tierra,
llamando al són de encerra
de un arrabal los borricos.*

*

* *

A unos «parrandistas» isleños, pertenecientes a la mesocracia, les pasó en la capital de Venezuela el chasco que lacónicamente vamos a referir:

Esos compatriotas nuestros estuvieron durante varias semanas ensayando con violines, flautas, guitarras, bandurrias, pandequetas y castañuelas. «folías», seguidillas, malagueñas e «isas», para obsequiar con una serenata al Presidente de aquella República en el día de su santo, general Francisco L. Alcántara.

Llega el 4 de octubre, de infausta recordación para aquellos de nuestros paisanos, que cándidamente creyeron que aquel sencillo homenaje habría de abrirles las puertas de la «Casa Amarilla», esa noche en que en sus elegantes salones la buena sociedad caraqueña se entregaba en brazos de Terpsícore, al compás de una orquesta formada con escogidos profesores.

En la calle, frente al citado palacio, se sitúan los canarios con sus respectivos instrumentos.

Los soldados de la guardia presidencial permanecen en la acera con el fusil en su lugar de descanso, mientras se oyen las alegres carcajadas de las parejas y los selectos trozos musicales, resonantes en el tranquilo ambiente de la noctambúlica ciudad del Guaire.

De pronto, rompe a tocar la murga de los isleños, y a la vez éstos con todos sus pulmones cantan unas «foiñas», entre el repiqueteo de las castañuelas y el rascar de tripas de los violines.

Al oír esa encerrada, baja las escaleras un edecán de Alcántara, y al llegar a la puerta, grita con aspérrimo acento:

—Pare la música.

La «parranda» cesó ante el mandato de aquel militar que se tambaleaba, debido a que llegó, como con vino.

¿Qué desean ustedes?—interrogó aquel oficial.

—Nosotros—dijeron, a un tiempo, los dos isleños más avispados de la reunión.—Como es el día del señor Presidente, semos venido a felicitarle.

¡Soldados!—dice el edecán.—A la cárcel con esos isleños!

Y esa noche durmieron en un cuartel de policía

aquellos «parrandistas», que soñaron hollar los tapices del alcázar en donde se celebraba el sarao, y recibir allí los entusiastas parabienes del primer magistrado de la nación, entre el chocar de copas de cristal de Bohemia, rebosantes de «champagne».

Pero una cosa piensa el burro y otra el que lo está albardando, como reza un antiguo aforismo.

Un canario de la «parranda» exclama al ser reducido a prisión:

—¡Nos ha tocado el cordonazo de San Francisco!

*
* *

Las «parrandas» evocan en nuestra mente dulces remembranzas de la niñez.

En una aldea lanzaroteña, a altas horas de la noche, unos jóvenes le cantaban a una garrida moza, cuyo padre era dueño de muchas tierras de arar, por lo que aquella muchacha tenía pretendientes a granel.

El que «furrungueaba» la «vigüela», al terminarse la serenata, se encaminó hacia su alojamiento; pero como estaba completamente ébrio no pudo dar con la fonda—pues era forastero—y se metió en uno de esos depósitos de forma cónica, hechos de paja, que están situados en la trasera de las casas de labranza, los que se conocen en el país con el nombre de «pajeros», y sirven para guardar cereales.

Allá, a la madrugada, el «tocaor» se despierta, y beodo aún intenta salir de aquel antro; pero por más que se revuelve, buscando la puerta al tiento, con las manos, no la encuentra, exclamando:

—¡El mundo se ha vuelto paja!

LAS ROMERIAS

El jansenista monseñor Tavira, Obispo que fué de la Diócesis de Gran Canaria, prohibió en razonada Pastoral que tenemos a la vista, escrita de su puño y letra, las romerías a los santuarios de nuestras islas, por las inmoralidades que se cometen en esas excursiones de carácter religioso.

No se pueden describir, sin lastimar los pudores del Arte, las escenas escandalosas que ocurren por la noche en el pinar de Puntagorda en la Palma, en la fiesta consagrada al santo de la simbólica calabacita.

El cantar puesto en boca de un «pater familias» palmero, y que comienza así:

*Si fueres a San Amaro
mira que el santo es bellaco*

refleja, particularmente en los otros dos versos— que suprimimos por estar recargados de verdín—la impudicia y el escándalo.

De Breña-Alta, de Breña-Baja, Mazo, Garafía y de otras localidades de la isla, parte una muchedumbre abigarrada la víspera de San Amaro. Los hombres van vestidos de calzón corto de lienzo, con montera.

de aletas, con faja pintarrajeada y con camisa, cuya pechera, luciendo menudos pliegues, tiene el brillo de la albura. Las mujeres llevan justillo adornado con abalorios multicolores, y el diminuto sombrero de palma, que ladeado, presta a la cabeza de la «maga» singular encanto.

En la tierra de Tanausú se conoce por la indumentaria a qué pueblo pertenece cada persona campesina.

Los romeros, con esa pasmosa agilidad de los pasiegos, van saltando precipicios, desfiladeros, profundos barrancos y vericuetos, dejando de su paso una estela de buen humor, porque esos peregrinos llevan sendos barriletes de tintillo, de Fuencaliente o de Las Manchas, y es sabido que cuando los cascos se alegran, la copla picaresca brota de los labios y hasta en los ojillos de los viejos bailan visiones diáfanas, risueñas, evocadoras de pretéritas memoranzas, que se esfuman fugaces entre los cálidos vapores del vino.

Al cruzar por los pueblos del tránsito la heterogénea multitud, las muchachas son objeto de galanteos y de frases más o menos libidinosas por parte de la turba de curiosos que se echan a la calle atraídos por aquella bullanguera «parranda», que va entonando aires regionales onomatopéyicos, parecidos a las «saudades», comprobándose una vez más la parentela étnica que existe entre palmenses y gallegos.

Mujeres y hombres, al salir de sus respectivos vecindarios, se quitan los zapatos y hacen alto en las cercanías de Puntagorda, para ponérselos nuevamente. Visitan la ermita en donde se venera el santo de la tradicional calabaza, el de las célebres bella-

querías, según reza la copleja, y muchos de los fieles depositan sobre el altar—que está abarrotado de ex-voto—sus promesas, consistentes en calabazas de plata y en niñitos de cera.

La comitiva, después de los rezos de ritual, salió de la Capilla y se puso a merendar a la fresca sombra de los pinos, sitio escogido por los romeros para comer y para entregarse a los deleites de Cupido, cuando la noche tiende sus negros paños o cuando la luna, envuelta en gasas de amaranto y nieve, cruza la extensión azul, recogiendo entre sus argentados rayos suspiros y ósculos de enamoradas parejas, que entre el rumor de los pinos, el sonar de los tambores y el repiqueteo de las castañuelas, lanzan este cántico, que empieza:

«Paséense las damas
de acá para allá,
que este «serinoque»
se va a «prencipiar»»

En ese baile el hombre da grandes saltos alrededor de la mujer, y ésta, fija la vista en el suelo, como la persona que está en actitud de orar, inclina hacia un lado la cabeza, se recoge la saya con ambas manos hasta el borde del refajo e imprime a su cuerpo, grácil, tardo, rítmico, acompasado movimiento.

Después del sarao al aire libre, en el que el tamboril, sonando como una zambomba, rompe el tímpano a todo el mundo, salen del pinar resoplidos que se oyen a cien metros de distancia y notas pizpiretas de requinto y de fagot, escalas glisadas y

cromáticas que forma el roncar de la gente que allí duerme a piérna suelta.

—¿No escucha los «resoplíos tía» Marcela?—dijo Juanillo el de Puntallana, que era un chicuelo saltarín como un conejo y más vivo que una ardilla.

—No «uigo ná» por el viento—contestó la vieja.

—Madre, ¿«adondianda» Petrilla?—preguntó un muchachejo, a quien le servía de almohada el tronco de un pino.

—¿No está «acostá» contigo?

—¿Güi, «pos» yo la «ha» visto, cristiana?

Estos y otros diálogos por el estilo menudean en el pinar la noche de la víspera de la fiesta.

Y como el santo es bellaco, en un periquete desaparecen las hijas del lado de sus madres. Y éstas, como buenas católicas, en esa noche no toledana, sino puntagordera, dicen besando con santa resignación sus escapularios:

—Cosas de San Amaro, que anda «toós los» años, por este tiempo jugando a la «escondía» con las mozas.

—*Si fueres a San Amaro
mira que el santo es bellaco.*

*

* *

Al día siguiente los romeros retornan a sus hogares sin poder con sus tablas, estropeados, sin dar por su vida un cuarto.

Quando salen de sus casas, si les preguntan:

—¿A dónde van?—contestan con marcial arrogancia y voz de trueno:

—¡A la fiesta!

Al regresar a sus pueblos, si alguien les interroga, diciéndoles:

—¿De dónde vienen?—responden con débil y desmayado acento, esta frase, apenas perceptible:

—De la fiesta...—temblándoles las piernas como varas verdes y con el «quejo» caído.

*

* *

Nada más encantador y poético que las romerías que, antaño, llegaban de Las Palmas al Puerto de la Luz.

En las azoteas de las casas de las calles del tránsito, desde muy temprano se apostaba la gente para ver pasar aquellas carretas exornadas con vistoso follaje, bajo cuyo toldo de esmeralda empingorotadas señoras y señoritas de la ciudad lucían los encantos de su rostro, realzados por la clásica mantilla del país, y distinguidos y locuaces jóvenes y caballeros graves y sesudos, tañendo instrumentos de cuerda, y cantando aires típicos de la región, prestaban al pintoresco cuadro simpático y seductor colorido, que refleja «intus et foris» la vida del terruño.

Las carretas, unas tiradas por bueyes que agitaban collares de campanillas, y otras, por bestias, vanzaban lentamente a lo largo de la costa, casi al borde del mar, y conociendo lo peligroso del viaje algunas familias se confesaban antes de emprender la peno-

sa marcha al través de dunas que, empujadas por ciclónico viento, amenazaban arrollar con sus trombas de arena a los pesados vehículos y a los expedicionarios.

Llegan por fin los romeros a la iglesia, erigida bajo la advocación de la virgen de la Luz. La vieja piedra de ese minúsculo templo parece que sonríe beatíficamente.

Tras breve descanso en un ventorro—única casucha que existe en aquellas soledades—y del cual emana un penetrante olor a marisco, que abre el apetito, los excursionistas preparan con brasero y olla de barro fabricados en el país, lo conducente a satisfacer las apremiantes exigencias del estómago.

Es la hora del almuerzo: en la menuda arena de la playa del Arrecife tienden albo y limpiísimo mantel, sobre el cual colocan grandes bandejas, conteniendo el humeante cherne y las papas, mientras en enorme lebrillo se amasa el gofio, que es del riquísimo y nutritivo maíz que en otro tiempo dió tanta fama a la extensa y fértil vega de San José, en la que hoy verdeguēan frondosas plataneras, cuyo apetecido y sabroso fruto, cuando está en sazón, parece racimos de oro.

El mojo picón hecho con esa pimienta brava que en América se conoce con el nombre de «ají», se sirve en platos en donde se chapotea el salpreso y la papa sin mondar. La sabrosa aceituna canaria y el tinto o el blanco peleón del Lentiscal completan el «menú» de ese banquete indígena, que sólo al recordarlo, sentimos ansias vivísimas de devorar «pellas de gofio» y pedazos de cherne empapados en aquella salsa roja, la que algunas veces suele ser tan quemona, que resulta en los labios un verdadero

cáustico. Terminada la comida comienza la zambra. Suenan guitarras y bandurrias, y armoniosas y agradables voces femeniles y masculinas a dúo o a trío entonan canciones, «folias, isas» y malagueñas, que arrancan en sus postrimeras notas expresivas interjecciones y resonantes palmoteos de la concurrencia que no canta ni toca, mientras chapuzan en las ondas bandadas de gaviotas y de pilluelos que han venido de Las Palmas atraídos por el «rebumbio».

*
* *

Jamás se imaginarían ni remotamente las familias que iban prensadas como sardinas, dentro de primitivos carros a visitar la virgen de la Luz, que aquellos sitios en donde se solazaban con sus comilonas, se convertirían en tan corto lapso de tiempo en una población, cuyo tráfico marítimo-comercial pregonan las bocinas de los trasatlánticos, cuyos negros penachos de humo caen a tierra transformados en sonoras cascadas de plata.

Sobre aquellas aguas dormidas sólo se mecían, ha media centuria, pobres barquichuelos de pescadores, que tenían mucha devoción por la virgen de la Luz, protectora de sus hogares, y a quien se encomendaban en sus oraciones, cuando iban mar afuera en busca del cotidiano sustento para su prole.

Hogaño, el Puerto de la Luz ha perdido el encanto de la original sicología, que le prestaban la animada fiesta de la Naval, las excursiones de los romeros y el ambiente peculiarísimo de los parajes isleños.

confundiéndose en la actualidad con esos puertos de ambos mundos. Los silbatos de los vapores, el gemir de las grúas y los distintos idiomas en que se expresan los viajeros de diversas nacionalidades han borrado, digámoslo así, del mapa de la isla en donde se levantan el Nublo y el Saucillo, aquel Puerto tan celebrado por su sabroso marisco y por las romerías «sui generis», que descansaban a la sombra de la iglesia de la virgen de la Luz.

Los magníficos muelles de dicho Puerto, sus establecimientos mercantiles, cafés y su gran desarrollo marítimo—hoy decreciente con motivo de la bárbara hecatombe que asola y tala el suelo de Europa no nos entusiasman tanto como las cosas viejas que recuerdan sus plácidas y azules ondas, sus tostadas playas y su modestísimo templo.

El ruido de los tranvías y de los automóviles ha reemplazado al monótono chirriar de las carretas, y la rapidez de aquellos medios de locomoción ha aumentado extraordinariamente el tráfico entre dicho barrio y Las Palmas, pero éste perdió el perfume de la tradición desde el instante en que en sus horizontes alboreó el progreso.

*

* *

Las romerías en Lanzarote semejan caravanas, pero sin chilavas, turbantes ni albornoces. Las familias acomodadas viajan en silla, la que por ser de fabricación británica, se llama en el país inglesa, y la cual es de madera generalmente pintada de verde con

baranda semi-circular, que sirve de apoyo a la espalda y a los brazos, colgando de la parte delantera sendas tablillas que, sostenidas por cuerdas, sirven de estribos.

Sobre ambos asientos hay muelles, cojines, y debajo de aquéllos existen unas gabetas destinadas a guardar ropa y varias menudencias de tocador. Algunas sillas llevan en torno a baranda un «vuelo» de tela de vivos colores.

Otras familias viajan en silla de carga, que se adornan con lujosas colchas de grandes flecos y de dibujos primorosos, tejidas en la isla, y descansan sus posaderas sobre suaves almohadas de blancas fundas.

Los camelleros van vestidos a la antigua usanza: llevan calzón corto, polainas de lana, chaleco de terciopelo labrado, sin abrochar, para lucir el armiño de la pechera de la camisa, y montera de paño azul, de esas puntiagudas, que arrancan a los chicuelos el grito de:

—¡Ojo al pico!

Y el campesino los amenaza, levantando en alto la vara de membrillero con que toca el dromedario.

*

* *

Los romeros se dirigen el día de la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores a Mancha Blanca, cabalgando en camellos y en las monturas que hemos descrito. Por el camino, los novios y pretendientes, caballeros en burro, y otros en rocines, van hablando con las señoritas, las que desde las barandas de aque-

llos movibles balcones en sus mecimientos, pueden muy bien, cautelosamente, prodigar las mieles de sus besos a los amantes que viajan a caballo; favores que no están al alcance de los que montan en el paciente asno. El romero, jinete en el rucio, si tiene novia, sufre el suplicio de Tántalo por no sentir el contacto de los labios de su amada, máxime, viendo que los ecuestres disfrutan ese placer.

La caravana avanza por una de las tres carreteras con que en la actualidad cuenta Lanzarote. y cuando más entretenida va la gente en su bulliciosa charla hace de improviso su aparición en un recodo del camino un automóvil, que marcha a toda velocidad y sonando la bocina.

La placidez y la alegría que momentos antes se revelaban en todos los semblantes de los viajeros, se convierten en pánico y angustia, que se apoderan de sus ánimos. Los camellos, al sentir el estridente ruido del vehículo, tratan de lanzarse a la carrera, tendiendo los cuatro remos, y los campesinos que los conducen les tiran fuertemente del cogote asidos de la «jáquima», y con el bozal y el palo consiguen por último dominarlos entre la ensorcedora algarabía que forman las aterrorizadas romeras, que si no se agarran bien de la silla, hubieran medido la tierra sin ser agrimensoras.

El camello habrá murmurado para su espumante vejiga, tocando las tabletas:

—¿Qué monstruo ha invadido mis dominios?

La reacción se espanta del progreso.

Pasado el piramidal susto, dice un camellero, guardando en uno de los bolsillos de su chaleco la cigarrera de becerro virado, después de haber encendido su «cachimba»:

—Si me «descuño» y no le «asujeto» el «sálamo» ese demonio me arranca la cabeza de una «charascá».

Reanudó su conversación la comitiva, recobrando a la vez su jovialidad, y mientras los mozos y las señoritas se dirigían chirigotas de buen género alusivas a la contradanza de los dromedarios espantadizos y a la gritería, efecto del miedo, los camelleros se han quedado atrás, comiendo uvas moscateíes en el «cercado ajeno».

Ya se sienten los alegres repiques en el campanario de la ermita de Mancha-Blanca. Sobre aquella lávica llanura, el día de la fiesta, cuajada de gente, se destaca el santuario de la virgen de los Dolores, cuyo nombre está en boca de todo buen católico lanzaroteño. Entra la romería por el citado pago de Tinajo, dispuesta a «gozar» la función, y a proporcionarse todo aquello que constituya esparcimiento y solaz.

—«¡Tuche». camello! —dicen los camelleros a sus respectivos ruminantes, añadiendo: «pa»lo que Dios quiera, ya estamos aquí.

El templo es insuficiente para contener tantos fieles, muchos de los cuales entran de rodillas en cumplimiento de sagrados votos. Entre aquella apiñada muchedumbre los jóvenes aprovechan la ocasión, —sin miramientos a la santidad del lugar— para darles pellizcos y estrujones a las muchachas, las que aguantan en silencio el sofocón, por creer que pecan mortalmente si protestan dentro de la iglesia contra aquellos descaros y atrevimientos.

Desde la hora y punto en que termina la función, los romeros en sus cabalgaduras se desparraman por distintos caminos, de regreso a sus casas, quedando la ermita solitaria, como en el resto del año, en me-

dio de aquel océano de lava, simulando en la lejanía blanca paloma posada en la llanura negra. en la que no queda ni un eco, ni un vago rumor de aquella inmensa oleada humana, que momentos antes llenaba de vida el ambiente. animando con sus tumultos el tetrico paisaje.

*

* *

Llega julio con su ardorosa temperatura. La tierra lanzaroteña parece una gran vasija de agua hirviendo. El «simoum». soplando en ráfagas asfixiantes, tuesta las hojas de los árboles. No en vano la peña más oriental del Archipiélago está bajo la influencia del líbico desierto.

Es el día de San Marcial, Patrono de las Canarias.

En Femés, lugar donde ondeó por primera vez en nuestras islas el Lábaro del Cristianismo, se venera la efigie de aquel Santo, que lo mismo que sus hermanos San Bartolomé y San Ginés, ciñó en Francia la mitra episcopal, según lo acredita el Padre Ravvlica.

En Lanzarote todo es gallo: tenemos el «Rubicón», «Maciot» y los tres santos galos que son patronos de otros tantos pueblos de la expresada isla.

Aún quedan vestigios de aquella Catedral llamada la «Rubicense» por Inocencio VIII, que se levantó en las cercanías de Femés, habiendo sido su primer Obispo, don Alberto de las Casas.

Pero basta de disquisiciones históricas. y sigamos la marcha de los romeros que se dirigen a la repetida

localidad en el mes de julio, para tributarle a San Marcial los carismas de su fervor religioso.

La extensa vega del ruinoso pueblo, hasta el sitio denominado «Las Casitas» está llena de gente de Lanzarote y de Fuerteventura, cuyos habitantes, en su inmensa mayoría, son devotísimos de aquella imagen, a la cual le cuelgan muchos y estupendos milagros.

Un año en que se desarrolló entre los camellos de la antigua Erbania una epidemia conocida vulgarmente con el nombre de garrotejo, un majorero ofreció a San Marcial, que si un famoso rumiante, de que era amo se libraba de tan mortífera plaga, llevaría el cuadrúpedo a Femés el día de la festividad del patrono isleño, con el fin de que viese al Santo dentro de la iglesia, y a la vez prometió regalarle a éste dos onzas de oro. El camello no fué atacado de aquella terrible dolencia, y por consiguiente, la promesa quedó cumplida en la forma que vamos a narrar.

Cuando más grande era la aglomeración de público en la plaza y sonaban alegres repiques de campanas, anunciando el comienzo de la función, aparece el consabido majorero, llevando de «jáquima» un hermoso camello, y valga el calificativo, en dirección a la puerta del templo.

—¿Qué se ofrece?—pregunta el organista de aquella parroquia al hijo de Fuerteventura.

—¡Que le traigo dos onzas a San Marcial, pero con la condición, porque así lo prometí, de que mi camello viera al Santo dentro de la iglesia.

—¡Muchacho!—grita el del órgano a un monaguillo—descubre a San Marcial.

Obedece el acólito, y al mismo tiempo el organista,

soga en mano, comienza a dar tremendos tirones por el animal, pero como éste reculase, le dice a su dueño:

—Tóquelo por detrás con el garrote.

Al fin lograron, a fuerza de palos y de empujones que el camello metiera e hocico en el templo, gritando inmediatamente el organista:

—¡Ya vió al Santo! ¡Ya lo vió!

El majorero, entonces entregó el ex voto a aquel servidor de la Iglesia, el que se encaminó a la casa rectoral, para darle cuenta al cura de lo que había ocurrido. El presbítero, le dijo sonriendo:

—Tome usted una onza y deme la otra, que yo me entenderé con el Santo.

Cuando el «pater» y el organista necesitaban dinero, se encerraban en el templo, y abriendo la alcancía, ambos salían de apuros.

El que acompañaba en el órgano los cantos litúrgicos, siempre que se hablara de pactos de retro, de usureros y de hipotecas, decía:

—No hay prestamista como San Marcial, porque no cobra intereses ni capital.

EL ARRORO

Al escribir esta palabreja mágica avívase entre nuestros imperecederos recuerdos la memoria del genial Teobaldo Power, una de las glorias más legítimas de las Islas Canarias. arrancada por la muerte al orgullo de la patria y al cariño de todos, cuando la existencia tiene mejor derecho a la amplitud de los vigores de la vida.

En ese canto ternísimo, delicado, en el que la madre isleña parece condensar el amor de todos sus amores, hizo brillar el compositor excelso las esplendideces de su inteligencia. la chispa de su potente numen, recogiendo en esa página musical una de las más sublimes de sus «Cantos Canarios», las rítmicas, sentidas cadencias, las melífluas inflexiones de la voz maternal, que entre el vaivén de la cuna, duerme con su blando arrullo a la inocente criatura, que va cerrando sus angélicos ojos entre suaves mecimientos y al contacto de los dulcísimos besos que le imprimen en su casta frente aquellos labios que modulan embelesadoras notas, que son como la quejumbre que exhalan las olas al batir nuestras costas o el gemir de la brisa entre las grietas de las patrias peñas. La música de ese cántico trasladada al pentágrama con pluma de cisne por el artista inmortal, es bella creación de la madre canaria que, al recoger los vajidos

y los primeros balbuceos de niño, sintió en su alma resonar todos los ecos de nuestros valles y todos los rumores de nuestra tierra y lanzó, rico en sonos y en bigamas, aquel cantar como el de las aves. «no aprendido».

En ningún país del mundo hay una canción de la cuna más hermosa, más sentimental ni que encierre tan suave beleño, como el «arrorró».

El niño se despierta, lloriquea al verse solo, al notar que su cama está inmóvil. Acude la solícita madre, la mueve acompasadamente y entona a la vez estas u otras semejantes coplas que a los golpes de las mecederas. suenan como lamentos:

*Arrorró, arrorró niño,
arrorró, niño, arrorró
con el arrorró y el sueño
ya mi niño se durmió.*

*Duérmete, niño chiquito
duérmete, yo te daré
un zapatito calado
que te venga justo al pie.*

En los pueblos de la América española, los niños los acuestan en cunas y en hamacas; pero aunque se desgañiten llorando, sus madres no les mecen ni los duermen con cantares.

El nene canario recibe mimos más de la cuenta; no se calla mientras no siente los golpes de la cuna y las lánguidas notas del «arroró».

Una pobre mujer está criando a un monicaco que le llaman el marrajo en la vecindad, porque día y noche está como un becerro.

—Manuela—dice la madre a una hija suya de diez abriles—mece la cuna «pa» que se calle el niño.

La muchacha

*por abajo, por arriba
por delante y por detrás.*

como reza la zarzuela, le da a la cuna; pero la impertinente criatura continúa soltando los registros, y como si tuviera pulmones de hierro no se cansa de lanzar agudos chillidos.

—¡Manue'illa!, cántate al niño y mécele bien, que me tiene loca.

La chica por más que repetía el «arroró» y daba taponazos al cajón, el mecoso no cesaba de berrear.

—¡Dios mío, qué muchacho más perro!—exclama la madre irascible;—añadiendo—tendré que soltar la plancha «pa» darle el pecho a ese voluntarioso,—¿pero quién aguanta a tu padre si no tiene camisa limpia cuando se levante?

La pobre mujer coge al niño en brazos y comienza a arrullarle, paseando por la habitación, pero la rebelde criatura llora cada vez más fuerte, mordiendo el pecho de la madre, la que hace inauditos esfuerzos por reducir al contumaz mamoncillo.

El padre de éste, que dormía en la alcoba, se despertó por «mor» al escándalo, gritando como un energúmeno.

—Juana, maldita sea «tóa» tu casta; pégale dos «nalgás» a ese muchacho «pa» que se calle de una vez.

La mujer obedece al marido; mas el niño, al sentir que le zurren la badana, suelta de un tirón el pecho y echa la casa abajo a llantos y a chillidos.

El jefe de aquella familia es panadero, y tiene, por consiguiente, que madrugar para dar cumplimiento a su trabajo, así es que está hecho un basilisco.

Juana, ese muchacho es muy soberbio, y en eso sale a mi suegra, que me arrancó—¿te acuerdas?—del bigote un manojo de pelos.

—Deja a mi madre, que en la gloria esté.

—¿Y tú, «pa» que me nombras la mía, que también está muerta?

—El niño se parece a ti en lo geniudo.

Este diálogo se sostenía a grito pelado, mientras el nene atronaba los oídos con sus incesantes lloriqueos.

Era media noche, y los vecinos más cercanos no podían conciliar el sueño, a causa de aquel laberinto.

La madre colocó al mocoso en la cuna, y el marido seguía lanzando, a grandes voces, improperios contra su mujer por la mala crianza del infante.

La polémica entre los cónyuges degeneró en riña. Cuando más ensordecían los gritos, sonaron en la puerta de la casa unos golpes fortísimos, y al mismo tiempo se oyeron estas palabras, proferidas por un guindilla que rondaba por aquel barrio:

—Que se callen esos escandalosos, que no dejan dormir a los vecinos.

*

**

El niño canario es la peor de las fieras. Ni con el «arrorró», con ser tan dulce y suave, se logra amansar, cuando la madre carece de sentido pedagógico.

Los isleños, cuando somos chicos, tenemos rebel-días—acaso por atavismo de raza—y nos importa un ardite el canto apasionado del «arrorró», pero a medida que vamos creciendo nos sometemos fácilmente a cualquier músico o danzante.

¡Por algo llevamos el nombre de los pájaros cantores que alegran con sus trinos nuestras florestas.

CEDACITO NUEVO...

En un pueblo de la Gomera entablan dos mujeres de ventana a ventana el siguiente diálogo:

—Vecinita, ¿ha visto usted al «iscuelero» que llegó anoche?

—Lo vi esta mañana por detrás, cuando iba trasponiendo la esquina.

—Dice el hijo de Pelonia, que es muy «silósico», que en los «peróricos» de Santa Cruz «leó» que en las «iscuelas» en donde ha «estao» se ha «lucío», porque sabe enseñar muy bien.

—No crea usted, vecina, lo que «igan» los «peróricos». Mi «marío» recibe uno, que le cuesta el dinero, y las noticias que trae son un atajo de mentiras. El papel aguanta «táo».

—Mire, vecina, ¿qué gente es aquella que viene allá?

Y señala con el índice el principio de la calle, por donde desemboca una lucidísima comitiva, en la que, entre otras personas, vienen el párroco, el alcalde y el médico de la localidad.

Delante de las ventanas de las dos vecinas se detiene la concurrencia.

El alcalde toma la palabra y se expresa en esta forma, dirigiéndose a las dos mujeres:

No saben ustedes que ha llegado al pueblo el me-

¡por maestro de escuela; no digo de las islas, sino de España, y como el que tenemos puesto por el Gobierno no hace más que cobrar la renta, hemos acordado todos los padres de familia de pasarle un gran sueldo al profesor que ha venido a educar a nuestros hijos.

Contamos, desde luego, con que sus esposos contribuirán con el estipendio que gusten.

—Señor alcalde—dice la vecina cuyo marido es suscriptor de un periódico de la capital—¿y tanto sabe ese hombre?

—Calle usted, señora. y oiga los elogios que de él hacen los diarios de Santa Cruz.

Saca un periódico del bolsillo y lee en voz alta el suelto que a continuación transcribimos:

«El insigne pedagogo, don Plátano Maduro, dió el domingo último una conferencia en el Ateneo sobre el origen del pebete, alcanzando un éxito ruidoso. Al terminar su brillante discurso resonaron en el salón estruendosos aplausos.»

—Cuando un periódico escribe así no hay duda que ese hombre vale muchísimo,—agregó el alcalde.

—No «jago» caso de los papeles públicos, que ellos mienten más que el almanaque.

—No podemos perder tiempo: díganle a sus maridos que ya pasará el portero con la lista, para que se suscriban con lo que gusten.

Y la comitiva recorrió el vecindario, tributando en todas las casas al recién venido maestro de Instrucción primaria, las más hiperbólicas alabanzas.

—Vecina, yo, como «ha» visto tanto porque ya soy vieja, y conozco mi pueblo, espero que «drento» de poco tiempo esos «mesmos» «jahlen» mal del «iscuelero» que ahora ponen por las nubes.

—Cedacito nuevo...

—Tres días en la estaca.

—La dejo, vecina, porque tengo que pelar las papas «pa» el puchero.

—Hasta más tarde, vecina.

*
* *

Apenas había transcurrido un trimestre de haber llegado el flamante don Plátano a aquella localidad, cuando el alcalde, el cura, y el galeno lo ponían de oro y azul, diciendo públicamente que el tal maestro no sabía escribir, sino hacer garabatos, que resolvía los problemas aritméticos contando con los dedos y con granos de maíz, y que no abría la boca sin soltar un disparate, como aquel ministro de «Los diamantes de la Corona».

En todas partes los padres de familia, como tenían que pagar por la enseñanza de sus hijos, echaban pestes contra el profesor, vociferando en corrillos que don Plátano era un verdadero zoquete que carecía de criterio y que estaría mejor en un pesebre que dirigiendo una escuela.

El maestro se quedó sin alumnos al poco tiempo de inauguradas las clases, y sin prestigio, y todo porque cobitaba cinco pesetas mensuales por cada discípulo.

*
* *

—Vecina, no le dije a «vosté» que no había que «jacer» caso de lo que dicen los papeles de Santa Cruz, que llaman «peróricos»? Tanta bulla al «prencipio» con el nuevo «iscuelero», y ahora resulta, según dice la gente, que no sabe «ná», que es tan bruto como «nujotras».

—Vecina, yo no «jago» caso de conversaciones de la calle; por un oído me entran y por otro me salen. No me extraña que hoy digan que don Plátano es un animal «tóos» aquellos que ayer lo tenían como un hombre de mucho talento.

—Es costumbre antigua en este pueblo, que «dende» que llega un forastero lo llevamos de un «lao» «pa» otro, y lo miramos cuasi como un Dios, y «dispués» lo ponemos «sacao» la pieza y le «jacemos» la guerra pa que se vaya y venga otro, porque queremos ver caras nuevas «tóos» los días.

—Vecina, durante mi «vía» «hia» visto tantas cosas que «na» me llama la atención, de lo que aquí está pasando con don Plátano. ¿No se acuerda de lo que decían de don Sinfotiano Corvatiesa, cuando llegó aquí? Mi compadre Pedro, el que reparte las papeletas de la contribución, me contó una ía que ese «meico» le abrió en dos tapas la cabeza a «tío» Cleto el arriero, le sacó los sesos y «dispués» se la cosió, como quien «cuese» un costal. En «toa» la Gomera no se «jablaba» sino de las curas milagrosas del «doctor» Corvatiesa, y sin saber por qué, al cabo de poco tiempo, lo echaron a «pedrás» de la isla.

—Mire, vecina, yo soy más vieja que «vosté», y por lo «mesmo» estoy «curá» de espanto.

—En esta tierra se usa así: al forastero lo pande-retiamos» mucho «dende» que llega y sin «jacer»

daño a «naide», y sin cambiar de «conduta», le ponemos de vuelta y media antes del año.

—Don Sinfioriano estuvo recetando al niño del secretario, y porque se murió, el padre de la criatura le sacó el cuero al «meico», diciendo que le había «trompicao» a su «jijo».

—Vecina, cedacito nuevo...

COSAS RANILLERAS

En época ya remotísima aflúan al Puerto de la Cruz buques procedentes de las naciones más comerciales de Europa a cargar de aquellos vinos de Tenerife, que tanta fama alcanzaron en los mercados de todo el mundo y en las mesas de los príncipes y soberanos del viejo Continente. El pueblo ribereño que es ornato y gala del incomparable valle de Taoro con su cinta de espumas del irritado mar que lo baña, tiene un barrio que llaman La Ranilla, que por aquel tiempo a que nos referimos, era habitado por gente maleante y por barqueros, y el cual se hizo célebre por sus inimitables escenas de mercadísimo sabor regional.

Algunos hijos de la nebulosa Albión, que, prevalidos del poder de sus esterlinas, fueron por lana a La Ranilla, salieron trasquilados, porque las mujeres eran harpías y los hombres estaban forrados con la piel del diablo, y por lo mismo no andaban con reverencias diplomáticas, para tratar con los extranjeros, que transitaban por las calles del citado suburbio con el premeditado fin de divertirse con las chispeantes y acaloradas disputas, aspavientos trágicos y con los desplantes cómicos de sus vecinos.

Desde que el banano reemplazó a las camelias y a las espléndidas rosas orotavenses, La Ranilla, aunque no ha perdido la herrumbre de los siglos, se ha convertido en un barrio moderno novísimo en cuanto al lenguaje los hábitos y el modo de ser de sus moradores.

Sin embargo, el progreso no ha logrado extinguir el dejo peculiarísimo y las pintorescas frases que han dado tanta notoriedad en nuestras islas a los simpáticos ranilleros.

Vean los lectores algunas muestras de expresión de esa gente de mar:

—Pregunta una señora a un pescador de La Ranilla, a poco de salir de la iglesia:

—¿Hay mucha gente en misa?

—Yo lo que «igo» que en el caletón del medio están como chopas.

Demás está decir que el barquero designaba con aquella palabra la nave central del templo.

*

* *

Una señorita le dice a otro marinero:

—¿Llegaré a tiempo a misa?

—No sé: cuando salí estaban mudando el «taurete» «pa» barlovento.

Al facistol en donde se coloca el misal llamaba taburete el hijo de La Ranilla, dando a entender con el vocablo náutico aludido, que en breve tocaría a su término el acto religioso.

*

* *

Un ranillero toma asiento en el banquillo de los acusados, y en juicio oral, ante la Sala de la Audiencia, le interroga el Presidente:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan García.

—¿Tiene usted algún apodo o mote?

—¡Yo, señor, bote?

—¡No, hombre! Que si tiene usted algún mote.

—Y joroba con el bote! Yo no soy si no pescador de caña.

*
* *

Efectivamente, el marinero era dueño de un bote, pero como un su amigo le aconsejó que si el Tribunal le preguntaba que si poseía aquella embarcación, contestara en sentido negativo, porque de lo contrario se la embargarían para el pago de las costas, en caso de salir condenado.

Al acusar al procesado el Ministerio público, y al hacerle los cargos que contra aquel resultaban, el García, puesto en pie, dijo con ese sonsonete, distintivo de los ranilleros:

—¡Bien está mintiendo ese hombre!

*
* *

Hasta los comedios del último siglo, en La Ranilla se veían en mitad del arroyo cuadros vivos dignos

del pincel de Goya. Los caballeros más notables de la sociedad porteña y de la Orotava, en las horas destinadas al esparcimiento del espíritu, acudían a aquel sitio a solazarse con los altercados y pependencias entre mujerucas descocadas, con las greñas sueltas, y pescadores andrajosos, ignorantes y destengrados, y a reírse a mandíbula batiente de las voces pornográficas y de los insultos más canallescros y descarnados que en lengua humana pueden expresarse.

La Ranilla era lugar de estudio y de observación para los intelectuales por el bajo fondo social que ofrecía, y de mero pasatiempo para los desocupados aristócratas que se complacían en armar riñas y camorras entre los vecinos del prenotado barrio, que por aquel entonces presentaba casi todas las tardes el aspecto de un campo de Agramante, en el que las buenas «formas» y los modales del sexo débil hacían las delicias de los concurrentes al vespertino y gratuito espectáculo.

Sólo el genio portentoso de Zola y la pluma del poeta británico que nos legó la magistral fotografía de «Las comadres de Winsor», podrían haber trazado el cuadro social que nos hemos propuesto trasladar a estas páginas, las cuales, aun recargándolas con las más vivas entonaciones, resutarían pálidas ante la realidad de los hechos.

Buenos Aires tiene Las Ranas, suburbio en donde abundan los malhechores y en el que la higiene es letra muerta, a pesar de los millones de pesos que por aquel concepto gasta anualmente la Municipalidad de la gran urbe argentina.

El barrio del progresista Puerto de la Cruz se distingue por su olor a marecía y a breja. La filástica

sirve allí hasta para atar los «chancos» a las patas de las gallinas.

Es un suburbio de «roncotes», que no obstante la estulticia en que viven, son incapaces de manchar sus manos con la sangre del crimen.

Sus contiendas son graciosas: cuando pelean dos ramilleros agarran sendos «callados» se acercan ambos hasta poner en contacto con el rostro las piedras que llevan en las manos, diciendo simultáneamente:

—¿No sientes el «frío»?

Es una riña del género bufo, de efecto puramente teatral.

Los ramilleros creen en la sirena y en el pez Nicolao.

Cuando sienten peleando a sus mujeres, exclaman:

—Hay «revoltura bajo el leito».

LAS MISAS DE LA LUZ

Antes de la revolución septembrina en nuestras islas, desde que entraba el destemplado diciembre, no se hablaba otra cosa en todos los hogares que de las misas de la luz, por el animado aspecto que presentaban las calles de las ciudades y los caminos de los pueblos rurales al sonar los últimos repiques de campanas.

Las mozas y las viejas abandonaban el lecho, lo mismo que los hombres y los chicuelos, y vistiéndose de prisa, se encaminaban hacia la iglesia, tiritando con el relente de la madrugada. Las mujeres al pasar llamaban a sus amigas, dando golpes en puertas y en ventanas, diciéndoles a gritos:

—Levántense, que ya tocaron a dejar.

El templo atestado de personas de ambos sexos, de distintas edades y de todas las clases sociales, estaba resplandeciente de luz. En el coro se mezclaban, con los tonos del órgano, los sonos de las pande-retas, espadas, bandurrias, flautas y guitarras, que tañían distinguidos aficionados al divino arte.

Los muchachos, traviosos, se entretenían durante la misa en trabar con alfileres, unos de otros, los vestidos de las viejas, que, medio dormitadas, entre bostezos, pasaban las cuentas del rosario, mascullando oraciones.

Al ponerse en pie las rezanderas, como entre sí

estaban prendidas, tiraban mutuamente, refunfunando al principio y concluyendo por proferir en alta voz los siguientes improperios, al ver que no podían desatarse:

—Esto es una poca vergüenza de esos baladrones, que vienen a divertirse a la casa de Dios.

Dos ancianas amigas salen juntas del templo, y ya en la calle, al dirigirse ambas por distinta vía a sus respectivos domicilios, la primera que se despidió, al verse atada a su acompañante, da un tirón, diciéndole:

—Suélteme, señora.

—Suélteme usted—replica la otra en actitud agresiva.

—«¡Ajá!» esas tenemos: atrévase a ponerme las manos en la cara y le juro que no le queda ni un pelo en el moño.

Las gentes que oyeron estas últimas palabras prorrumpieron en sonoras risotadas, porque las dos ochentonas que disputaban eran tan calvas como San Pedro.

Como las interlocutoras estaban envueltas en una semipenumbra, no podían darse cuenta de que las sayas de ambas se hallaban sujetas por una trabilla metálica.

Si las familias no acuden apresuradamente a destrabar los vestidos de las pobres viejas, éstas se hubiesen propinado recíprocos mojicones.

El cómico lance de las ancianas se comentó sabrosamente en toda la ciudad de Las Palmas, según refieren las crónicas de aquella época.

*

* *

Al brillar los mansos reflejos de la aurora, las personas que asistían a las misas de la luz se desparramaban por la calles y plazas de los pueblos más importantes de nuestro Archipiélago y por los senderos y veredas de las localidades rurales. La gente campesina, después de regresar de la iglesia, tomaban en sus casas tazones de manzanilla con «gofio» por encima, o tisanas de otro hierbajo aromático, para calentar la tripa.

Las familias de las ciudades, que no tenían el sambenito de la pobreza, que es el pecado irredimible, en frase de Vargas Vila, emprendían a la salida de misa el matutino paseo, durante el cual, las jóvenes, y hasta las mamás, eran obsequiadas por los novios y pretendientes de aquéllas con castañas recién tostadas, turrones y con truchas, y al llegar a sus hogares se daban sendos atracones de bizcochos lustrados con jícaras de chocolate o con pocillos de café.

Los hombres de las poblaciones isleñas acostumbraban, cuando iban para la iglesia y salían de ella, tomarse buenas copas de aguardiente amizado en la taberna de «seña» Pepa, la que asaba la asadura embarrándola con salsa de ajos y pimienta, o en el cafetín de Jerónimo el malagueño comían la rica sobreasada mallorquina, y después de consumir algunas botellas de vino del país, entre «dos luces», se dirigían a sus nidos.

*
* *

En los calamitosos tiempos por que atravesamos en muchas localidades canarias no se celebran aque-

llas misas de lo oscuro, porque el pueblo soberano se ha cansado de aflojar los cordones de la bolsa. Sólo en contadísimas parroquias los fieles cantinúan pagando por levantarse de madrugada. En esas nocturnas misas hay orden, circunspección y agricultura, que dijo cierto alcaldillo de nuestra tierra, porque ahora no invaden, como antes, las naves de los templos aquellas turbas de revoltosos rapaces, que, pensando en las «tirijalas» y en otras chucherías, se echaban a la calle a las primeras campanadas, y guiados por el alegre chispeo de las lucecitas, de los candiles y de las velas de sebo, se metían en las ventas a comer golosinas y a tomarse un par de copas de mistela para más tarde hacer travesuras y dar bromas de buen género en las iglesias.

*

* *

Cuando una persona comienza a molestar a otra, desde que la trata, ya hablando mal de ella, ora pi-diéndole dinero u otra cosa que lo valga, el que recibe la ofensa o lo ponen en el compromiso de prestar un servicio, suele decir en Canarias:

—Temprano empiezan las misas de la luz.

LA LUCHA

Al escribir el nombre de ese deporte isleño, surgen ante nuestra imaginación, redivivos, los primeros pobladores de las antiguas Afortunadas. Nos parece que los vemos fuertes y corpulentos como los dragos de sus bosques, bailando el tajaraste en medio de sus ingenuos regocijos o entretenidos en luchar en las faldas de ricas montañas o en las dilatadas llanuras, donde triscaban sus corderillos, al rumor de la brisa, que agitaba las sementeras.

La Grecia, ese pueblo artista de la Historia, tuvo sus juegos olímpicos para el desarrollo del músculo, y sus hijos pudieron comprobar la exactitud del aforismo: «mens sana in corpore sano».

Los aborígenes canarios, tan ágiles y diestros en el manejo de las armas de combate, como nobles e inteligentes en sus luchas de cuerpo a cuerpo, se nos presentan, como aquellos dos atletas que pinta Góngora cuando dice que se enredan cual duros olmos de «implicantes» vides.

Sean las Canarias desprendimientos del Atlas o pedruzcos de la Atlántida, de que nos habla el divino Platón en sus «Diálogos», lo cierto es que nuestra lucha isleña tiene su origen en la raza guanche, en aquella raza indomable, que al sucumbir bajo el filo de la invasora espada, dejó en las puntas de sus

«tabonas» los gérmenes de aquellas santas rebeldías que Tanausú sintetizara en una frase augusta y que simbolizaron, en efusivo abrazo, aquellos dos bravos insulares que prefirieron desaparecer para siempre por los desfiladeros de Tirma, antes que perder las auras de libertad que durante toda su vida habían respirado en las soledades de su peña oceánica.

No vamos a describir las luchas que se verifican frecuentemente en el «Circo Cuyás», de Las Palmas, en donde renombrados luchadores de Telde, como los Jiménez, e los Castro, los Medina, y sobre todo Navarro, el famoso «Rubio» que han hecho de su mote un verdadero reclamo, han demostrado una y mil veces, que pegando mano arriba, son campeones al estilo de «Mandarria», que batió el «record» en el tumbiar hombres de pelo en pecho, en la Habana, y en el «Circo Anselmi», de Buenos Aires, cuando las fiestas del Centenario de la Revolución de mayo. No nos proponemos tampoco hablar a los lectores de aquellas celebérrimas luchas en la extensa plaza de San Francisco, en la Laguna, en las que el gran Tomás Zamora, del Hierro, y más tarde su compatriota Méndez, y los tinerfeños Yanez y Andrés el «Montañero», dieron repetidas pruebas de ser consumados maestros en el arte de tirar traspiés, agachadillas y desvíos, y de tocar con habilidad por dentro y por fuera.

No queremos traer a la memoria de los viejos el recuerdo de aquellos lucidos torneos, en el ex convento de San Francisco, de Santa Cruz de Tenerife, en los que tomaron parte los más reputados luchadores de nuestras islas. El público que asistía a esos espectáculos, más de una vez exteriorizó su entusiasmo, arrojando al terrero tabacos y monedas de

plata y oro, que los vencedores recogían entre aclamaciones delirantes y ruidosas salvas de aplausos.

Escribir acerca de la lucha canaria y no citar a Fuerteventura, es tan imposible como hablar de la Libertad sin que acuda a los labios el nombre de Suiza. Los majoreros son excelentes luchadores, y en particular los de Tuineje se han hecho temibles en todos los terreros de nuestras islas. Buenos «leñazos» han pegado a sus adversarios, en todas partes, esos hombres de atezado rostro y de musculatura de acero, que tan ladinos y sagaces son en la lucha como activos e inteligentes en esa otra lucha por la existencia, de que nos habla Darwin.

El majadero que luchando es derribado, suele decirle al vencedor, al darle éste la mano para que se levante:

—No «ha» caído debajo de ninguna mujer.

*
* *

Intentamos abocetar el animado cuadro que presenta en un rincón de Lanzarote el deporte que tantas aficiones ha despertado en nuestra juventud en estos borrascosos tiempos en que no hay más ley que el derecho de la fuerza, según nos lo han demostrado las civilizadas naciones de la culta Europa.

Si los hombres dirimieran sus contiendas por medio de un garabato o de una agachadilla, no sintiéramos de nuevo el piafar del caballo de Atila ni percibiésemos el siniestro resplandor del espadón de Bre-

no, rielando sobre el lago de sangre y de lágrimas en que se halla convertido todo un mundo.

*

* *

La lucha que vamos a describir se verificó en «La Gería», la noche de la víspera de la Caridad, en la plaza de la ermitilla donde se venera aquella imagen.

El citado pago de Yaiza, a que aludimos, ocupa la zona vitícola más extensa de Lanzarote y las vides están plantadas en grandes hoyos que tienen vallados de arena negra o «testes», como dicen en el país, por lo que las parras ocultan sus racimos a los ojos del viajero.

En «La Gería» habrá escasamente media docena de rústicas viviendas, destacándose sobre un autozono las casas solariegas de los Lara y de doña Bernarda de Cabrera, a semejanza de señores feudales entre sus vasallos.

La ermita está aislada; su plaza se halla a nivel, como una mesa de billar, y las viñas la cercan con sus festones de hojas y de pámpanos.

Hemos procurado dar una vaga idea de la topografía del terreno en donde se realizó la luchada, a fin de que el lector pueda apreciar, hasta en sus pormenores, los accidentes y peripecias de aquel torneo célebre en los fastos deportivos de Lanzarote.

Lucha Vuelta Arriba contra Vuelta Abajo, que en la patria de Clavijo y Fajardo, del famoso traductor del Bufón, existe igual denominación geográfica que en la isla de Cuba, demostrándose con esto, una vez más, la influencia canaria en la Gran Antilla.

Más de mil hombres charlan reunidos en torno

al sitio designado para el pugilato entre los atletas de más renombre en la comarca. Como el rumor de la marca se siente el ruido de la gente que discurre por la plaza momentos antes de comenzar la lucha.

Cada bando tiene sus comisionados, que son las personas peritas y de más viso y arraigo en sus respectivas localidades.

A las ocho de la noche da principio el torneo. En punto convenientemente situado arde un barril de alquitrán, a cuyas rojizas llamaradas se ve aquel gentío, formándose en círculos concéntricos, mientras en medio de la plaza dos mocetones en traje de «faena», se saludan dándose un apretón de manos, diciendo en voz baja al de Vuelta Arriba:

—No me vaya a tumbar muy fuerte.

—Pegue bien—contesta el de Vuelta Abajo, que ha comido, por cierto, mucho gofio de garbanzos.

—Ya estoy «pegao»—y poniendo la mano derecha sobre la espalda de su adversario, le retuerce con la zurda el ancho calzón, haciendo lo mismo simultáneamente el otro luchador.

Empiezan a dar vueltas a la redonda, bajando la cabeza hasta el extremo de formar las dos figuras entrelazadas un plano horizontal.

—¡Vaya un modo de moler! dice un vejete que en sus mocedades nadie le ganó la palma en el terrero.

—No se arman luchas porque los dos se tienen miedo—añade un hombrecillo de Haría, que es de la cáscara amarga, a pesar de que no tiene carne ni para un pastel.

¡Terrero, señores terrero!—gritan los comisionados, a un tiempo empujando suavemente a algunos de los espectadores de la primera fila, que tratan de invadir el espacio destinado a la liza.

Los luchadores continúan girando como una peonza, y el público, con reticencias, da a entender que deben retirarse. De pronto, el de Vuelta Abajo le suelta «media cadera» a su contrario, y lo derriba, pegándole un «lomazo». Inmediatamente el vencedor le da la mano al caído y ayuda a ponerlo en pie, entre los frenéticos aplausos de la gente del Sur de la isla.

Como el que acaba de medir el suelo es natural de Haría, y al que lo tumbó le echaron el agua del bautismo en la pila de Yaiza, aparece en el terrero un «jariano», que no tiene sino la piel pegada al hueso, un verdadero esqueleto, propio para hacer estudios en una mesa de disecciones anatómicas.

—¿De dónde habrá salido ese estoque?—murmura por lo bajo un ciudadano de Femés, que es mozo de peso en kilos de carne.

Al de Yaiza, que está de cuclillas en un extremo de la plaza, departiendo con sus camaradas y amigos, le dice casi al oído un veterano:

—Ten cuidado con ese «merrengallo», que tira al más listo por el «desvío».

No habían transcurrido dos minutos de estar agarrados, cuando el «jariano», en lo que el diablo se entrega un ojo, da en tierra con su contrincante, tirándole una palmada en el muslo y sacándole el cuerpo.

—¡Vaya un «jinchete»! exclama un mozo de Maguez, mientras la gente de Vuelta Arriba prorrumpe en aclamaciones y aplausos.

Sale por «cáida» Marcial Viera y le tranca al de Haría un garbato o «cango»; apalancando, los dos caen al mismo tiempo, abriendo un surco en la arena.

—Fundó las manos en el suelo el «jariano» antes.

que Marcial — gritan unísonos los de Vuelta Abajo.

—Marcial cayó—replican a voces los del bando opuesto.

Tomás, el zapatero, que es un hombrín enteco y enfermizo, dice que el de Yaiza tumbó al de Haría.

Salta un verdadero Goliat de Tinajo, y encarándose con el menestral, le suelta a quemarropa este trabucazo:

—¿Qué entiende usted de lucha «pa» que se ponga a «jablar» de esa manera?

—Para que vea que entiendo, no tengo inconveniente en pegar con usted.

Intervienen los comisionados, apaciguando los ánimos de las personas que sostienen acaloradas disputas acerca del resultado de la dudosa lucha, que se llama revuelta en la tecnología de ese deporte.

Los comisionados mandan retirar a los luchadores que cayeron enredados: cesan las polémicas, y aparecen en el terrero el atleta de Tinajo y el maestro de obra prima, de corpúsculo delgadísimo, por consecuencia de la tuberculosis que mina su organismo.

Todo el mundo está pendiente de aquel pugilato entre el titán y el pigmeo; entre el hombrón sano, robusto, de extraordinaria corpulencia, y el mozo raquítrico, minúsculo, de brazos flácidos, pero que a falta de vigor físico, posee en grado sumo inteligencia, maña, arte y destreza, para dejar, a los primeros toques, fuera de combate a su adversario.

El zapatero no hace más que agarrarse y tirarlo patas arriba por una «gachadilla». El suelo retumbó con el «costalazo» del gigante de Tinajo.

Los gritos de entusiasmo y las ovaciones se sucedían sin interrupción; aquello fué el delirio entre la gente de Vuelta Abajo.

—¡Viva Tomás! ¡Viva Yaiza!

¡Vivaaa!—contestaron centenares de voces clamorosas.

La brillante e inesperada victoria del menestral, puso término a la luchada.

Todos, tirios y troyanos, se lanzan al terrero y abrazan efusivamente al héroe, que es conducido en triunfo a Yaiza por sus convecinos.

En toda la isla corrió de boca en boca el nombre de Tomás, envuelto en una aureola de admiración.

Aquella hazaña le conquistó al zapatero muchas simpatías entre las mozas del lugar. Tomasillo, como le llamaban sus íntimos, se sabía de memoria los libros de propaganda escritos por Roque Barcia y por otros «ejusdem farinae» del republicanismo.

Murió en la flor de la edad, habiendo sido hijo modelo, buen artesano y gran luchador.

*
* *

El pueblo de Tías, en Lanzarote, reta a luchar al resto de la isla. El desafío se lleva a cabo la víspera de la noche del día de Nuestra Señora de Candelaria, patrona de aquel vecindario.

Los más afamados luchadores acuden como un sólo hombre al sitio designado para el torneo, que es la plaza de la iglesia donde se venera la imagen tan querida de los isleños.

Al resplandor de una gran hoguera que se alimenta de tabaibas y de aulagas, se ven los atletas que llegan ávidos de medir la fuerza de sus músculos y

su inteligencia, con los hijos de aquel pueblo que tantos campeones ha producido en ese deporte genuinamente canario.

Comienza el duelo; los desafiados llevan la mejor parte. Los de Tías van a todo trance, perdiendo terreno. Entre la gente de ese bando se apodera la idea de la derrota, por lo que se observa, a primera vista, que ni sus más prestigiosos elementos logran, con sus chacotas y palmoteos, reanimar el espíritu de sus maltrechas huestes.

Han caído ya casi todos los buenos luchadores de Tías. Pronto, dado el cariz que presenta la luchada, sonará el mágico grito de victoria! en las filas de la coalición.

Cabrera, el de Tinajo, Blas Marrero, de Yaiza, y el maestro de los luchadores, el celebrado Cabrerita, de Tesoguite, son los dueños de la situación, los hombres que dominan la pista.

Todas las miradas de los vecinos de Tías se fijan en el gigante, que en más de una ocasión, con su indómita pujanza, hizo rodar por tierra a muchos atletas que se creían invencibles.

A defenderse a los suyos, a los caídos, se presenta en el terreno el hérculese isleño don José Manuel Majardo, y ante esa mole incommovible de carne y hueso son irrisorias las levantadas, los traspiés y todas las luchas más hábiles y eficaces de los vencedores, que, como mal forjados castillos de naipes, cayeron a impulsos del coloso. Fajardo, vengando a sus convecinos, es el vocero del triunfo de su pueblo. Juega con los hombres más fuertes a la manera que los niños con muñecos de cartón. No hay quien derribe al titán. Los más esforzados adalides han mordido el polvo del vencimiento.

La lumbre es ya mortecina a causa de la escasez de combustible. La contienda toca a su término, porque casi todos los luchadores han quedado fuera de combate.

De pronto surge en la plaza otro gigante, de apostura gallarda, de bien torneados brazos y de gordura pagana, vestido de calzón corto y luciendo camisa de hilo crudo. Aquel mocetón roblesco pega con Fajardo, y apenas agarrado, lo tumbó por una «burra». La inesperada caída de don José Manuel levanta clamoreo rumoroso entre los hijos de Tías y produjo enorme algazara y tempestades de aplausos entre la gente del resto de la isla.

Como las débiles llamaradas de la hoguera medio extinta no arrojan luz bastante para percibir en todos sus pormenores la fisonomía del mancebo vencedor, el que por arte de encantamiento desaparece de la plaza, aprovechando la confusión y el tumulto del público que se agolpa, intentando en vano reconocerle, todos los circunstantes se preguntan sorprendidos, estupefactos:

—¿Por qué ha huído ese mozo? ¿Quién es él?

La luchada terminó, haciéndose los más peregrinos comentarios acerca del misterioso joven, héroe anónimo, que rehuyó recibir los parabienes de los atónitos espectadores.

Al reornar a su casa, don José Manuel Fajardo, cariacacontecido y apesadumbrado por el desastre, encontró a su señora, que le esperaba sentada en el alféizar de la ventana, como de costumbre.

—¿Cómo ha estado la lucha?—pregunta doña Luisa, que así se llamaba la esposa de Fajardo.

—Todos los luchadores de Tías cayeron, incluso yo.

—¿Tú también?

Me pegaron un «lomazo», que aún me duele la rabadilla.

—¿Y quién te tumbó?

—Un mocetón de mi misma estatura que nadie supo quién fué, porque desde que caí desapareció como una centella. Algunos dijeron que era el diablo, disfrazado de hombre de campo.

—El que te tumbó fui yo—dijo doña Luisa, lanzando una carcajada y añadiendo:—supe por el sirviente que estabas en el terrero, y que habías tirado a todos los luchadores, y entonces, vistiéndome con tu ropa marchamos yo y mi criado a la plaza, para tener el gusto de darte un buen «leñazo», como el que alcanzaste para tabaco.

Mira—replicó el marido—desde que me echaste la «burra», dije para mí:—no siendo mi mujer, no hay en Lanzarote quien tenga tantas fuerzas.

El matrimonio Fajardo, por su excesivo peso, inutilizó el camello destinado para sus viajes, partiéndolo por la giba. Doña Luisa, que era tan alta y gruesa como su esposo, tenía un corazón de oro. Enjugó muchas lágrimas con el blanco lienzo de la caridad.

A los pobres de la isla, todos los años el día de San Blas, tan distinguida dama, en su propia casa, les servía una abundante comida. Las dádivas de esa mujer, buena y generosa, se recuerdan aún con encomio entre la clase desvalida de Lanzarote.

Si por su corpulencia extraordinaria la simpática doña Luisa causó la admiración de propios y extraños, por su inteligencia y sentimiento filantrópicos fué el ídolo de su pueblo.

Con verdadera devoción consagramos este recuerdo a su memoria.

*

* *

La lucha canaria es eminentemente artística: no es como la greco-romana, producto de la acción muscular.

En nuestro deporte entran astucia, travesura, malicia, fuerza y maña. El luchador que supiera poner en juego esos recursos, combinándolos con talento, llegaría a la perfección. En esa diversión isleña, en la que el vencedor pregunta al vencido si se ha hecho daño al caer, prefiriendo—se han dado muchos casos — tocan voluntariamente primero el suelo que su contrincante, en evitación de que éste recibiera un golpe mal dado.

Las crónicas de nuestro regional deporte están llenas de rasgos de nobleza y de generosidad, dignos tan sólo de los caballeros de los tiempos medioevales.

Antiguamente se luchaba entre nosotros, casi todos los días; en predios, en caminos, en cualquier sitio en donde se encontraran dos mozos, quedaban pegados como moluscos. Allí se daban media docena de «cáidas», sin más testigos que Dios, y después de «amorosar» las costillas, como ellos decían, se apretaban las manos en señal de buenos amigos, despidiéndose ambos con frases de extremado cariño.

Hoy ya no se lucha a la sombra de un árbol o en campo raso, sino en el escenario de un coliseo o

en la pista del circo, entre los aplausos y los gritos de la gente que paga por ver el espectáculo.

Desde que quitaron la lucha de la plaza pública, para encerrarla entre cuatro paredes, con el móvil de sacar dinero, aquélla perdió la gallardía y la nobleza de su histórico abolengo.

EL HOMBRE-ESTUCHE

En Canarias tropezamos frecuentemente con determinados tipos que son verdaderos comodines. Lo mismo ofician de necrólogos, que de matemáticos, pedagogos y de latinistas, sin saber ni el «qui vel quis», y son músicos y cómicos en una sola pieza.

—Estudia, muchacho—dice un padre a un hijo suyo que cursa la carrera de Derecho en una Universidad que es «refugium asinorum».

No quiero más tratos con los libros—contesta el estudiante con un humor de perros.

—Que se queme uno las pestañas—añade—leyendo «Las Pandectas» y «La Instituta», para que venga el picapleitos de don Pablo Verde, con sus triquiñuelas y trastienda, a ganar más dinero que todos los doctores en Jurisprudencia.

—Pero ya que has aprobado varios cursos, continúa hasta licenciarte.

—Papá, no quiero ser abogado; nací para la política, y desde hoy me dedicaré a cultivarla con provecho. Que estudien los mentecatos ¡No ves que Perico Antonio, el hijo de tu compadre, no ha estudiado nada y es un sabihondo?

El—agregó el muchacho—es sociólogo, literato, gramático, y en todos esos ramos del humano saber, según afirman los periódicos, raya a gran altura.

—¿Y tú crees que sin el estudio se pueden adquirir conocimientos intelectuales?

—Hay quien tenga la ciencia infusa; yo pertenezco a los omniscientes.

Dentro de poco tiempo, pienso ir a Madrid, a co-dearme con los políticos de talla, y si logro en la Corte ponerme al habla con Romanones o Maura, entonces retornaré a mi país con más ínfulas que don Tadeo Calomarde.

—¿Aspiras a cacique?

—Precisamente: quiero a todo trance ser cacique en las letras, en las ciencias y en la política, ambiciono a conquistar el dictado de hombre-estuche.

—Eres un tonto de capirote: conságrate a los libros.

—Lo que me propongo es buscar las libras, estableciendo un cacicato en estas tierras, en las que se hallan invertidos los valores sociales.

Los que estudian mucho, casi siempre se mueren de hambre y pasan en el mundo por desequilibrados mentales, mientras los caciquillos y los políticos son venerados por los pueblos, y generalmente han el petate, a consecuencia de un empacho de carne de gallina o de jamón.

Echan por debajo de la puerta el periódico a que están suscritos en aquella casa.

El hijo, leyendo en voz alta delante del padre:

«El hombre-estuche, don Pedro Antonio, es el caudillo que conducirá a nuestro pueblo a la victoria. Es el ídolo de las masas.»

—Ya ves, papá, cómo por la política ha conseguido Perico Antonio ser el campeón insustituible en todos los actos populares.

En el periodismo isleño abunda el hombre-estu-

che como los embrollos. El jornalero de nuestra Prensa, lo mismo escribe el primer fondo, tratando de política nacional, como la gacetilla sobre los conciliábulo y cabildeos de caciquillos locales, las revistas de teatros y de vida social, y por entender de todo, es hasta corrector de pruebas.

Leemos en las columnas de nuestros diarios, escritos acerca de cuestiones pedagógicas, de asuntos hidráulicos, económicos, literarios y políticos, trazados por la misma pluma.

Sin conocer a Comenio, a Berro ni a Pestalozzi, nos hablan de la ciencia de conducir al niño por la senda de la enseñanza o se nos descuelgan con reseñas musicales, hablándonos de óperas y de cantantes, sin saber lo que es un acorde ni un triduo.

En estas islas los Peña y Goñi y los peritos en Literatura, se encuentran hasta en los cafetines. La especie del hombre-estuche se ha multiplicado, extraordinariamente en nuestro país.

*
* *

—Papá, dame dinero, que voy a Madrid a conferenciar con los jefes de partido, a fin de poner el yugo político a mis paisanos.

—Yo no tengo dinero para que derroches persiguiendo risibles utopías. Si abandonas la carrera no verás de mí ni un céntimo.

Quejumbrosos gemidos exhala el muchacho, en cuyos labios se dibujan toda clase de contracciones, una completa coacción de pucheros, al oír las palabras de su inflexible padre.

—Más quiero que hoy llores porque no apoye tus descabelladas pretensiones, que mañana verte en la miseria, sin tener ni un merdrugo de pan.

—Tú estás pasado de moda, arcaico, chocho, replica el joven reemplazando el acento afeminado y patético de sus frases, por el tono enérgico y viril.

—Basta de insultos: ahora mismo te hago entrega de la legítima que te corresponde por tu pobre madre, y ya darás con la cabeza en tierra.

El muchacho brincó de contento, y a los pocos días salía con rumbo a Cádiz, soñando convertir, en la coronada villa, sus sueños de predominio político en hermosas realidades.

Entra en Madrid el hombre-estuche ebrio de ilusiones de gloria, que se desvanecen a los primeros embates del Guadarrama.

Llega a casa de un ministro de la Corona, y después de gastar mucho tiempo y dinero en automóviles y tranvías, para dar con él, de la entrevista saca lo que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

Recorre las redacciones de los grandes rotativos, diciendo en todas ellas:

—Soy periodista.

—¿Qué es lo que usted sabe hacer?

—De todo.

—No le comprendo.

—Me explicaré: Escribo artículos editoriales, crónicas, revistas de salón e incluso corrijo pruebas. En mi tierra me llaman el hombre-estuche.

—¿A qué ha venido usted a Madrid?

—A ponerme incondicionalmente a las órdenes de un jefe de cualquier partido dinástico, porque deseo ser cacique en Canarias.

—¿Cuenta usted con elementos electorales?

Todo el pueblo me sigue, sin vacilaciones. Soy el ídolo de las muchedumbres.

Y tenía tantos votos en su patria nativa, como camisas el lusitano del siguiente epigrama:

*Del hidalgo portugués
don Pedro Pérez Quiñones
eran las camisas pocas
y no llegaban a tres.*

*
* *

Regresa a su peña el hombre-estuche, después de gastar inútilmente algunos miles de pesetas en la villa del Manzanares, trayendo un bagaje de desengaños.

Golpea fuertemente en la puerta de la casa paterna: sunan campanillas, y el criado grita henchido de júbilo:

—¡El señorito! ¡El señorito!!

Acude presuroso el padre, y abrazándole efusivamente, le interroga:

—¿Por qué estás tan pálido y demacrado?

Por el «mal de mer».

—¿Por qué no dices mareo?

—Como en Madrid todo es una mescolanza, es de buen tono intercambiar palabras de idiomas extranjeros en la conversación.

Llaman a la puerta.

—¿Quién?

.. Soy yo—contesta una voz masculina.

El sirviente, abriendo:

—Entre, don Tiburcio.

—¡Bien venido, Pepín! supe por el diario que habías llegado y vengo a saludarte. Cuéntame ¿cómo te ha ido por esos «Madriles»?

.. Muy bien, requetebién—contesta el hombre-estuche.—En la Corte traté a todos los hombres de valer, tanto en la política como en las letras. Tengo muchas representaciones.

—¿Serán tantas como las de «El puñal del godó?»

—No se burle, don Tiburcio replica Pepín, añadiendo:—en las primeras elecciones seré encasillado por el Gobierno. Representaré en el Parlamento a las isla de la Gomera. Y caracterizando a mis rpresentados, hablaré en el Congreso en el lenguaje del silbido, para demostrar que aquel pueblo tiene idioma propio, como Cataluña.

.. Pepín, se conoce que traes trastornado el seso, porque alegas muchos desatinos—agregó el padre del hombre-estuche.

Suenan otra vez golpes en la puerta del zaguán:

.. ¡Adelante!—grita el criado.

—¡La enhorabuena, Pepín!—exclama el que acaba de entrar—me he enterado por «La Correspondencia de España», que has tenido entrevistas en la Corte hasta con el Nuncio; que traes los poderes de Maura, de Dato y de don Melquiades, y que Vázquez Mella te ofreció una canongía, porque le recitaste de memoria el «Quinto Curcio», y las oraciones de Olarte.

Ppín, dando unos pasos por la habitación:

—Señores, en el ambiente provinciano, me atrofia.

yo necesito el calor literario y político de la Corte, para desarrollar mi ingenio.

Toca un timbre y aparece el criado.

—Toma estos telegramas, y que me los transmitan inmediatamente.

—¿Y el dinero, señorito?

—¡No faltaría más que al futuro diputado le cobrasen en Telégrafos! Todo el mundo sabe que yo enriqueceré la Historia, probando, en la Cámara popular, que el Concilio de Trento pasó por San Sebastián de la Gomera, montado a caballo blanco. Las puertas de todas las Academias se me abrirán, desde que dé a conocer ese acontecimiento asombroso, digno de ser cantado por las musas de todos los poetas.

Los concurrentes, se despidieron de Pepín, murmurando:

—«Chifla, chifla, chifladura».

*

* *

Un literato venezolano, que tuvo la honra de almorzar con el eximio autor de «La leyenda de los siglos», cuando retornó a Caracas pretendió dar lecciones de preceptiva literaria a sus compatriotas por el hecho de ocupar un puesto en la mesa del gran lírico, y un vate caraqueño, ridiculizando a tan presuntuoso publicista, compuso estos versos:

*Con ir un mes a París
y almorzar con Víctor Hugo,
vieux y pons el yugo
literario a tu país.*

Parodiando la anterior redondilla, podemos decir,
refiriéndonos al hombre-estuche:

*Con ir un mes a la Corte
y comer con Valle Inclán,
a tus pies se humillarán
todos los pueblos del Norte.*

LOAS Y SATIRAS

En el programa de las fiestas que se celebran en varios pueblos tinerfeños y palmeros, ocupan lugar preferente las loas.

Santa Cruz de la Palma presenta el aspecto de una urbe populosa en aquellos días en que se verifica la fiesta lustral de la Bajada de la Virgen de las Nieves.

Por las calles de la capital palmera discurren millares de forasteros, entre los que se ven a muchísimos indianos con el indispensable sombrero de Panamá, que han venido de Cuba expresamente a «gozar» los festejos que el pueblo consagra a la venerada imagen, que tiene su santuario circundado de frondosos árboles, en cuyo follaje se siente el charloteo de las aves, santuario poético que se levanta entre cendales de brumas al pie de elevada cordillera, en el pintoresco pago que lleva el nombre de la gloriosa efigie, que junto a su pecho, dibujada en el escapulario, guarda el hijo creyente de la antigua «Benahoare».

No vamos a describir el magnífico cuadro que ofrece la procesión cuando colocan a la Virgen en el fondo del barranco que separa el barrio de La Dehesa del resto de la ciudad.

De un lado de dicho barranco, el «barco», que es de mampostería, con su cámara lujosa—en la que

manos femeniles arrancan deleitosas armonías al piano, con sus mástiles, entenas y pañoles, y en la margen opuesta el castillo que es de madera, con sus almenas en donde flamea la enseña de la patria.

El diálogo sostenido entre la nave y el fuerte lo escucha con religioso recogimiento una inraensa y apiñada muchedumbre, mientras la sagrada imagen deslumbra con las fulguraciones de sus brillantes, esmeraldas y rubíes, valiosísimos ex votos de innumerables generaciones de fieles, que en cada letra de la misteriosa palabra «Asieta», vieron una esplendorosa estrella en medio de sus largas noches de penalidades y tribulaciones.

Llega la procesión a las cercanías del templo del Salvador, delante de cuya puerta principal, sobre un templete levantado «ad hoc», hay una concha formada artísticamente, y de la que surgen, de improviso, tres preciosos niños vestidos de ángeles entonando con acompañamiento de orquesta cántico inspirado, que llena de arrobamiento místico a las almas de aquella abigarrada multitud, que en aquel instante supremo, se imagina oír las mágicas notas del «hossanna».

Dejemos a la Virgen de Las Nieves bajo las bóvedas de la iglesia matriz para echar una rápida ojeada por el centro de la ciudad en donde nació el sacerdote filántropo, el orador elocuentísimo y artista genial, don Manuel Díaz, que hoy sonríe con labios de bronce, frente al templo que enriqueció con los cuadros de su pincel y con las obras afiligranadas de su buril.

Cuando hace su aparición la célebre «danza de enanos», es poco menos que imposible el tránsito por

la aglomeración de público que rodea a aquellos danzantes, los que, por el disfraz que llevan, parecen figuras liliputienses, puesto que el rostro se forma en el vientre del enano.

Este es uno de los números más atrayentes de la fiesta.

Otra noche, en espléndida carroza, tirada por bueyes, enjaezados con primor, cruzan la vía más importante de la población, tres jóvenes representando, respectivamente, el Tiempo el Criterio y la Razón, luciendo alegóricas vestiduras. Esos personajes recitan alusivos discursos, escritos por el egregio poeta don Antonio Rodríguez López, produciendo en el auditorio delirante entusiasmo y admiración.

La Bajada de la Virgen de las Nieves es la fiesta más regional de nuestras islas. Las «magas», con sus diminutos sombreros de palma, sus mejillas rosáceas y con sus típicos trajes, mezcladas en tropel con los hombres, en medio del arroyo, detrás del histórico «Carro», ora siguiendo a los enanos que ostentan vistosa caperuza, ya en pos de la mogiganga de los gigantones, ofrecen una nota simpática, pléfrica de matices, que es como el reflejo del alma de esa roca en donde el rumor de los pinos se confunde con el arrullo de las olas.

Los cadenciosos y flúidos versos de la loa pertenecen a la musa del citado vate Rodríguez López, cuya lira romántica lo mismo resonaba bajo los arpegonados del templo católico que entre los regocijos de las multitudes, en los festivales de carácter popular.

Las «magas», en esas noches de la fiesta, sienten en las caderas tocamientos y pellizcos, y cuando éstos son demasiado fuertes, se limitan a volver la

cabeza y a decirle al que está más cercano a ellas, vestido a la europea:—Güi con el hombre; estese quieto.

Las campesinas saben perfectamente que los de su misma clase son incapaces de tales descaros: montera obliga a respetar a la mujer.

* * *

En la aldea de Sur de Tenerife, llamada San Isidro, correspondiente al término municipal de Granadilla, el día del Santo labrador, hasta no hace mucho tiempo, existía la costumbre de dirigirle al público hombres rústicos satíricos versos, colocados dentro de un «taño» que es hecho con paja de centeno.

Los clérigos que concurrían a la fiesta, celebraron más de una vez las agudezas de ingenio de los copleros, cuyos chistes salpimentados hacían las delicias del auditorio.

El más notable de esos improvisadores, fué José Reyes de Ara, a quien recuerdan con encanto y cariño sus compatriotas contemporáneos.

Vamos a transcribir un fragmento de uno de los romances del famoso vate campesino:

*Las mozas con sus galanes,
las viejas con sus queridos,
entran en los ventorrillos,
se toman un rosquetito,
después dos cuartos de vino,
se limpian todos la boca
y adivina, quién los vido.*

Como las consabidas sátiras eran contra los pastores que dejaban ir el rebaño a los sembrados y contra los novios y las viejas feas y roñosas, cuando aquéllas estaban en extremo punzantes, le prendían fuego al «taño», para ver salir corriendo, envuelto entre las llamas, al coplero criticón, que muchas veces solía quedar hediendo a chamusco: con frecuencia, ese era el fin cómico-burlesco de semejantes desahogos líricos.

*
* *

En algunas localidades tinerfeñas no hay fiestas sin «barcos», los que lucen sus aparejos sobre cameros, que van arrastrados por bueyes, cuyo tardo paso hace sonar las esquilas que penden del cogote. Sobre esos barcos, que llevan en el tope de sus paños y en sus jarcias banderas y gallardetes de múltiples colores, uno de sus tripulantes, con voz campanuda, dirige una loa a la Virgen, que recorre procesionalmente el trayecto de costumbre. Los aplausos y las aclamaciones de la concurrencia se mezclan con los repiques de campanas y con la explosión de los cohetes.

Los «magos», admirando al rimador, exclaman, abriendo la boca desmesuradamente:

— ¡«Alabao»! ¡qué bonita puso la «loba cho» Pedro!

PARLAR SILBANDO

En la Gomera, desde tiempo inmemorial, se conoce el lenguaje articulado del silbido—único en el mundo—cuyo origen aún se ignora, a pesar de las constantes investigaciones de concienzudos polígrafos.

El Sr. Millares Torres, en su «Historia de Canarias», afirma que cuando el caballero normando don Juan de Bethéncour, arribó a aquella isla en son de conquista, encontró sin lengua a algunos de sus habitantes, enterándose de que esos verdaderos deslenguados, eran naturales de Lanzarote cuyo monarca, en castigo a sus grandes delitos, les mandó cortar la «sin hueso», enviándolos desterrados a la Gomera.

Asegura el aludido, erudito historiador, que el viaje lo efectuaban los proscritos mutilados en frágiles enterizas embarcaciones construidas con el tronco de los árboles, a la manera de las canoas y piraguas de los indios de América.

Como los infelices extrañados no podían hacer uso del don inapreciable de la palabra, a fuerza de introducirse repetidas veces los dedos en la boca, colocándolos en ingeniosa postura, lograron inventar el raro lenguaje del silbido, que no tardó en propagarse entre los gomeros.

Ya sea ese medio de comunicación intelectual originario por la carencia de aquel órgano carnoso del aparato bucal, bien haya tenido su fundamento en lo quebrado del terreno o en las largas distancias que separaban las viviendas ocultas en la espesura de agrios montes, distancias que impedían percibirse la voz entre los vecinos más cercanos, aunque se desgañitaran gritando, lo cierto del caso, es que está plenamente demostrado con pruebas palmarias, convincentes, que no dejan la más leve duda, de que es articulado el lenguaje del silbido, y como si se formase de elementos idiomáticos, en él se expresan con idéntica facilidad que lo hacen en castellano, los hijos de la peña de las abruptas fragosidades y de los grandes raudales de agua finísima, serrana, que son veneros de riqueza agrícola.

Hasta hace pocos años, la Gomera, sin acudir a medios sediciosos, a la rebelión armada, utilizando atinadamente la resistencia pasiva, había logrado constituirse en cantón casi independiente del Poder central.

Las gabelas, o sean los impuestos del tesoro público, se pagaban allí cuando los contribuyentes querían.

Los comisionados de apremio, que sin temor a una emboscada o a un despeñamiento fueron a aquella isla, si alguna vez lograron embargar por débitos al Estado o a la provincia bienes muebles, semovientes o raíces, no consiguieron jamás que lo ejecutado se subastase, porque el gomero que se hubiera atrevido a rematar algún cachivache o un inmueble, sabía perfectamente que la posesión de los trastos o lo del predio la iría a tomar al otro mundo. Y como miedo guarda viña, no se encontraban depositarios ni lit-

citadores. Arriba a San Sebastián un pobre ejecutor de apremios procedente de Santa Cruz de Tenerife. Desde que salta a tierra emprende viaje para Vallehermoso.

El arriero canario, y especialmente el de la Gomera, que es el prototipo de la curiosidad, averigua cómo se llama el jinete, el nombre de la pila donde fué bautizado, si es hijo legítimo o de «risa» y el asunto que le lleva al pueblo.

Por el camino va silbando el dueño de la bestia. El infeliz comisionado, en medio de aquellos montes, oye resonar silbidos que vienen de lejos, y como sabe que los gomeros se comunican en ese lenguaje, con los credos en la boca, temblando, dice para sus adentros:

—Me han conocido.

A la hora del «Angelus» entran por las calles de Vallehermoso el arriero y el jinete, quien guiado por aquél se dirige a una fonda pidiendo alojamiento.

—No hay cama ni comida—contesta el industrial.

Con la maleta en la mano recorre el forastero las casas de la localidad en busca de posada, pero en todas partes se la niegan con fútiles pretextos, y en las ventas no le quieren expender comestibles de ninguna clase: la conjura es manifiesta.

El desdichado ejecutor, famélico, pasó la noche en vilo, junto a la puerta de un establo, atisbando entre las sombras los movimientos de los vecinos. El más tenue ruido le parecía el estrépito de una legión de demonios. La obsesión del miedo se apoderó de su espíritu.

Amanece, y el comisionado, con el mismo arriero, retorna a la capital gomera, y desde allí se dirige a Tenerife en un barco de cabotaje, renegañ-

no del cargo que le había conferido la Comisión provincial.

La Gomera, con las automáticas reformas del señor Canalejas, aunque parezca, a primera vista, paradójico, ha perdido su independencia, sus ribetes de cantonalismo, por la sencilla razón de que antes no existían allí Juzgado de primera instancia, Registro de la Propiedad, ni otros organismos, pues sus hijos vivían, digámoslo así, en familia; pero en virtud de aquellos centros oficiales hoy bullen en dicha peña elementos extraños a los que les importa un ardite que los gomereros síben o canten, truenen o trinen.

*
* *

Cuando estuvo en la Gomera don Eduardo Cobian, los naturales del país, para demostrarle al distinguido hombre público que ellos hablaban silbando, colocaron a un paisano al lado del ilustre huésped, y otro, a respetable distancia.

El ex ministro ordena al hombre que tiene a sus órdenes:

—Dile que se quite el sombrero.

Prorrumpe en silbidos el campesino y su congénere, entonces, se descubre la cabeza.

—Que se cubra.

Nuevos silbidos, y el que se halla situado allá lejos, se pone el sombrero.

Con esas y otras análogas pruebas, quedó el se-

ñor Cobián convencido de que los gomeros parlan silbando.

■
* *

[Los hijos de aquella tierra son hospitalarios y afectuosos con los forasteros; más hoy como ayer, para el comisionado de apremios no existe allí cortesía.

*
* *

En una dependencia del Palacio de la Diputación provincial, examinando a un mozo gomero, comprendido en la Ley de Reclutamiento, el médico le interroga:

— ¡Cuántos años tienes?

El muchacho, comprendiendo que la pregunta es capciosa, abre la boca, y alzando con la mano el labio superior y bajando el inferior con la otra, como se les hace a las bestias para conocerles la edad, contesta con sorna:

—Míreme su «mercé» los colmillos.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.....	5
Al que nos leyere.....	7
Prólogo.....	9
El Indiano.....	19
Las bodas en Agaete.....	25
El Forastero.....	29
El buen feligrés.....	37
La última.....	43
Los críticos.....	51
Mariquilla.....	57
Baile de candil.....	61
Teatros al aire libre.....	67
La noche de San Martín.....	73
Las visitas de duelo.....	77
Las Pascuas.....	83
El guía.....	89
La imitación.....	95
Los alcaldes.....	101
La prensa.....	109
El labrador.....	129
Canarios en América.....	135
El calzado hecho.....	167
Las parrandas.....	179
Las romerías.....	191
El arroró.....	205
Cedacito nuevo.....	211
Cosas ranilleras.....	217
Las misas de la luz.....	223
La lucha.....	227
El hombre-estuche.....	241
Loas y sátiras.....	249
Parlar silbando.....	256

Obras publicadas del mismo autor

VIDAS AJENAS (semblanzas), cuatro tomos en prosa.

LA CASA DE LA SEÑORA (leyenda en verso).

PALOTES Y PERFILES (autobiografía en verso).

POR FUERTEVENTURA (pueblos y villorrios) prosa y verso.

EL HABITO HACE AL MONJE (comedia en un acto y en verso, estrenada en el teatro «Mariano Moreno», de Buenos Aires).

LA FARSA POLITICA EN CANARIAS (folleto).